DOC SAVAGE

Kenneth Robeson

El tesoro del polo



Bajo las heladas aguas de los mares polares hay un tesoro, en la búsqueda del cual Doc Savage y sus amigos, a bordo del submarino Helldiver, se enfrentan a los rigores del clima nórdico, la dureza de una tierra hostil y la brutalidad de unos asesinos.

Clark «Doc» Savage Jr. es un médico, cirujano, científico, aventurero, inventor, explorador, investigador, y, como se revela en El tesoro Polar, un músico. Un equipo de científicos reunidos por su padre, entrenaron su mente y cuerpo a las capacidades casi sobrehumanas desde el nacimiento, dándole una gran fuerza y resistencia, una memoria fotográfica, un dominio de las artes marciales y un vasto conocimiento de las ciencias. Es también un maestro del disfraz y un excelente imitador de voces.

Doc confía en cinco individuos excepcionales que le ayudan en sus aventuras, expertos en áreas concretas: Andrew Blodget «Monk» Mayfair (químico), Theodore Marley «Ham» Brooks (abogado), John «Renny» Renwick (ingeniero), Thomas J. «Long Tom» Roberts (ingeniero electrónico) y William Harper «Johnny» Littlejohn (arqueólogo y geólogo).



Kenneth Robeson

El tesoro del Polo

Doc Savage - 4

ePub r1.1

algarri 30.07.14

Título original: *The polar treasure*
Kenneth Robeson, 1933
Traducción: H. C. Granch (Enrique Cuenca Granch)
Retoque de cubierta: algarri

Editor digital: algarri
ePub base r1.1



Nota del editor digital

«Kenneth Robeson» es el seudónimo de **Lester Dent**, utilizado por «Street & Smith Publications» para la publicación de la serie *Doc Savage*. Al igual que Lester Dent, muchos otros autores publicaron sus novelas *pulp* (género literario de la primera treintena del siglo XX), bajo este seudónimo.



DOC SAVAGE

I
El némesis de bronce



La proximidad de algo terrible y desconocido flotaba en el aire como un presagio de tenebrosas realidades.

La inminencia del peligro descubríase en las maneras furtivas del hombrecillo de pecho plano que, en las sombras, se estremecía con el súbito temblor de una tímida gacela, a cada ruido extraño.

Hacía un momento un agente de policía pasó por la callejuela; sus reforzadas botas resonaban sobre el endurecido asfalto, en la mano derecha remolineaba su porra y de sus labios surgía el estribillo de una canción muy popular.

El merodeador se ocultó bajo un automóvil estacionado allí, permaneciendo escondido hasta que el alegre y satisfecho agente se perdió en las sombras de la próxima esquina.

No lejos de allí, en la cercana calle, se destacaba el edificio del Concert Hall de Nueva York.

Por las puertas del teatro llegaba hasta la calle la melodía de una música tan bella que cada nota parecía llegar a lo más íntimo de cada espectador, elevando su espíritu a las regiones de lo inefable.

¡Un violín!

Era un Stradivarius, uno de los ejemplares más perfectos que se conocían en el mundo y cuya adquisición costó a su actual dueño la enorme suma de sesenta mil dólares.

El ejecutante realizaba verdaderos prodigios y sin embargo carecía del más bello de los sentidos. Víctor Vail, el mago del violín

era ciego.

Muchos aficionados y casi la totalidad de los críticos estaban de acuerdo en afirmar que era el mejor violinista del mundo. De ordinario, un concierto le reportaba una suma cuantiosa sólo por unas horas de tocar ante el público.

Aquella noche, su violín ejecutaba lo más selecto de su repertorio, a beneficio de los Establecimientos públicos de Caridad y no cobraba nada.

El espantado hombrecillo de pecho plano conocía muy poco a Víctor Vail, casi podía decirse que ignoraba su existencia hasta hacía pocas horas; no obstante, su música le afectaba de manera sorprendente.

Una dulcísima canción de cuna le recordó a su pobre madre estallando en sollozos al oír la sentencia que le condenaba a muchos años de presidio. El hombrecillo no pudo retener un amargo sollozo, ni ocultar una lágrima.

—¡Te estás volviendo muy sentimental! —se burló de sí mismo cuando logró dominar su emoción—. Dejémonos de tonterías. Debo realizar mi cometido cuanto antes.

Breves instantes después, un taxi penetró en la callejuela. En nada se diferenciaba de cualquier otro taxi de Nueva York.

Pero el chofer llevaba vuelto el cuello de su chaqueta y la gorra encasquetada hasta las orejas. Su rostro era apenas visible.

El coche se detuvo a escasa distancia de donde se apostaba el hombrecillo.

Éste se aproximó diciendo:

—¿Estás dispuesto?

—Todo está preparado —replicó el chofer, con voz bronca—. Date prisa en cumplir la parte que te corresponde, compañero.

El hombrecillo murmuró, ansioso de conocer el alcance de su intervención:

—¿Se liquidará a ese fulano?

—No te preocupes de lo que no te importa —gruñó el conductor —. Nosotros nos encargaremos del asunto. ¡No faltaba más!

—Lo sé… pero no tengo mucho interés en mezclarme en un asesinato…

El chofer emitió un gruñido cargado de amenazas:

—¡Basta de tonterías! Ya estás demasiado complicado con la banda. ¡Manos a la obra y a cumplir el cometido que te han asignado!

Cuando el conductor elevó la voz hablando excitado, se notó con mayor claridad una peculiaridad de su lenguaje.

El hombre no podía ocultar su antigua condición de marinero; sus palabras se mezclaban con una jerigonza marina.

El hombre, sin añadir palabra, se alejó del taxi, dirigiéndose hacia Concert Hall, entrando por la puerta principal.

Víctor Vail terminó su última pieza con una nota dulcísima que tembló en el aire como un cristal. El auditorio permanecía silencioso, como encantado y, de pronto, reaccionando, estalló en una ovación ensordecedora.

El diminuto personaje se dirigió hacia la parte trasera del escenario. Los aplausos y las aclamaciones del público, delirante de entusiasmo, continuaron durante varios minutos, acongojando al hombrecillo que deseaba terminar de una vez.

Al fin, Víctor Vail se dirigió a su camerino, rodeado de un grupo de admiradores y celebridades del canto.

A codazos y empujones, el hombre se abrió paso entre los que rodeaban al gran violinista. Sus manos, no muy limpias, ensuciaron lujosos vestidos de riquísimos géneros, pero nada le importaba si lograba acercarse al músico eminente.

—¡Víctor Vail! —gritó de pronto—. ¡Le traigo un mensaje de
Ben
O’Gard
!

Estas palabras produjeron un singular efecto en el violinista. En sus finas y aristocráticas facciones se dibujó una agradable sonrisa.

Víctor Vail era alto y de aire distinguido, sus blancos cabellos encuadraban un rostro enérgico y dulce a la vez.

Vestía de manera irreprochable. Sus ojos no parecían los de un ciego, y sólo un observador muy sagaz lograría descubrir el defecto.

—¿Sí? —exclamó con visibles muestras de alegría—. Diga, ¿qué mensaje trae de Ben
O’Gard
?

—Se trata de un asunto particular —replicó el hombrecillo, dirigiendo una mirada a las personas que le rodeaban.

—Venga, por favor; hablaremos a solas —dijo el violinista—. Señores, sírvanse excusarme unos minutos. Se trata de un asunto particular.

Y abriéndose paso entre sus admiradores, condujo al mensajero hacia su camerino, extendiendo un brazo con ademán característico de un ciego.

El misterioso mensajero entró primero.

Víctor Vail le siguió, cerrando la puerta tras sí. Permaneció un momento pensativo, de espaldas a la puerta.

—¡Ben O'Gard! —murmuró con alegría—. No he oído este nombre desde hace más de quince años. He tratado muchas veces de dar con su paradero. Le debo la vida y cuanto soy, y ahora que he triunfado desearía mostrar mi inmensa gratitud a mi bienhechor. Dígame, ¿dónde está Ben O'Gard?

El hombrecillo siguió con labios temblorosos el relato del ciego y se apresuró a contestar:

—Fuera, en la calle. Desea hablarle un momento.

—¿Por qué espera en la calle? ¡Aprisa, lléveme a donde está mi amigo! ¡En seguida! —ordenó, abriendo de par en par la puerta del camerino.

Con sus sucias y temblorosas manos, el hombrecillo guió al ciego hacia la puerta de entrada de la sala de conciertos.

Pero antes de llegar, sucedió algo que le dejó paralizado de espanto. Su cuerpo se estremeció y los dientes le castañetearon de pánico. ¡Vio al hombre de bronce!

A simple vista, el hombre bronceado no presentaba un aspecto sorprendente, hasta que se le comparaba con hombres de regular corpulencia.

Su elevada figura, constituida por su cuerpo de suave simetría, no daba la impresión de tamaño sino de poder.

Vestía de una manera impecable, pero discreta.

Los cabellos lisos y bronceados de aquel hombre extraordinario tenían un tono más oscuro, pero que armonizaba con el color de sus facciones. Parecía una bella estatua moldeada en bronce.

Pero lo que más destacaba de su personalidad eran sus ojos, brillando como chispas doradas, cuando las luces jugueteaban sobre ellos.

Daban la sensación de ejercer una influencia hipnótica capaz de hacer titubear al individuo más temerario.

A su pesar, el hombrecillo miró atrás, nervioso, y vio aquellos ojos elevados en los suyos y un sudor frío humedeció su frente.

—¿Dónde está Ben O’Gard? —preguntó Víctor Vail a su tembloroso acompañante.

—Tenga paciencia —gruñó el hombrecillo—. En seguida llegaremos.

De repente sintió honda preocupación por el desconocido cuyos ojos le hicieron estremecer. ¿Quién podía ser aquel gigante?

Desde luego no pertenecía a la policía, pues vestía impecablemente, y sus maneras eran las de un caballero. Miró hacia atrás para asegurarse de que no le seguía.

—¡Diablo! —gimió—. Esos malditos ojos han introducido el terror en mi alma. ¿Qué me sucede?

El violinista interrumpió sus pensamientos, preguntando ansioso:

—¿Está todavía muy lejos? ¿Por qué no vino hasta el teatro?

—No se apure. Ya estamos cerca.

Llegaron delante de un portal a oscuras. Un taxi conducido por el siniestro marinero les había seguido casi sin producir el menor ruido.

El hombrecillo miró al oscuro portal, asegurándose de que había varios hombres aguardando. Entonces asiendo el brazo de Víctor Vail, exclamó:

—¡Eh, ya estamos aquí!

Y sin otro aviso, asestó un puñetazo en la mandíbula del ciego, quien se desplomó al suelo vencido por la traición.

Salieron varios hombres de entre las sombras del oscuro portal y se lanzaron sobre el ciego para apresarle.

Pero el músico, reaccionando de la brutal acometida se dispuso a defenderse y de un puntapié afortunado aplastó la nariz de uno de los asaltantes.

Su oído finísimo suplía, en lo posible, el defecto de sus ojos, y guiado por el ruido, hizo presa en la muñeca de otro adversario, retorciéndola con todas sus fuerzas. La víctima profirió un grito horrible y angustioso de dolor.

La oscuridad era una desventaja para los asaltantes, pero favorecía al músico, que resistía la lluvia de golpes, devolviéndolos con creces.

Los *gangsters* estaban desmoralizados, y a pesar de su superioridad numérica, no tardarían en verse vencidos.

—¡Sujetadlo! —gritó el hombre del taxi—. ¡Atadlo con una cuerda! Pegadle un tiro si es necesario, pero que no escape. ¡Aprisa traedlo al coche!

No fue necesario matarlo de un balazo, la culata de una pistola redujo a Víctor Vail a la impotencia.

—¡Subidlo a bordo! —gritó el chofer marinero.

La banda entera se arrojó sobre el desvanecido violinista para conducirlo al taxi y en aquel momento se dieron cuenta de que alguien acudía en auxilio de su prisionero.

Con la velocidad del rayo apareció una gigantesca figura de bronce, y antes de poder hacer algún movimiento defensivo, ya probaron los efectos de su fuerza terrible.

El Némesis de bronce descargó golpes a diestro y siniestro, con tanta rapidez, que los acorralados *gangster* pensaron se trataba de varias personas.

Gritaban y maldecían procurando defenderse de aquella lluvia de puñetazos que les aturdía: dos de ellos salieron despedidos contra la pared, quedando desvanecidos.

Otro dejó escapar unos aullidos de terror al sentirse cogido por los tobillos: su cráneo, al chocar contra el de un compañero, produjo un ruido sordo y escalofriante.

—¡Derribadlo! —gritó el chofer—. ¡Coged las pistolas ametralladoras! Matadlo antes de que sea tarde…

Un grito espeluznante de uno de los atacantes ahogó la apremiante voz que ordenaba matar sin piedad. El desgraciado

acababa de fallecer desnucado de un poderoso puñetazo.

Sólo dos de los atacantes de Víctor Vail continuaba ilesos: el chofer que no dejó el coche y otro de los hombres que se mantuvo apartado de la lucha.

Pero éste, de pronto, se sintió despedido de un violento empujón, y su cabeza rompió los cristales del auto.

—¡Esto se pone feo! —murmuró el marino, asustado del giro que tomaban los acontecimientos y, sin esperar más pisó el acelerador y el taxi arrancó veloz.

Al volver la vista, se vio perseguido por un hombre extraordinario, y perdiendo el dominio de sus nervios, sacó una pistola automática y disparó.

La bala, disparada con frenesí y nerviosidad, no dio en el blanco, pues en aquella fracción de segundo, el gigante de bronce se escudó tras un automóvil estacionado en la calle.

El marinero siguió haciendo fuego, para evitar que su perseguidor subiera al coche.

La lluvia de plomo acribilló al auto tras del cual se parapetaba el hombre de bronce, destrozó los cristales del escaparate de una librería, rompió las puertas de un café cercano y casi mató del susto a un pobre hombre que, saliendo de una calle próxima, pretendió cruzar el arroyo.

El taxi viró y entrando por otra calle desapareció con rapidez.

Víctor Vail, el músico ciego, se encontró de pronto levantado en peso por unas manos poderosas, y sin embargo diestras y suaves.

Notó un tirón en las cuerdas que sujetaban sus muñecas.

Sucedía algo que juzgaba imposible. Unos dedos de fuerza increíble rompían las cuerdas que le sujetaban, con tan poco esfuerzo, que parecían delgados hilos.

El violinista sentíase todavía aturdido por la lucha sostenida; no obstante, sus agudos oídos le indicaron la presencia de un desconocido protector.

En un tiempo increíblemente corto había reducido a la impotencia a todos sus atacantes, obligó a huir al chofer, quien se defendió a tiros, y por fin, le libraba de sus ataduras.

Debía tratarse de un hombre de fuerza hercúlea. Un poderoso luchador de potencia física casi sobrenatural.

—Muchas gracias —murmuró Víctor Vail.

—Espero que no estará gravemente lesionado —replicó su salvador.

Al oír la voz de aquel hombre, le pareció al músico que le hablaba un gran cantante. Poseía volumen de fuerza y tono muy raras veces alcanzado por las grandes estrellas de la ópera.

Era una voz que merecía ser conocida por todo el mundo musical; sin embargo, el famoso violinista que se preciaba de conocerlos a todos, jamás la había oído.

—Tengo unas ligeras contusiones —contestó—. Pero ¿quién?…

Interrumpió su pregunta un ruido de pasos precipitados.

La policía llegaba atraída por las detonaciones. Un sargento y dos agentes se aproximaron jadeantes. Un coche de la brigada móvil penetró como una exhalación en la callejuela, con la sirena gimiendo de una manera atronadora.

Los agentes, revólver en mano, se acercaron al grupo formado por el violinista ciego y su desconocido protector.

No podían ver bien sus rostros a causa de la densa oscuridad que envolvía aquel rincón de calle.

—¡Arriba las manos! —tronó el sargento al tiempo que su lámpara eléctrica enfocaba al hombre de bronce.

Entonces sucedió una cosa sorprendente.

El policía descendió su pistola con tanta precipitación, que casi se le cayó de la mano. Palideció y pretendió murmurar unas palabras de disculpa.

No hubiese aparecido más arrepentido si por equivocación hubiese encañonado al alcalde de la ciudad.

—Perdone —exclamó al fin—. No pude conocerlo en esta oscuridad, señor.

Los labios del gigantesco individuo esbozaron una sonrisa cordial.

El sargento comprendió su significado y a su vez sonrió, como si acabasen de ascenderlo a capitán.

No lejos de allí, veíase un roadster gris con la capota bajada, poderoso y veloz. Cogiéndole por el brazo, el hombre de bronce acompañó a Víctor Vail hasta su automóvil, que arrancó unos instantes después.

El policía se apartó con respecto, siguiendo con la mirada al coche hasta que desapareció.

—Conducid al calabozo a estos individuos, por alteración del orden público e intento de atraco —ordenó el sargento. Después, mirando con mayor atención a los prisioneros, agregó, sonriendo—: Será mejor que se les conduzca al hospital. ¡Jamás en mi vida vi una pandilla liquidada con tanta rapidez!

—Pero ¿no haremos la denuncia correspondiente? —preguntó uno de los agentes recién ingresado en el cuerpo.

El sargento frunció el ceño y mirando con severidad a su subordinado, le preguntó:

—¿No vio usted a ese «Hércules» de bronce?

—Sí, señor.

—Entonces, cállese y obedezca. Si ese gigante de bronce hubiese querido hacer detener a estos granujas por algún cargo específico, lo habría dicho.

—¡Cáspita! ¿Quién era entonces ese individuo? —no pudo menos de preguntar el atónito policía.

El sargento le miró con aire compasivo y, al fin, con una sonrisa misteriosa, se dignó a contestar al intrigado agente:

—Muchacho, ¿usted sabe lo que dicen de nuestro alcalde? ¿Qué nadie tiene influencia con él?

—Sí, sargento. Todo el mundo conoce que nuestro alcalde es el mejor que jamás ha tenido Nueva York y que nadie puede influir sobre él. Pero ¿qué tiene de común con ese sujeto gigantesco?

—Casi nada —sonrió el sargento—. ¡Excepto que nuestro nuevo alcalde haría cualquier cosa a una sola palabra de ese hombre de bronce!

II
El peligro chirriante



Mientras el roadster gris lo conducía por las calles de Nueva York, a Víctor Vail se le ocurrió que no sabía nada acerca de su salvador. Ni sabía por qué súbito impulso siguió al hombre extraño.

A causa de su ceguera, el violinista otorgaba su confianza a contadas personas; sin embargo, en aquel momento se sentía tranquilo y confiado cerca de su desconocido amigo.

—¿Es usted un mensajero que viene a llevarme al lado de mi amigo Ben
O'Gard
? —preguntó de pronto.

—No —fue la respuesta—. Ni siquiera conozco a nadie por ese nombre.

Víctor Vail se sentía tan intrigado por la belleza de los tonos vocales de su extraordinario compañero, que permaneció mudo un momento.

—¿Puedo preguntarle quién es usted? —inquirió.

—Doc Savage —respondió el hombre de bronce.

—Doc Savage —murmuró el ciego, decepcionado, pues el nombre le era por completo desconocido—. Lo siento, pero su nombre no me aclara nada.

En los labios del insigne aventurero brotó una leve sonrisa.

—Es posible —dijo. Así es cómo acostumbran a llamarme mis amigos. Quizás debiera haberle dicho mi nombre de una manera más clara. Me llamo Clark Savage, júnior.

Al oír el nombre, el violinista dio un respingo.

—¡Clark Savage! —exclamó en tono de admiración y respeto—. ¡Pues si entre las selecciones para violín ejecutadas esta noche en el concierto, había una de Clark Savage, júnior! Es mi humilde opinión, y según otros artistas, esa composición es una de las obras maestras de todos los tiempos. ¿Seguramente no es usted el compositor?

—Confieso mi delito —sonrió Doc—. Y no lo tome como una adulación si le digo que la partitura no fue jamás ejecutada con mayor belleza que por su mano esta noche. En realidad, su maravillosa ejecución fue una de las dos cosas que me condujo a la parte trasera del teatro. Deseaba felicitarle. Observé los movimientos furtivos del hombre que le conducía al exterior y quise averiguar dónde le llevaba. Así sucedió que me encontré sobre el terreno.

—¿Cuál fue la segunda cosa que le impulsó a buscarme? —preguntó el músico, lleno de curiosidad.

—Eso es algo que le explicaré más tarde —replicó Doc—. Espero que no tenga inconveniente en acompañarme.

—¡Ni el más mínimo! —rió Víctor Vail—. Es, en verdad, un honor que no esperaba conseguir en mi vida. El virtuoso violín lo consideraba así.

En muchas ocasiones le intrigó el misterioso Clark Savage, júnior, el compositor de aquella grandiosa pieza para violín.

Y, cosa extraña, su autor estaba clasificado como «desconocido», pues jamás se presentó a reclamar los derechos de aquella maravillosa obra musical conocida en el mundo entero.

Esto era quizás lo más asombroso de su misteriosa personalidad, dado que hubiera conseguido no sólo la fama, sino una fortuna explotando aquella selección, que todos los concertistas célebres incluían en sus repertorios.

Y Víctor Vail se maravillaba de estar junto al hombre que tanto deseó conocer y cuyas facultades físicas acababan de rescatarle de sus atacantes.

Mientras el roadster sorteaba su camino por entre el enorme tráfico del distrito teatral, nadie, ni siquiera Doc, observó determinado coche que les seguía.

El marino, alma de la frustrada tentativa de rapto del célebre músico, conducía el automóvil, pero casi nadie sería capaz de reconocerle, con las mejillas hinchadas de chicles, unas gafas oscuras, un bigote postizo, un cigarro puro en los labios, y otro abrigo, con distinta gorra.

—¡Rayos y centellas! —gruñía repetidamente—. Tengo que apoderarme de ese Víctor Vail. ¡No debo permitir que otros se queden con él!

El roadster de Doc Savage se detuvo por fin delante de uno de los edificios mayores de Nueva York.

Se trataba de un gigantesco rascacielos de más de cien pisos. Era como una gigantesca espina blanca, de ladrillo y acero, elevándose a más de trescientos metros.

Doc condujo al violinista ciego al interior de la enorme mole. Penetraron en un ascensor, que les elevó como una exhalación, lanzando un leve gemido, hasta el piso ochenta y seis. Las puertas se abrieron en silencio.

Entraron en una oficina amueblada lujosamente. Contenía una mesa regia, de gran valor, una caja de caudales, de proporciones descomunales, y muchos cómodos sillones.

Una ventana de amplias dimensiones permitía contemplar el imponente espectáculo de los múltiples rascacielos neoyorquinos.

Doc Savage acomodó a Víctor Vail en uno de los tapizados sillones. Luego le ofreció un habano legítimo, de precio fantástico. Doc no fumaba.

—Si no tiene inconveniente en decírmelo, me agradaría saber lo que había tras ese ataque a usted esta noche —dijo.

La voz extraordinaria del hombre de bronce poseía una extraña cualidad de mando. Víctor Vail se encontró que respondía sin la menor vacilación.

—Estoy por completo a oscuras del motivo —declaró—. No tengo enemigos. Ignoro por qué intentaron secuestrarme.

—Sus atacantes tenían todas las trazas de pistoleros. Pero había un hombre en el auto, un marinero, que daba órdenes a los otros. ¿Reconoció usted su voz?

Víctor Vail meneó lentamente la cabeza:

—No le oí. Me dejaron aturdido al primer golpe. Sólo el instinto

de conservación me dio fuerzas para luchar contra los asaltantes.

Sucedió un silencio momentáneo.

Luego de pronto, resonó en la oficina la voz bronca del marinero.

—¡Tumbadlo! ¡Achicharradlo! ¡Abrasadlo!

Víctor Vail se puso en pie, lanzando un grito de sobresalto. Reconocía la voz de su peor enemigo.

—¡Es Keelhaul de Rosa! —gritó—. ¡Vigílelo, señor Savage! ¡Ese demonio intentó matarme una vez!

—Keelhaul no está aquí —aseguró Doc, en tono suave, obligándole de nuevo a sentarse.

—¡Pero si acaba de oír su voz!

—Cálmese. Lo que usted oyó fue una imitación de la voz del marinero del taxi —explicó Doc—. Repetí sus palabras. Es evidente que el hombre era Keelhaul, como usted le llama.

Víctor Vail, se recostó en su sillón, secándose el sudor de su frente.

—Hubiera jurado que hablaba Keelhaul de Rosa —murmuró como para sí.

¡Cielos! ¿Qué clase de hombre es usted?

Doc Savage, para evitar enojosas explicaciones, fingió no oír la pregunta.

—Haga el favor de revelarme lo que sepa de ese individuo. Me interesa cuanto con él se relacione.

El ciego se pasó sus largos dedos por su cabello blanco, al parecer presa de viva excitación.

—¡Dios santo! ¿Es posible que este misterio se relacione con la destrucción del Oceanic? ¡Si, no cabe duda!

Haciendo un esfuerzo sobrehumano, Víctor Vail serenose y empezó a hablar con rapidez.

—La historia se remonta a unos quince años atrás —explicó—. Sucedió durante la guerra europea. Mi esposa, mi hijita y yo salimos de África en el vapor Oceanic, con rumbo a Inglaterra. Pero un submarino alemán nos persiguió en dirección al Norte. El barco enemigo no pudo darnos alcance, pero nos fue acosando durante varios días. Cambiamos de rumbo y llegamos cerca del mar Ártico, antes de lograr escapar. Nuestro buque quedó aprisionado en el

hielo. Navegó a la deriva durante varios meses, hasta encontrarnos al fin en el interior de las regiones polares.

Víctor Vail hizo una pausa para dar una chupada a su habano.

—Cuando los víveres empezaron a escasear, la tripulación se rebeló —continuó—. Un disparo del submarino inutilizó nuestro aparato de radio. No podíamos avisar nuestra situación al mundo. La tripulación pretendía desertar del trasatlántico aunque el capitán les aseguró que el mar de hielo era impasible.

Víctor Vail se tocó los ojos:

—Comprenderá usted que le digo esto tal como lo oí. Yo, desde luego, no vi nada. Tan sólo oí. Los cabecillas de la tripulación eran dos hombres. Ben
O'Gard
era uno. Keelhaul era el otro. Se les persuadió de que no desertaran del buque.

El violinista se cubrió de repente la cara con las manos.

—Luego sobrevino el desastre —continuó—. El trasatlántico fue triturado por el hielo. Sólo Ben
O'Gard
, Keelhaul de Rosa y unos treinta de la tripulación del Oceanic escaparon con vida. Yo estaba entre los sobrevivientes, aunque eso es un misterio que todavía no comprendo.

—¿Qué quiere decir?

—Varios miembros de la tripulación se apoderaron de mí dos días antes del desastre, privándome de conocimiento con un anestésico. No reviví hasta el día siguiente a la destrucción del Oceanic. Entonces recuperé el sentido, torturándome un extraño dolor en la espalda.

—Describa el dolor —sugirió Doc Savage.

—Fue una especie de escozor, como si me hubiesen quemado.

—¿Conserva algunas cicatrices en la espalda?

—No. Eso es lo que no he llegado jamás a comprender.

—¿Quién le salvó, cuando se perdió el Oceanic?

—Ben O'Gard —dijo el violinista—. Me llevaba por el hielo en un trineo cuando volvía en mí. Debo la vida a aquel hombre. No sólo por ese hecho, sino porque algunos días más tarde. Keelhaul de Rosa intentó apoderarse de mí y llevarme consigo a la fuerza. Él y

Ben
O'Gard
sostuvieron una lucha terrible, rescatándome al final Ben
O'Gard
. Después de eso, Keelhaul de Rosa huyó con varios de sus secuaces. No volvimos a encontrar rastro de ellos.

—Hasta esta noche —sugirió Doc.

—Exacto, hasta esta noche —asintió Víctor Vail—. Keelhaul de Rosa intentó secuestrarme.

El violinista ciego volvió a cubrirse el rostro con las manos. Sus hombros se estremecían convulsos. Sollozaba.

—¡Mi pobre esposa! —gimió—. ¡Y mi querida hijita, Roxey! Ben
O'Gard
me dijo que intentó salvarlas, ¡pero perecieron!

Doc Savage permaneció silencioso, comprendiendo los dolorosos recuerdos que el relato despertaría en la mente de Víctor Vail.

—Mi pequeña se llamaba Roxey —murmuró el músico, en un apagado sollozo.

Durante unos minutos, Doc respetó el silencio, después le preguntó:

—Encuentro muy extraño que la historia que me cuenta del relato del trasatlántico Oceanic no apareciese en los periódicos. El relato hubiese sido muy emocionante, llenando muchas páginas de literatura sensacional.

El violinista dirigió hacia Doc Savage sus ojos muertos, preguntando con verdadera sorpresa.

—Pero… ¿no apareció?

—No. Nadie supo nada.

—¡Es extraño! Ben O'Gard me aseguró que todos los periódicos hablaban de ello. Personalmente jamás mencionó el incidente. Su recuerdo es muy triste.

El rostro de Víctor Vail reflejaba una expresión de inquietud.

—No comprendo, por qué razón Ben
O'Gard
mintió diciendo que todos conocían el desastre del Oceanic.

Quizás quería mantener secreta la suerte de ese buque —sugirió Doc Savage—. ¿Le indicó a usted que no mencionase nada a nadie?

—Recuerdo que él hablaba del asunto. Y le dije que no quería oír hablar más del terrible accidente.

La voz de Doc Savage adquirió de pronto un tono de interés.

—Me gustaría muchísimo saber lo que en realidad ocurrió durante el período de su extraña inconsciencia —dijo.

Víctor Vail se puso rígido.

—¡Me niego a escuchar ningún cargo contra Ben
O'Gard
! —exclamó—. Ese hombre me salvó la vida. Intentó salvar también a mi esposa y a mi hijita.

—No pienso acusarle de nada —prometió Doc—. No juzgo a nadie sin pruebas.

El ciego se frotó la mandíbula, perplejo.

—Quizás deba mencionarle otra cosa extraña que tal vez esté relacionada con esto —dijo—. El misterio que yo llamo el «Peligro Chirriante».

—Sin duda —instó Doc Savage—. No omita nada en absoluta en su relato.

—Hace cerca de quince años que vi por última vez a Ben
O'Gard
—murmuró el violinista—. Entre los que le acompañaban había un marinero que padecía una afección nerviosa en las mandíbulas. Esta enfermedad hacía que sus dientes chocaran a intervalos, produciendo un chirrido fantástico. El sonido solía ponerme los nervios de punta.

El ciego hizo una pausa y Doc Savage dijo:

—Continúe.

—Éste es el misterio —prosiguió el violinista—. Durante los últimos quince años, he oído a intervalos ese sonido desagradable. Y he adquirido la costumbre de llamarle en broma el «Peligro Chirriante». Que yo sepa, no sucedió nunca nada anormal después de oír ese chirrido. En realidad, me imaginé que era una cosa imaginaria, en vez del marinero. ¿Por qué razón habría de seguirme durante quince años, por todo el mundo, ese hombre?

—Es posible que a Ben
O'Gard
le interesase seguir su pista —replicó Doc.

El maestro del violín reflexionó esto en silencio, con aire ofendido.

Doc Savage estudió atento los ojos de Víctor Vail. Al poco rato acercóse al músico y lo condujo a una habitación contigua, una enorme biblioteca conteniendo miles de volúmenes concernientes a todas las ramas de la ciencia.

Era probablemente la segunda biblioteca científica más completa del mundo.

La única colección de tales libros mayor que aquélla, era desconocida del mundo. Sólo Doc Savage conocía su existencia.

Pues esa biblioteca sin igual se encontraba en un lugar que él llamaba Fortaleza de la Soledad, un retiro en un rincón del globo, tan remoto e inaccesible, que tan sólo Doc Savage conocía su paradero.

El gigante de bronce solía retirarse periódicamente a su Fortaleza de la Soledad. En tales ocasiones, al parecer, desaparecía por completo de la tierra, pues ningún ser humano podía dar con él.

Trabajaba y estudiaba aislado por completo del resto de la humanidad.

En esos períodos de terrible concentración y estudio, Doc Savage realizaba muchas de las cosas maravillosas que tanta fama le proporcionaban.

Al lado de la biblioteca había otro aposento: un enorme laboratorio experimental, tan completo, que no tenía par en el mundo, a excepción del que Doc Savage poseía en la Fortaleza de la Soledad.

Preguntó Víctor Vail, lleno de curiosidad.

—¿Qué piensa hacer?

—Fui esta noche a verle al teatro por dos razones —replicó Doc —. La primera para expresarle mi sincera felicitación por su maravillosa ejecución de mi trozo musical. La segunda con el objeto de examinar sus ojos.

—Quiere usted decir…

—Quiero decir que un artista tan grande como usted, Víctor Vail, debe gozar del más bello de los sentidos. Deseo examinar sus ojos para ver si existe la posibilidad de devolverle la visión.

Víctor Vail se emocionó. Sus órbitas insensibles a la belleza

visual se llenaron de lágrimas. Pareció un instante que estallaría en sollozos.

—¡Es imposible! —exclamó—. He visitado a los más grandes especialistas del mundo. Dicen que tan sólo un milagro puede curarme.

—Entonces intentaremos un milagro —sonrió Doc Savage.

—¡Por favor, no alimente falsas esperanzas! —gimió el ciego.

—Jamás me permitiría tal crueldad —replicó Doc, con firmeza —. Tengo la seguridad de poder hacer algo para que vea un poco. Y si las condiciones son como creo, le proporcionaré una visión perfecta. Por este motivo deseo examinarlo.

Víctor Vail, presa de profunda emoción, no pudo pronunciar palabra y se desplomó en un sillón.

No se le ocurrió dudar de la habilidad del ser poderoso que tenía a su lado.

Había en la voz del hombre de bronce algo que impulsaba a tener fe en él.

—¿Qué clase de hombre es éste? —pensó el violinista.

Lo mismo se había preguntado mucha gente, que también recibió ayuda y favores en los momentos más críticos de su vida.

Doc tomó con rapidez varias radiografías de Víctor Vail. Hizo también unas radiografías especiales utilizando unos rayos menos conocidos por los médicos.

Continuó su examen con unos aparatos corrientes, así como también usando otros inventados por el propio Doc.

—Ahora espero en la oficina exterior mientras yo examino estas radiografías —indicó, guiándole al despacho contiguo.

Víctor Vail se acomodó en un amplio sillón. No comprendía por qué, pero ya tenía tanta confianza en la habilidad del hombre de bronce, que se imaginaba ver las maravillas de un mundo del que jamás pudo gozar.

Pues Víctor Vail era ciego de nacimiento.

Pero el violinista habría aumentado más aún su confianza, de haber conocido hasta donde llegaba la habilidad de Doc Savage, pues era el cirujano más eficiente del mundo.

La composición para violín de Doc le señalaba como uno de los más grandes compositores de ese género.

Durante su vida realizó cosas igualmente maravillosas en electricidad, en química, en botánica y en otros campos del saber humano.

No obstante, todo ese conjunto era un juego de niños comparado con su experiencia en el terreno de la medicina y de la cirugía. Pues precisamente se especializó en medicina.

Pocas personas comprendían con exactitud el verdadero alcance de los enciclopédicos conocimientos de Doc Savage.

Doc examinaba con detención las radiografías cuando, de repente, Víctor Vail emitió un grito penetrante.

Retumbó ensordecedor un disparo. Oyéronse golpes y maldiciones.

La figura bronceada de Doc Savage cruzó el laboratorio y la biblioteca como una exhalación.

Una pistola ametralladora descargó una lluvia de plomo en su rostro, desde la puerta de la biblioteca.

III
Hombres luchando



Doc Savage avanzó conociendo la presencia de un peligro. Por lo tanto, estaba alerta y apartándose a un lado, esquivó el primer torrente de balazos.

Pero no había en la biblioteca nada que pudiera ofrecerle un refugio.

Retrocedió con la celeridad de una centella, penetrando en el laboratorio antes que el pistolero corrigiese la puntería.

El *gangster* masculló una maldición y avanzando veloz, pistola en mano, entró de un salto en el laboratorio.

Giró la vista por el aposento y estupefacto comprobó que no había ningún hombre en el interior.

Corrió hacia una ventana y abriéndola se asomó al exterior.

No había nadie a la vista. La pared era lisa; no podía por allí realizar la menor hazaña ningún hombre mosca. No se veía ninguna cuerda, arriba ni abajo.

El pistolero retrocedió jadeante y pálido. La superstición y la incultura trabajaban en su mente, haciéndole vislumbrar escenas de pesadilla.

¡El hombre de bronce había desaparecido!

Temeroso, el *gangster* se deslizó sobre las losas del suelo del laboratorio.

Dos semicírculos de esos mosaicos se levantaron de repente, semejantes a una monstruosa trampa para osos. El pistolero quedó fuertemente aprisionado, incapaz de moverse un milímetro.

Su pistola ametralladora escupió fuego un breve instante. Luego el dolor le obligó a soltar el arma. Frenético, intentó zafarse de la trampa terrible que le inmovilizaba. Fue en vano. Los mosaicos que se levantaron tan de improviso eran en realidad de acero, pintado para semejarse a la mampostería.

Ante los ojos borrosos del pistolero, abrióse en silencio una parte de la pared del laboratorio.

Y el gigante de bronce surgió de un escondite bien disimulado en los muros del aposento.

La figura metálica se aproximó al cautivo, quien no pudo ocultar un ligero estremecimiento.

—Déjeme salir de esta trampa, por favor. Me está rompiendo los huesos.

Doc Savage levantó una mano delgada y de forma perfecta, al mismo tiempo que el prisionero hacía un nuevo y desesperado esfuerzo para escapar.

La mano rozó con suavidad el rostro del pistolero, quien al instante se desplomó, inconsciente, como fulminado por un rayo.

Cayó al suelo cuando el hombre de bronce soltó la trampa que recobró su primitiva posición, convirtiéndose en una parte igual a la de los otros mosaicos.

Luego Doc Savage corrió veloz hacia la oficina exterior.

El pistolero permaneció inmóvil después de caer al suelo, sin embargo su pecho se levantaba en rítmica respiración como si estuviese dormido.

¡Víctor Vail, no estaba ya en el despacho contiguo!

Un hilillo de líquido húmedo y viscoso, indicaba que el único disparo que sonó hirió a alguien. Doc Savage siguió la pista que le condujo hasta la puerta de un ascensor. La jaula había descendido.

Se dirigió corriendo hacia las puertas de los ascensores. El último entrepaño se veía cerrado. Oprimió un botón secreto y abriéndose unas puertas, apareció a la vista una cabina.

Era el ascensor especial para Doc y sus amigos, que siempre estaba dispuesto para su uso particular. Funcionaba a una velocidad increíble.

Entró descendiendo con rapidez y al salir veloz del vestíbulo en busca de los raptores de Víctor Vail, se encontró con una escena

asombrosa.

Delante mismo de la puerta del ascensor, había un individuo fácil de confundir con un gorila gigantesco.

Pesaría bastante más de cien kilos, tenía los brazos más largos que las piernas, y era peludo como un oso.

No obstante sería difícil encontrar rostro más simpático que el de aquel semiantropoide; sus diminutos ojillos brillaban como estrellas.

El individuo gigantesco sujetaba a tres individuos de aspecto siniestro en presa de sus brazos enormes. El terceto debatía impotente.

Las tres pistolas que sin duda empuñaron poco antes, yacían por el suelo.

El hombre gorila vio a Doc. Lanzó una carcajada. Luego, con voz singularmente suave para monstruo semejante, dijo:

—¡Escucha Doc!

Sus brazos enormes oprimieron a los tres prisioneros. Los tres, al unísono, aullaron de dolor. Una presa de acero no les hubiera sujetado con mayor violencia, y sus huesos crujieron por la terrible opresión.

—¿No te parece que cantan muy bien? —rió el antropoide.

Estrechó un poco más sus brazos alrededor de los tres sujetos y escuchó sus aullidos de terror como si fuese un maestro de canto.

Dos individuos más, aterrados, hallaban se en un rincón del vestíbulo.

Cubríanse el rostro con ambas manos. Intentaban esconderse el uno tras el otro.

La causa de su terror era un hombre delgado que danzaba con agilidad delante de ellos. Este hombre, vestido de manera irreprochable, amenazaba con un bastón-estoque a la pareja del rincón.

El hombre era Ham, uno de los abogados más eminentes de Norteamérica.

En comparación de sus amigos, su fuerza física no era mucha, en cambio infundía pánico con su arma favorita en la mano.

Pero no se veía ninguna señal del violinista ciego.

Doc Savage interrogó sonriente al hombre gorila:

—¿Qué sucedió, Monk?

Monk, o Gorila, como le llamaban a veces sus amigos, era el nombre que mejor cuadraba al hombre. Al parecer, no había tras su frente estrecha espacio para un cerebro mayor que el que podría caber en un papel de fumar.

Pero en realidad, se trataba de un ilustre químico a quien consultaban con frecuencia sus colegas de otros países.

—Llegábamos a la puerta cuando nos topamos con nuestros amigos —Monk dio a los tres cautivos un fuerte estrujón para oírlos aullar—. Llevaban pistolas. No nos gustaron sus caras y en consecuencia los atrapamos. En verdad, no pensaba divertirme tanto.

Avanzando, Doc Savage aplicó su mano derecha ligeramente en el rostro de cada uno de los pistoleros, rozando apenas el cutis.

No obstante los tres perdieron al instante el conocimiento.

Acto seguido, tocó también al par que Ham amenazaba con su estoque.

Ambos quedaron privados de conocimiento. Para un profano, aquello era sencillamente un acto de magia, pues las víctimas quedaban dormidas al instante.

Ham envainó el estoque, inútil ya después de la acción de su compañero.

Preguntó Doc: —¿No viste a otros ratas que se llevaban secuestrado a un ciego de cabellos blancos?

—Sólo vimos a estos cinco —respondió Ham, con su voz penetrante.

Ham y Monk eran dos de los cinco hombres de Doc Savage, que formaban un imbatible grupo de aventureros que iban de un lado al otro del mundo, socorriendo a los necesitados y castigando a los malvados.

Doc salió de repente a la calle. Era imposible que no encontrase rastro de los raptores, pues descendió con más velocidad que ellos.

Sospechaba que Víctor Vail se hallaba todavía en el rascacielos o se lo llevaron por el lado de los montacargas.

Apenas puso los pies en la calle, cuando una bala escupió un aire helado en su rostro broncíneo.

Cerca de la entrada de la puerta de servicio del gigantesco

rascacielos, veíanse dos automóviles estacionados.

Uno de los coches se puso en marcha, partiendo luego a gran velocidad.

Doc no tuvo tiempo de comprobar si el violinista iba dentro. Dirigióse rápido a refugiarse tras de un extintor de incendios que disponía de varias mangueras y tenía el tamaño de un barril.

Más abajo de la calle, el chofer saltó del coche estacionado. Era un hombre corpulento. Llevaba sobre el rostro un pañuelo blanco, a guisa de máscara.

—¡Daos prisa! —gritó, dirigiéndose a sus compañeros.

El aviso iba sin duda dirigido a algunos de sus compinches que permanecían todavía en el rascacielos.

Monk y Ham salieron a la calle. Un disparo les advirtió que empezaba una nueva lucha, y ellos no podían faltar a tan agradable diversión.

Atraídos por el disparo, Monk y Ham salieron, avanzando presurosos en dirección a donde sonó el tiro.

Monk empuñaba una pistola que en su mano velluda parecía de juguete.

El chofer levantó un revólver para disparar de nuevo. Presentía la proximidad del peligro y fue el primero en atacar.

Pero Monk disparó antes.

El chofer empezó a danzar frenético, como un pollo decapitado. Sus movimientos espasmódicos le condujeron a la calle. Finalmente cayó rodando bajo el sedán.

Tres o cuatro rostros siniestros asomaron por la puerta de entrada de mercancías. Prudentemente ocultos aguardaban el resultado de la pelea.

De la pistola de Monk volvió a surgir una chispa, y esta vez en su dirección.

Las cabezas retrocedieron, desapareciendo del portal.

La voz de Doc Savage llegó de repente a los oídos de Monk. Tras una media docena de palabras, sucedió un profundo silencio.

Cuando, un instante después, Monk, dirigió la mirada al extintor de incendios, Doc Savage ya había desaparecido.

Varias pistolas retumbaron durante breves instantes en la callejuela oscura.

El chofer del sedán apareció de improviso. La bala de Monk sólo le rozó ligeramente, haciéndole perder el sentido.

El individuo llevaba aún su máscara. Enderezándose con fatiga, logró abrir la portezuela, cayendo luego al interior del coche.

Su presencia envalentonó a los individuos situados en la entrada de mercancías. Dispararon una descarga sobre Monk y Ham, quienes se vieron obligados a guarecerse en un portal próximo.

Los pistoleros corrieron en grupo hacia el automóvil y subieron, pisoteando la figura tendida y enmascarada del chofer.

—¡Tirad ese cadáver fuera! —gruñó un hombre, al verlo.

El conductor hizo presa en el hombre que fue a cogerlo. Conocía los sentimientos de sus compinches y no dudaba de que le abandonarían.

—¡No estoy muerto todavía! —gritó—. Estoy perdido nada más.

—Es una infamia marcharnos dejando a nuestros compañeros en ese edificio —gruñó un *gangster*, con un ligero sentimiento de compañerismo.

—¿Qué otra cosa podíamos hacer? —replicó otro—. Fueron unos estúpidos al intentar salir empuñando pistolas. De no haberlos oído, también nos hubieran atrapado a nosotros.

—¡Callaos, desgraciados! —bramó el hombre que conducía el coche de una manera verdaderamente suicida.

Pero en aquel momento sólo les importaba escapar. El automóvil partió calle abajo y luego viró a la derecha, penetrando en una travesía de aspecto miserable.

La callejuela era sucia y olía a pescado. Pululaban unos cuantos marineros, las tabernas y las peleas callejeras.

—Los otros llegaron aquí primero —gruñó un pistolero—. Ahí está el coche que conducían. Hicimos bien en alejarnos de aquel infierno.

El coche que el hombre indicaba fue el primero que se alejó del rascacielos de la parte alta de la ciudad.

Los pistoleros dejaron los dos coches estacionados uno al lado del otro. El primer conductor descendió tambaleándose y por poco cayó al suelo.

—Ayudadle —ordenó el sujeto que parecía capitanearlos.

El chofer fue transportado a la acera. No se molestaron en

quitarle la máscara blanca que aún llevaba. Le socorrían, no por compasión, sino por el temor de ser descubiertos si le abandonaban.

—¡Cielos, pesa una barbaridad! —se quejó uno que ayudaba a transportar al conductor—. ¡Nunca me figuré que fuese tan corpulento!

Subieron por una escalera desvencijada y oscura.

—El grupo penetró en una habitación iluminada. Había otros hombres esperando, con evidente impaciencia.

No se veían todavía señales de Víctor Vail. Si eran ellos los raptores, lo escondieron en alguna otra habitación.

—Ponedlo en la cama de la habitación contigua —ordenó el que parecía capitanear a la banda—. Después le curaremos la herida.

Los dos pistoleros condujeron al chofer al cuarto de al lado, pobremente amueblado y bastante sucio.

El par se dispuso a colocarlo en la cama.

En aquel momento, las manos del chofer se alzaron, al parecer sin objetivo.

Las puntas de los dedos tocaron el rostro de cada uno de los *gangsters*.

En lugar de caer el chofer sobre la cama, ambos *gangsters* se desplomaron encima de ella, sin hacer el menor ruido.

El chofer se dirigió hacia la otra habitación. Parecía restablecido por completo del desfallecimiento que le atacara al descender del coche.

La banda reunida allí lo contempló con sorpresa.

—Será mejor que te acuestes —gruñó el que estuvo dando órdenes—. Si haces el valiente, será peor para tu herida.

—Bah, no me encuentro tan mal como todo eso —murmuró el chofer.

—Bien, sácate esa máscara estúpida.

—En seguida —respondió el chofer—. Tan pronto como encuentre una silla. La cabeza me da vueltas y no me siento seguro sobre mis piernas.

Se metió, tambaleándose, entre los *gangsters*. Para mantenerse en pie, se agarró a las personas a cuyo lado pasaba y al rozar las puntas de sus dedos tocaron alguna porción del cutis.

Entró en contacto con seis hombres al cruzar la habitación. Los

seis quedaron sentados en sus sillas con una extraña rigidez.

El *gangster* que servía de capitán observaba curioso. De pronto sintió sospechas y sacando dos pistolas encañonó al bamboleante chofer, antes de permitirle que se aproximara.

—¡Manos arriba! —ordenó.

El chofer no tuvo más remedio que obedecer, la orden fue perentoria y además respaldada por las armas.

Simultáneamente, los seis *gangsters* que él tocara cayeron de sus asientos, desplomándose inconscientes al suelo.

—¡Cáspita! —gruñó el pistolero—. ¡Sigue con las manos arriba!

Avanzando cauteloso, con un rápido movimiento de una mano arrancó la máscara del chofer.

—¡Lo suponía! —silbó entre dientes.

Las facciones reveladas no eran las del chofer de los pistoleros.

¡Eran las facciones broncíneas de Doc Savage!

IV
La caza a ciegas



Los pistoleros reunidos, estupefactos, no podían comprender como el hombre de bronce sustituyó a su compañero.

Y les era difícil creer que alguien imitase con tal perfección una voz hasta el punto de engañarles imitando el ronco gruñido de su compinche, el chofer.

Dirigieron la mirada a sus seis secuaces tendidos inertes en el suelo. En sus rostros patibularios se dibujó un aire de terror.

Era algo superior a su comprensión y lo desconocido les llenaba de pavor.

El hombre de bronce se quitó poco a poco la gorra. Las puntas de sus dedos rebuscaron en el cabello bronceado.

—¡Sigue con las manos arriba! —ordenó el capitán de la banda.

Los brazos de Doc se alzaron obedientes. No era aquélla la mejor oportunidad de iniciar una pelea y el hombre de bronce era paciente.

—Cacheadlo —ordenó el cabecilla.

Cuatro pistoleros avanzaron cautelosos. Le cachearon minuciosamente.

Hallaron algunas monedas de plata y unos cuantos billetes pertenecientes al chofer. Pero no encontraron armas y esto aumentó, si cabe, su sorpresa.

—¡El sujeto no tiene ningún arma! —murmuraron, estupefactos.

El capitán de la banda contempló los seis cuerpos inertes sobre el suelo.

Acercóse a la puerta del dormitorio. Palideció visiblemente al distinguir a los dos tendidos en la cama, atacados de la misma forma que los demás.

—No comprendo esto —murmuró, estremeciéndose—. ¿Qué les sucedió?

De repente sus ojos se achicaron. Todas las precauciones serían pocas contra aquel hombre extraordinario.

—Registradle las mangas —ordenó a sus hombres.

Lo hicieron y encontraron una aguja hipodérmica.

El capitán de la banda cogió temeroso la aguja y la examinó. No le hacían mucha gracia aquellos instrumentos, acostumbrado a las pistolas.

—De modo que esto los privó de conocimiento —comentó.

Los otros *gangsters* se movieron nerviosos. Les inquietaban armas semejantes. A su juicio, una bala bien aplicada daba mejor resultado que todos aquellos instrumentos misteriosos.

—Acribillémosle —sugirieron.

Pero el cabecilla movió con violencia la cabeza. Aunque tuviese la misma intención, debía ocultarla a sus secuaces, para no perder autoridad.

—De ninguna manera —replicó con sequedad—. Precisamente este sujeto nos hace falta. Le haremos «cantar» dónde está Víctor Vail.

En las facciones de Doc Savage apareció una expresión de interés. Estaba sorprendido.

—¿Quiere decir que no se apoderaron de Víctor Vail? —preguntó.

La potencia de su voz enmudeció a los *gangsters* por un momento. No estaban acostumbrados a semejantes tonalidades, ellos que siempre hablaban con murmullos o gritaban.

Luego el cabecilla habló en son de mofa:

—¿Cree usted que preguntaríamos dónde está ese sujeto, si lo tuviésemos en nuestro poder? —preguntó—. Oiga ¿qué pretende al preguntarnos si lo tenemos? —añadió, ceñudo.

Doc Savage respondió:

—Víctor Vail fue secuestrado. Naturalmente, supuse que ustedes lo apresaron. Por esa razón me encuentro aquí. Ahora resulta que

he perdido el tiempo y la oportunidad de rescatarlo.

—¡Esa maldita banda de Keelhaul de Rosa lo atrapó primero, después de todo! —gruñó uno.

Esta noticia era muy interesante para Doc Savage. Desconociendo la existencia de otra banda enemiga, supuso se trataba de los raptores.

Preguntó:

—¿Quiere decir que su banda y la de Keelhaul de Rosa, las dos, tenían el propósito de secuestrar a Víctor Vail?

—Entonces, ¿por qué iba a venir aquí? —terció un *gangster*—. No seas idiota. Ése es el misterio del tiroteo que oímos arriba. Recordarás que oímos el tableteo de una pistola ametralladora. Eso fue lo que nos asustó. Entonces los otros se apoderarían del ciego, y nos dejaron el trabajo para nosotros.

Doc Savage asintió con la cabeza. Comprendía al fin por qué los cinco pistoleros capturados por Monk y Ham salieron corriendo de los ascensores, pistola en mano. Oyeron el fuego de ametralladora de arriba y se espantaron.

El cabecilla murmuró:

—¿Será posible que Keelhaul de Rosa se nos adelantase?

—Intentó apoderarse del ciego, delante de nuestras propias narices, en el salón de concierto, ¿no es verdad? —preguntó otro pistolero—. Su taxi era bastante veloz pero no pudo haber dado la vuelta a aquel rascacielos con la misma rapidez que nosotros, ¿no es cierto?

Doc Savage escuchaba con interés todo aquello. Convencidos de la impotencia de su prisionero, no vacilaban en hablar delante de él.

Estos individuos debieron llegar a la sala de concierto, a tiempo de presenciar la refriega en la calle.

Y tuvieron la astucia de observar sin ser vistos. Al notar que Doc Savage se llevaba al ciego, intentaron otro golpe en sus oficinas. Pero también fracasaron.

El cabecilla profirió una maldición:

—¡Rayos y centellas! ¿Recordáis al sujeto del taxi que llevaba un bigote postizo? ¿El que fumaba un puro? Siguió al roadster hasta el rascacielos; luego entró detrás de nuestro prisionero y de Víctor

Vail.

—Sí —declaró uno.

—Apuesto a que aquel sujeto era Keelhaul de Rosa.

—Gruñó uno:

—¿Qué haremos? ¡Es difícil saber dónde lo ha llevado!

El cabecilla se encogió de hombros.

—Ben O'Gard querrá saber todo esto. Voy a hablar con él. Quizá tenga una idea que pueda ayudarnos; en todo caso también lo sabría después.

Estas palabras revelaron a Doc Savage que aquellos hombres pertenecían a la banda de Ben
O'Gard
.

Y las dos bandas se disputaban la posesión del insigne músico, con fines desconocidos.

Víctor Vail mencionó un extraño feudo entre Ben
O'Gard
y Keelhaul de Rosa, en las regiones polacas. Era evidente que el antiguo feudo subsistía.

Pero ¿qué había tras todo ello? La pérdida de conocimiento de Víctor Vail en el momento del desastre del Oceanic y su despertar con un extraño escozor en la espalda ¿guardaban alguna relación con este misterio?

El jefe de los pistoleros avanzó, enfrentándose con Doc Savage. Tenía en la mano la aguja hipodérmica, dispuesto a obrar inmediatamente.

—¿Qué es esto? —interrogó con ironía.

—Agua —respondió Doc Savage, con sequedad.

—¿Sí? —se mofó el hombre.

Contempló las figuras inmóviles de sus compañeros tendidos en el suelo, estremeciéndose y luego, serenándose, exclamó:

—¡Embustero!

—Realmente, sólo hay agua —persistió Doc. El pistolero le miró, burlón. Su mano avanzó con rapidez y la aguja hipodérmica se clavó en el cuello de Doc, inyectando su contenido en sus venas.

Sin el menor ruido, el gigante de bronce se desplomó al suelo. Fue tan rápida la acción, que el hombre retrocedió unos pasos.

Resopló el *gangster*:

—¡De manera que sólo había agua en esa aguja! ¡Esa aguja es la que privó de conocimiento a nuestros compañeros!

El cabecilla dio unas órdenes. No se fiaba mucho del resultado de tan sencillo acto.

El hombre de bronce fue vuelto; le propinaron unos cuantos puntapiés y golpes. Pero no mostró ninguna señal de sentirlo.

—Este fenómeno es más duro que el hierro —murmuró un pistolero, contemplando la figura metálica, inerte.

Ordenó el cabecilla, apuntando a un teléfono situado en una mesita junto a la pared:

—Vigiladlo. Voy a hablar con Ben O'Gard en persona. Os telefonearé después lo que debe hacerse con ese sujeto o volveré personalmente a decíroslo.

El individuo partió para entrevistarse con su jefe y formar los planes para lograr la captura de Víctor Vail, burlando a sus enemigos.

Los cuatro *gangsters* pasaron unos minutos intentando volver en sí a sus compañeros. Pero no consiguieron nada.

Empezaron a fumar. Conversaron discutiendo con animación lo ocurrido, mientras uno de ellos se apostó en el vestíbulo vigilando la entrada.

De repente, de la habitación donde los dos pistoleros yacían privados de conocimiento en la cama, surgió una voz aguda.

Decía la voz:

—Venid pronto. Tengo algo importante que deciros.

Unos cuantos *gangsters* entraron, corriendo, en la habitación. Otros se agolparon junto a la puerta, intentando oír las palabras de sus compañeros.

Durante un momento nadie vigiló la figura broncínea de Doc Savage.

Declaró uno, examinando al par de la cama:

—Es extraño. Debió quedarse de nuevo dormido. Los dos están por completo inconscientes. Parece extraño que haya hablado.

Dijo otro, intrigado.

—Nunca oí a ninguno de los dos hablar con una voz tan aguda.

Quizá sufrió un ataque de delirio y no se dio cuenta de sus palabras.

El grupo de pistoleros salió perplejo del cuarto.

Ninguno de ellos miró hacia el teléfono. En consecuencia, no pudieron observar que se puso una cerilla bajo el gancho del receptor, manteniéndolo en posición levantada, estableciendo de esta forma la comunicación.

Los labios de Doc Savage empezaron a moverse. Surgieron unos sonidos bajos cloqueantes, carentes de significado para los pistoleros.

Gruñó uno:

—¿Qué clase de lengua es ésa? Parece un salvaje loco.

—Eso no es ninguna lengua —resopló otro—. Está delirando. No sabe lo que se dice.

El *gangster* se equivocaba. Pues Doc Savage estaba hablando una de las lenguas menos conocidas: la lengua de la antigua civilización maya que floreció hace siglos en Centro América.

Y sus palabras penetraban en el teléfono, llegando a los oídos de quienes estaban destinadas.

Cuando todos los *gangsters* miraron en el interior del dormitorio, dieron a Doc suficiente tiempo para llamar a Monk en su oficina del rascacielos.

Los pistoleros estaban demasiado excitados para oírle cuchichear el número del teléfono.

Doc era un ventrílocuo de rara habilidad. Proyectó su voz en el dormitorio para llamar la atención de sus aprehensores.

El ausente jefe de los pistoleros se habría sorprendido de una manera extraordinaria de haber sabido que la aguja hipodérmica que utilizó sobre Doc Savage no contenía en realidad más que agua inofensiva.

Doc llevaba por casualidad la aguja hipodérmica. Y se la introdujo en la manga con el deliberado propósito de engañar a los pistoleros.

El hombre de bronce no utilizó la aguja para privar de conocimiento, de una manera tan misteriosa, a sus enemigos.

Doc Savage continuó hablando en lenguaje maya. Las palabras sonaban como una jerigonza incomprensible en los oídos de los oyentes.

No obstante, transmitieron un mensaje de importancia a Monk. Todos sus hombres hablaban la lengua maya y la empleaban cuando deseaban conversar sin ser comprendidos. Tal precaución les había salvado más de una vez.

—Renny, Long Tom y Johnny deben de estar ahí ahora —dijo a Monk, en la extraña lengua.

Los tres hombres que acababa de nombrar eran los otros miembros de su grupo de cinco aventureros, hombres de reconocida solvencia intelectual y gran inteligencia, dignos auxiliares de su extraordinario jefe.

Continuó hablando:

—Dile a Johnny que recoja el contenido del cajón número 13, del laboratorio. Se trata de una botella de pintura, un pincel y un instrumento parecido a unos anteojos.

Dio las señas del antro donde estaba prisionero, mientras los pistoleros agrupados a su alrededor se creían seguros de todo ataque.

—Hay dos automóviles estacionados fuera —continuó—. Dile a Johnny que pinte una cruz encima de ambos coches. Que se traiga el auto provisto de radio. Que espere en una calle cercana, una vez terminada la pintura de la cruz. Y que no se aleje por ningún motivo. Le necesitaremos.

»Long Tom y Renny deben coger los anteojos y dirigirse con rapidez hacia el aeropuerto. Volarán en círculo entorno a la ciudad. Renny lo conducirá mientras Long Tom servirá de observador. Los anteojos harán que las cruces pintadas sobre los automóviles brillen a distancia de una manera luminosa. Long Tom radiará el recorrido de los coches a Johnny, quien los seguirá sin perder la pista.

Los *gangsters* seguían escuchando las palabras cloqueantes. Sus rostros aviesos mostraban una sonrisa maligna. No tenían ni la menor sospecha de que el cloqueo pudiese tener un significado.

—Tú, Monk, visitarás la comisaría adonde fueron conducidos los pistoleros que nos atacaron a Víctor Vail y a mí delante de la sala del concierto —continuó—. Interrógalos procurando averiguar el lugar probable donde un marinero llamado Keelhaul de Rosa pudo llevar al violinista.

»»Ham debe permanecer en la oficina e interrogar el rata que

encontraste inconsciente en el laboratorio. También procurará averiguar el paradero de Keelhaul de Rosa y de Víctor Vail.

Si comprendes estas instrucciones, golpea dos veces suavemente en el transmisor telefónico. Si lo haces una sola vez, repetiré el mensaje.

Se oyeron al instante dos golpecitos tan suaves, que ninguno de los pistoleros los percibió.

Doc Savage enmudeció, permaneciendo inmóvil cual si fuera un muerto.

Tenía la completa seguridad de que sus órdenes serían cumplidas al pie de la letra y que los *gangsters* recibirían su merecido.

Un malhechor murmuró: —Me parece que se despidió del mundo.

El centinela apostado a la entrada encendió una cerilla y tosió dos veces.

Un *gangster* sacó dos dados rojos. Los hombros intentaron jugar una partida, pero sentíanse tan nerviosos, que poco después desistieron.

Sentados en las pocas sillas de la habitación o en el suelo, esperaron.

Doc Savage dio tiempo de que sus hombres cumplieran sus instrucciones.

Johnny debería pintar la cruz luminosa sobre los automóviles, Renny y Long Tom volarían sobre la ciudad. Veinte minutos serían suficientes para llevar a cabo su cometido.

Pero les dio media hora de tiempo. Al fin percibió una serie de zumbidos anunciando que el aeroplano volaba por encima de la casa.

Renny ponía sordina a los zumbidos de vez en cuando el objeto de avisar su presencia a sus compañeros.

Doc Savage volvió poco a poco entonces, de cara a la puerta del vestíbulo, simulando estar medio dormido.

Los pistoleros se pusieron se pusieron tensos y empuñaron sus pistolas.

De aquel hombre extraordinario esperaban toda clase de sorpresas.

Doc imitó entonces la voz ronca del centinela apostado junto a la puerta de entrada, proyectándola allí, utilizando su fácil habilidad de ventrílocuo.

No era de temer que los malhechores se creyesen de nuevo engañados por tal superchería.

La voz gritó:

—¡Socorro! ¡Maldición! ¡Socorro!

El centinela lo oyó y tal vez creyó que era su propia voz. Abrió la puerta de un tirón. No comprendía por qué había gritado si nada malo ocurría.

En el momento en que su rostro avieso asomó por la puerta. Doc proyectó unas palabras que parecían brotar de la boca del mismo centinela, quien recibió tal sorpresa que no pudo articular ni una sílaba.

—¡La policía! —fueron las palabras—. ¡La policía sube por la escalera! ¡Huyamos, muchachos!

Reinó al instante un tumulto entre los *gangsters*. Gritaban unos; daban órdenes presa de profunda alarma, otros; y algunos chillaron como si ya los hubiesen atrapado. El mismo centinela hizo desesperados esfuerzos para huir.

Uno de los *gangsters* vio levantarse la figura broncínea de Doc y disparó su pistola. Pero tiró demasiado tarde.

Doc esquivó las balas y acercándose al interruptor apagó las luces.

Sucedió una profunda oscuridad en la habitación, la que aumentó, si cabe, la confusión y el pánico de los malhechores.

—¡La policía está dentro! —gritó, imitando la voz del centinela —. ¡Larguémonos, muchachos, antes que nos echen el guante!

Con el objeto de asegurarse de que huían por la dirección que le convenía, rompió el cristal de la ventana de un puntapié.

—¡Por aquí! —tronó—. ¡Vamos, pronto! ¡Antes que sea demasiado tarde!

Un pistolero saltó por la ventana; luego otro, seguido de varios. Todos siguieron el ejemplo del primero, secundando los planes de Savage.

Situado junto a la ventana, Doc aplicó sus manos a los rostros que pudo encontrar en aquélla densa oscuridad.

Tocó a tres hombres y los tres se desplomaron al instante, privados de conocimiento.

Los otros escaparon de la habitación en un tiempo brevísimo.

Doc oyó que los motores de los automóviles se ponían en marcha y luego vio que salían disparados como cometas estruendosos.

En la habitación donde Doc Savage se hallaba, penetró un sonido extraordinario.

Era un gorjeo bajo y suave, melodioso aunque carecía de tonalidad, parecía el canto de algún pájaro exótico de la selva virgen o la nota alada del viento filtrándose por un bosque.

El sonido poseía la peculiar cualidad de surgir de todas partes de la pequeña habitación, más bien que de un punto concreto.

Esta nota de gorjeo formaba parte de Doc Savage; se trataba de una cosa inconsciente que hacía en momentos de emoción.

Solía brotar de sus labios cuando trazaba algún plan de acción; en ocasiones sonaba para infundir esperanza a algún miembro en apuro, de su grupo de aventureros.

Aquellas notas melódicas eran suficientes para reanimar al más abatido de los hombres.

De vez en cuando producíase cuando Doc estaba satisfecho de sí mismo. Y por esta razón resonaba en aquella ocasión.

Encendió las luces y luego alineó a los pistoleros privados de conocimiento. Eran once. La caza no fue del todo mala.

Además, tenía la satisfacción de haberla realizado sin la menor efusión de sangre.

Telefoneó a Ham al rascacielos gigantesco de la parte alta de la ciudad.

—Trae tu coche —le ordenó—. Tengo un trabajo para ti.

Diez minutos más tarde, Ham ascendía las desvencijadas escaleras, remolineando su bastón de estoque, dispuesto a entrar en acción al instante.

Al observar a los pistoleros, soltó una risita:

—Veo que ha estado recogiendo algunos ejemplares de la fauna del hampa —comentó—. ¡Bonita colección para engrosar el sanatorio!

Preguntó Doc:

—¿Averiguaste algo del hombre de Keelhaul de Rosa? ¿Sabes dónde se esconde?

—Le apreté los tornillos y «cantó» —declaró Ham—. Pero el desgraciado es sólo un pistolero alquilado para un golpe determinado. Él y su banda fueron contratados sólo para secuestrar a Víctor Vail. Debían entregar al violinista en la calle. El sujeto no tenía idea de la guarida de Keelhaul de Rosa, y también ignora todo lo concerniente a ese golpe. Se limitó a seguir paso a paso las órdenes recibidas.

—¡Qué lástima! —comentó Doc—. Es probable que alguno de la banda que atacó a Víctor Vail fuera de la sala de concierto, sepa dónde está situada esa guarida. En tal caso, Monk los hará «cantar».

Los pistoleros desvanecidos fueron trasladados al coche de Ham.

Éste no preguntó a donde llevarían a los prisioneros. Ya lo sabía. Los criminales serían transportados a las oficinas del rascacielos.

Un día o dos después, se presentarían unos hombres que los conducirían a una institución misteriosa escondida entre la montaña del Estado de Nueva York.

Allí se les practicaría una delicada operación cerebral que les borraría el conocimiento pasado. Luego se les educaría como si fuesen niños y se les enseñaría un oficio que les permitiese ganarse honradamente la vida.

Al ser devueltos de nuevo al mundo, probablemente serían buenos ciudadanos, pues no conocerían nada de su pasado y se les había enseñado a odiar el crimen.

El misterioso sanatorio donde se practicaba esta obra humanitaria era costeado por Doc Savage. El personal, compuesto de eminentes cirujanos y psicólogos, había sido entrenado por el mismo Doc.

Ham condujo su coche hacia el rascacielos donde tenían instalado su cuartel general.

Los pistoleros fueron cargados en el ascensor particular, usado para casos especiales y reservado exclusivamente para su servicio.

Llevando a rastras a varios de los *gangsters*, seguido de Ham, entró en su oficina.

Y, estupefacto, se detuvo en seco.

¡Víctor Vail, el violinista ciego, estaba sentado en la oficina!

V
Nueva desaparición



Doc Savage notó al instante un ligero olor a cloroformo en torno al violinista ciego.

Aparte de ese detalle, Víctor Vail parecía hallarse en perfecta salud. Al oír a Doc, dijo con ansiedad:

—Me alegro de que haya venido, señor Savage. Me tenía intranquilo su ausencia y no sabía dónde dirigirme.

Como muchos ciegos, era evidente que Víctor Vail identificaba a las personas por sus pisadas. El paso firme de Doc era inconfundible.

—¿Qué demonio le sucedió? —preguntó Doc—. Cuando salí a buscarle había desaparecido.

—Unos pistoleros al servicio de Keelhaul de Rosa me secuestraron.

—Ya me lo figuré —explicó Doc—. Quiero decir, ¿qué le sucedió para volver aquí, sano y salvo? Ha sido una verdadera sorpresa.

Víctor Vail se acarició su blanco cabello con manos largas y sensitivas.

Su rostro inteligente mostraba una gran perplejidad.

—Es un misterio que no alcanzo a comprender yo mismo —murmuró—. Me cloroformizaron. Debí estar privado de conocimiento un largo rato. Cuando recobre el sentido, me encontré tendido en la acera de una calle de la parte alta de la ciudad. Rogué a un transeúnte que llamara a un taxi y vine aquí, donde tuve la desagradable sorpresa de no encontrar a nadie.

—¿No conoce lo que le sucedió, aparte de eso? Me refiero a sí sospecha el motivo.

—No. Excepto que mi camiseta desapareció sin darme cuenta.

—¿Qué?

—Mi camiseta había desaparecido. No puedo imaginarme por qué motivo quisieron robarme tal cosa. Su importancia es insignificante.

Doc reflexionó y dijo:

—Es posible que sus aprehensores lo desnudasen para examinarle la espalda y olvidaron la camiseta cuando lo volvieron a vestir.

—Pero ¿por qué habrían de querer examinarme la espalda? ¿Cree que todos estos trastornos son motivados sólo por mirar mi espalda?

—Estaba pensando —replicó Doc Savage—, en el incidente que usted mencionó, ocurrido hace más de quince años.

—Ah.

—Cuando despertó, después de la supuesta destrucción del trasatlántico Oceanic, en las regiones árticas, declara usted que sintió un escozor en la espalda.

Víctor Vail se acarició sus blancos cabellos, su ademán habitual e inconsciente cuando le embargaba algún pensamiento.

—Debo confesar —declaró—, que estoy desconcertado. ¿Por qué dice usted la supuesta destrucción del Oceanic?

—Por qué no existe prueba alguna de que fuese destruido, aparte de la mera declaración de Ben
O’Gard
.

El violinista se enfadó ligeramente. Le molestaban aquellas continuas alusiones a la sinceridad de su salvador.

—¡Tengo confianza en Ben
O’Gard
! —exclamó—. Me salvó la vida y ni siquiera me ha permitido agradecérselo.

Doc replicó, en tono sincero:

—Admiro la fe que deposita en
O’Gard

. No hablaremos más al respecto. Pero deseo inspeccionar su espalda. Quizá en ella encontremos la solución de este misterio.

Obediente, Víctor Vail se despojó de las prendas superiores.

Doc Savage examinó entonces con atención la espalda del ciego, usando una potente lupa. No encontró nada sospechoso.

—Esto es muy misterioso —comentó dirigiéndose a Ham.

Éste inquirió:

—¿No crees que Keelhaul de Rosa secuestró al señor Vail simplemente para mirarle la espalda? Parece lo cierto; sin embargo, no tiene nada en ella que pueda servirnos de pista.

—Precisamente eso es lo que creo —replicó Doc—. Y otra cosa que me intriga sobremanera es por qué Keelhaul soltó al señor Vail, una vez que se apoderó de él. ¿Por qué no guardarlo para evitar que los otros se apoderasen del secreto si éste existe?

—También me intriga a mí —terció Víctor Vail—. El individuo es un criminal diabólico. Tengo la seguridad de que me asesinaría.

Dirigiéndose a la ventana, Doc Savage miró al exterior. La calle se extendía a tanta profundidad, que los automóviles semejaban insectos.

Los faroles parecían puntitos de luz. Sólo una persona de nervios bien templados podía contemplarlo un rato sin sentir vértigo.

Se oyó el ruido de las puertas de un ascensor al abrirse.

Monk penetró en la oficina y miró de pies a cabeza al elegante Ham, que enojado, exclamó:

—¡Uno de estos días te encerrarán en el parque zoológico, so gorila!

En respuesta, Monk imitó a la perfección el gruñido de un cerdo. Y salió tan perfecto, que Víctor Vail se volvió asombrado.

Al instante siguiente, Monk esquivó con una velocidad asombrosa para un hombre de su corpulencia, un golpe de plano del estoque de Ham.

Ham era muy sensible a cualquier referencia a dicho animal. Unos recuerdos no muy agradables iban ligados a una sabrosa parte del cerdo.

Monk habría con toda probabilidad continuado burlándose de Ham, de no haberle interrumpido Doc.

—¿Qué averiguaste de Keelhaul de Rosa, cuando fuiste a la

comisaría a interrogar a sus secuaces? —inquirió el hombre de bronce.

—Nada en absoluto —rió Monk—. Son simplemente morralla. Los alquilaron para este golpe. Ni siquiera conocen la guarida de Keelhaul de Rosa.

Doc asintió con la cabeza. No esperaba solucionar nada con los detalles que pudiesen facilitar los pistoleros.

—Ham —dijo—, tu profesión de abogado te ha relacionado con los gobernantes de América e Inglaterra. Deseo que vayas inmediatamente a averiguar todo cuanto sea posible del trasatlántico Oceanic. Averigua cuanto puedas de la tripulación, del cargamento y todo lo que sea de interés.

Apenas se hubo marchado el abogado, sonó el teléfono. Llamaba Johnny.

Johnny tenía voz de conferenciante. Escogía las palabras con precisión, a estilo de catedrático. En realidad, Johnny era uno de los más eminentes arqueólogos del mundo.

Sonó una voz grave por los hilos del teléfono, diciendo:

—No pierdo vista de esa banda, Doc. Los sujetos se detuvieron delante de una pensión sospechosa. Renny y Long Tom me radiaron el lugar desde el aeroplano, donde vigilaban, y llegué a tiempo de verles entrar.

Luego dio unas señas de la parte baja de Nueva York, no muy lejos del barrio chino, lugar más que a propósito para esconderse gente de tal calaña.

—Mucho cuidado. Enseguida estaré contigo —replicó Doc, colgando el receptor.

Monk ya cruzaba el umbral, dispuesto a tener su parte en la aventura.

—¡Eh! —llamó Doc. Tú permanecerás aquí.

—¡Oh! —exclamó Monk, con cara de cachorro al que se le hubiese propinado un puntapié en las costillas—. ¡Tú no puedes hacer esto, Doc!

Estaba, en verdad, decepcionado. Le gustaban las aventuras emocionantes y ya se imaginaba haber encontrado una.

Doc señaló:

—Alguien debe guardar a Víctor Vail. Tu misión es más

importante de lo que parece a simple vista. Monk debe guardar a Víctor Vail.

Monk se apaciguó y sacando un cigarrillo, lo encendió.

El roadster gris de Doc Savage estaba provisto de una sirena de reglamento de policía. Tenía permiso para usarla.

Su coche, a toda marcha, lanzaba un sonido plañidero, pidiendo vía libre.

Moderó la marcha al llegar a unos centenares de metros de su destino. La gimiente sirena enmudeció. Y, como un fantasma gris, el automóvil de Doc atravesó el mísero distrito.

Detuvo el coche a la vuelta de la esquina de las señas que Johnny le dio. No le costó mucho trabajo dar con el lugar.

Un hombre larguirucho voceaba a gritos los periódicos en la esquina. El individuo era flaco. Sus hombros semejaban un perchero bajo su traje azul.

El resto de su persona era, en proporción, increíblemente delgado.

Llevaba gafas y tenía un aire de decisión que sorprendía en un hombre de su clase.

El vendedor de periódicos, al divisar a Doc se le acercó.

Como si pretendiese venderle un periódico, le dijo:

—Están todavía en la habitación. Tercer piso, primera puerta a la derecha.

Replicó Doc:

—Magnífico, Johnny. ¿Estás armado?

Johnny abrió su paquete de periódicos, como si fuese un libro. Surgió un arma pequeña, parecida a una pistola, con un cargador de regular tamaño ajustado al puño.

Sería difícil encontrar un arma más mortífera. Se trataba de una pistola ametralladora inventada por Doc.

—Espléndido —murmuró su jefe—. Espera en la calle. Voy a subir a esa habitación. Será mejor que estés preparado para cualquier contingencia.

Los escalones gimieron bajo el peso del gigante de bronce. Para evitar el ruido, saltó con agilidad a la barandilla y ascendió por ella.

Llegó al segundo piso de la misma manera, sin molestarse por ver si aquellos escalones crujían también.

Utilizando la barandilla, evitaba cualquier timbre de alarma que pudiese haber bajo los escalones.

Un destello de luz junto al suelo señalaba el fondo de la puerta que le interesaba. Escuchando con atención, sus agudos oídos percibieron la respiración de varios hombres.

Uno de ellos gruñó pidiendo un cigarrillo.

Acechó en el exterior unos dos minutos. Sus poderosas manos bronceadas no estuvieron ociosas; se introducían con frecuencia en sus bolsillos.

Luego, volviéndose, empezó a subir a otro rellano, de la misma manera que los dos primeros.

El edificio constaba de cinco pisos. Un ático le condujo a una azotea alquitranada. Se dirigió hacia un lugar situado encima de la ventana de la habitación donde los pistoleros estaban reunidos.

Sacó una cuerda de seda, delgada pero fuerte, del bolsillo. Ató una punta entorno a una chimenea.

Luego, como una araña colgando de un hilo, descendió deslizándose por la cuerda. Sus manos poderosas se deslizaban por la trenzada seda, produciendo un ligero y casi imperceptible ruido.

Al llegar a la ventana, introdujo una mano en un bolsillo. Luego propinó un puntapié a la ventana y, por la abertura que su pie hizo, arrojó los objetos que sacó del bolsillo con sorprendente rapidez.

Sucedió un enorme tumulto en el interior de la habitación. Los hombres, cogidos por sorpresa no comprendían de dónde había surgido el ataque.

Doc ascendió acto seguido por la cuerda, que, una vez llegado arriba, volvió a guardar en el bolsillo.

No tenía, al parecer, la menor prisa. Tenía una fe absoluta en sus procedimientos y no ignoraba los efectos que produciría su ataque.

El tumulto cesó de una manera misteriosa en el cuarto del piso inferior.

Se dirigió después a la parte delantera de la azotea y se sentó en el parapeto.

Divisó en la calle a su amigo con sus periódicos.

—¡El Mundo! ¡El Día! —voceaba Johnny, a voz en cuello—. ¡La Farándula! ¡El Mundo! ¡La Prensa!

Nadie habría sospechado que Johnny gritaba con toda la fuerza

de sus pulmones para ahogar los ruidos que pudiesen surgir del interior del edificio.

No sabía los métodos que usaría Doc para librarse de los *gangsters*.

Transcurrieron unos diez minutos antes de que Doc Savage descendiese a la habitación del tercer piso.

En la alfombra del vestíbulo yacían muchas bombillas incoloras del tamaño de granos de uva. Eso fue lo que Doc arrojó al interior.

Los pistoleros, al huir frenéticos de la habitación, pisotearon muchas de las diminutas bombillas. Hicieron exactamente lo que Doc esperó que hicieran, para llevar a cabo su plan.

Esto provocó el escape del poderoso anestésico contenido en ellas.

Cualquiera que no estuviese provisto de una careta contra los gases, al sentir los efectos, quedaría desvanecido.

El suelo del vestíbulo y la habitación misma, estaban sembrados de hombres desvanecidos, en las más grotescas posturas.

Doc penetró en el interior evitando pisar las bombillas, que quedaron intactas y las recogió rápidamente para evitar que estallase alguna sin darse cuenta.

¡Su mano bronceada hizo un movimiento de disgusto!

¡Ben O'Gard no se encontraba entre los vencidos!

Doc giró la vista en torno a la habitación, para asegurarse de que el jefe de la banda no estaba allí.

Observó que todas las bombillas de cristal conteniendo el anestésico que tiró por la ventana rota habían sido destrozadas.

No quedaba ninguno de los gases en la habitación ni en el pasillo, pues esperó en la azotea suficiente tiempo para que se disipara el aire enrarecido por las sustancias tóxicas.

No cabía duda de que Ben O'Gard no estaba presente. Los hombres a quienes siguió eran simplemente miembros de la banda.

—¿Atrapaste a alguien de importancia? —preguntó Johnny, desde el umbral.

Respondió Doc:

—No. Remitiremos a estos caballeretes a nuestro sanatorio. Creo que todos ellos están fichados por la policía. Y nos agradecerán les libremos para siempre de tales sujetos.

Johnny examinó con calma a los pistoleros desvanecidos.

—Es indudable que el tratamiento no les perjudicará lo más mínimo. Pero ¿qué me dices del jefe Ben
O'Gard
?

—No se encontraba entre los presentes.

—Pues es una verdadera lástima. Porque supongo que ese hombre debe poseer casi toda la clave del misterio de la desaparición del Oceanic.

—En efecto.

—Esperemos que otra vez tendremos mejor suerte.

Acto seguido cargaron a los prisioneros en los autos. El roadster de Doc cargó unos cuantos más. Era una buena redada de malhechores que desaparecían para siempre de la ciudad. Partieron en dirección a la parte alta de la ciudad. Llegaron poco después ante el gigantesco rascacielos donde Doc tenía instalado su cuartel general y donde esperaban Monk y el violinista.

Cargando a los cautivos en los ascensores, los condujeron a la oficina.

Al llegar al pasillo encontraron a Ham profiriendo sonoras carcajadas.

Doc Savage entró veloz en la oficina. Tenía la intuición de que algo anormal había sucedido durante su relativamente corta ausencia.

Encontró a Monk, el gorila, tendido en un diván, sujetándose la cabeza con ambas manos y meciéndose de un lado a otro.

Sus gemidos formaban un sombrío contraste con el sonoro regocijo de Ham.

Por los dedos de Monk corría un hilillo carmesí, que se escapaba de una profunda herida que ostentaba en la cabeza.

La primera impresión de Doc, fue que su corpulento compañero estuvo burlándose quizá demasiado encarnizadamente del abogado.

Y por vez primera no logró esquivar el golpe plano del estoque

de Ham, que enfurecido por las continuas burlas debió querer castigarlo.

Pero al instante distinguió por el suelo el objeto que causó tan profunda herida en la cabeza de Monk.

Era un pisapapeles pesado y metálico que yacía sobre la alfombra.

También observó otra cosa.

¡Víctor Vail había desaparecido de nuevo!

VI
Hombres colgando



Preguntó Doc Savage, vivamente:

—¿Qué sucedió?

Ham intentó responder dos veces, pero le ahogaba la risa.

—¿Qué sucede? —insistió Doc—. ¿Dónde está Víctor Vail?

Al fin, riendo, contestó Ham:

—Creí por un momento que reventaría de risa. El ciego dijo que deseaba palpar lo que Monk llama su cabeza. Nuestro gorila le dejó…

—Recibió una llamada telefónica primero —terció Monk, malhumorado.

En verdad, no eran bromas muy agradables.

—¿Quién? —inquirió Doc.

—Víctor Vail —gruñó Monk—. Sonó el teléfono. Alguien pidió hablar con él. Lo conduje al aparato y recibió la comunicación.

—¿Qué habló? ¿Pudiste enterarte de lo que decían?

—No le dijo gran cosa al sujeto que llamó. Pero escuchó bastante rato. Luego colgó el receptor, con aire preocupado, como si le molestase seguir las indicaciones.

—¿No explicó lo que habló ni quién le llamó?

—No. Permaneció unos minutos silencioso.

—¿Qué hizo después?

—Al cabo de un rato empezamos a adivinar el porvenir palpando la cabeza de las personas. Adujo que conocía esa ciencia y ofreció palparme la cabeza para profetizarme el futuro.

—¡Y caíste en la trampa! —gritó Ham, regocijado—. Y te palpó la cabezota con ese pisapapeles. Luego tomó las de Villadiego.

—¿No estabas tú aquí? —preguntó Doc a Ham—. ¿Cómo permitiste que se marchara, sin decir nada?

—No —respondió éste, riendo—. Entré en el momento en que Monk se despertaba, hablando consigo mismo.

—¿Y cómo iba a saber yo que el ciego tenía el propósito de asestarme un testarazo? —protestó Monk, pretendiendo defenderse de las acusaciones del abogado.

—¿No tienes idea de por qué lo hizo? —interrogó Doc.

—En absoluto —declaró Monk—. A menos que se lo inspirara esa conversación telefónica. Desde que habló estuvo inquieto y preocupado.

—¿De veras no sabes quién telefoneó?

—El sujeto dijo llamarse Smith. Pero sin duda se trata de un nombre falso.

Monk se quitó las manos de la cabeza, mostrando un descomunal chichón, hinchado y rojizo de sangre coagulada.

Con ese chichón basta para profetizar tu porvenir —se burló Ham—. Demuestra que eres un papanatas y que hasta un ciego es capaz de suprimirte con un pisapapeles. Así, pues, no te las des de valiente.

Doc Savage penetró en el laboratorio. Los prisioneros permanecían alineados hasta que se les administrara una droga que los volviese en sí.

No se entretuvo con ellos. Cogió un aparato parecido a uno de esos gigantescos pulverizadores utilizados para tratar los árboles frutales y lo llevó a la oficina exterior.

Monk y Ham contemplaron con sorpresa el aparato, que era nuevo para ellos, pues ignoraban a qué uso estaba destinado.

Preguntó el primero:

—¿Qué es…?

No terminó la pregunta.

Llegaron en aquel momento a sus oídos los sonidos de unos disparos lejanos.

El ruido provenía de la calle. Las detonaciones llegaron claras a la oficina, determinando el lugar de donde partieron.

Doc, corriendo hacia la ventana, se asomó.

Divisó un coche de carreras, tumbando junto a la acera y, tras del mismo, dos hombres parapetados defendían sus vidas.

Dos pistolas ametralladoras escupían fuego, sembrando de balas todo el espacio que medía el arroyo central.

Al otro lado de la calle, otras pistolas respondían con igual violencia e intensidad.

—¡Son Long Tom y Renny! —exclamó Doc.

El gigante de bronce salió como una exhalación al pasillo, pronunciando la última palabra. Los otros ya comprenderían que acudía en socorro de sus amigos.

Johnny, Monk y Ham le siguieron sin vacilar un solo instante.

Monk olvidó su chichón como si jamás lo hubiese recibido. La sed de acción se había apoderado de él.

El ascensor superveloz los condujo abajo con increíble rapidez.

Johnny y Ham, no pudiendo resistir la fuerza con que el ascensor paró, cayeron al suelo de bruces.

—¡Cáspita! —rió Monk—. Siempre me pasa lo mismo con este ascensor.

Doc y sus hombres salieron a la calle con suicida temeridad.

Una lluvia de plomo destrozó los cristales de una puerta, no lejos del lugar donde estaban.

Monk, Johnny y Ham empuñaron las extraordinarias pistolas ametralladoras inventadas por Doc. Las armas descargaron una serie de disparos resonando con imponente tableteo.

Doc retrocedió, regresando al interior del rascacielos. Salió por la puerta de la entrada de mercancías a pasos furtivos, antes de que sus amigos se diesen cuenta de su desaparición. Penetrando en la travesía contigua, avanzó por entre las sombras más espesas.

Al llegar a la calle donde se desarrollaba la encarnizada y estruendosa batalla, distinguió que Renny y Long hacían fuego parapetados tras el coche de carreras perteneciente a Long Tom.

Sus adversarios estaban atrincherados tras la esquina de un edificio situado en la acera opuesta. Y por la cantidad de disparos, parecía que se trataba de varios hombres. Alguien había apagado a tiros los faroles eléctricos a ambos extremos de la calle. La oscuridad que reinaba en aquel pedazo de calle explicaba la

ausencia de bajas.

La figura bronceada de Doc cruzó con la rapidez de una centella el arroyo central, aprovechando un instante de respiro. Le rozó una bala.

Era casi imposible hacer blanco en aquella oscuridad. Sin embargo, alguien pudo reconocerle o tuvo el presentimiento de su presencia.

—¡Es el hombre de bronce! —gritó uno de los pistoleros.

Fue lo bastante para terminar la batalla. Los *gangsters* huyeron. Tenían un coche estacionado a la vuelta de la esquina y subiendo precipitadamente, el automóvil partió veloz, llevándoselos.

De detrás del coche de carreras surgió una figura diminuta corriendo furiosa tras los fugitivos. Su pistola ametralladora disparó una serie de tiros.

El hombre no se resignaba a terminar la lucha.

—¡Eh! —llamó Doc—. Estás perdiendo el tiempo, Long Tom.

El aludido regresó corriendo. Además de bajo, era delgado. Tenía cabello claro y ojos pálidos y su cutis no parecía muy sano.

Sólo su cabeza, extraordinariamente grande, indicaba que no era un hombre vulgar. Era un verdadero mago de la electricidad y había trabajado con los hombres más eminentes de dicha ciencia.

Tampoco era el alfeñique que parecía. Estaba dotado de un sorprendente vigor físico, que desmentía su aspecto.

—¡Esos ratas me acribillaron del coche! —bramó, indignado.

El lujoso coche de carreras constituía el orgullo de Long Tom. Lo había dotado de toda clase de mecanismos eléctricos, desde un aparato de televisión hasta un dispositivo de unos rayos de onda corta, mortíferos para los mosquitos y otros insectos que pudieran atar a su conductor.

Este último aparato construido con la colaboración de Doc Savage, estaba destinado a subir a Long Tom al pináculo de la fama.

Los granjeros podrían utilizarlo para descubrir las plagas de insectos que arruinaban los campos. Salvaba millones de dólares de pérdidas a los cultivadores de algodón, solamente.

Al aproximarse al coche de Long Tom, surgió ante ellos una mole.

Esa mole humana era Renny.

Tenía una estatura gigantesca, bastante más de dos metros. El hecho de que parecía igualmente ancho era en parte una ilusión óptica. Tan solo pesaba unos cien kilos y pico.

En los extremos de sus brazos, del grosor de postes de telégrafo, ostentaba unas enormes deformidades de hueso y carne que él llamaba manos. Renny era notable por dos cosas. En primer lugar, muchos países le conocían por un ingeniero genial. En segundo lugar, no había puerta en el mundo que resistiese a sus puños monstruosos.

—¿Cómo demonio empezasteis esa batalla? —interrogó Doc. Renny y Long Tom cruzaron unas miradas de chiquillos cogidos en alguna fechoría.

No podían alabarse de haber vencido y se consideraban fracasados en su empeño de ayudar a su jefe y amigo.

—Llegamos aquí con las mejores intenciones del mundo —protestó Renny, con una voz muy semejante a la de una rata encerrada en un barril—. Esos granujas nos salieron al paso encañonándonos con una pistola ametralladora. Es evidente que no éramos los pájaros que andaban buscando, pues descendieron sus armas y retrocedieron. Pero decidimos que si buscaban camorra les daríamos satisfacción. En consecuencia, empezamos a disparar con la mejor intención del mundo.

Doc Savage sonrió ligeramente.

—Si la batalla no condujo a nada, a lo menos me ha aclarado ciertas cosas que me intrigaban —dijo.

—¿Eh? —preguntaron Renny y Long Tom, a coro. Si no fue inútil del todo ya podían darse por satisfechos.

Los otros compañeros se acercaron a escuchar. Ninguno del grupo resultó herido, lo que podía considerarse un milagro, dada la cantidad de municiones que se malgastaron por ambas partes.

Explicó Doc:

—Hasta hace un momento era un enigma para mí por qué Keelhaul de Rosa dejó en libertad a Víctor Vail. Ahora veo el motivo. Keelhaul de Rosa y Ben O'Gard se combaten. El motivo de ello es un misterio todavía. Ambos quieren apoderarse de Víctor Vail. La causa de esto es otro misterio.

Pero Keelhaul secuestró al violinista y consiguió de él lo que buscaba: algo que exigía se le desnudase la parte superior del cuerpo. Luego soltaron al ciego como cebo con el objeto de atraer a Ben
O'Gard
para que cayera en las manos de los pistoleros de Keelhaul de Rosa. Con esta banda sostuvimos la reciente escaramuza porque Keelhaul estaba entre ellos. Se imaginaron que pertenecíais a la banda de su adversario.

Una vez terminado de hablar, Doc hizo unas señas a Renny. Los dos entraron en el rascacielos. A Doc se le ocurrió una idea.

Los otros, Monk, Ham, Long Tom y Johnny, permanecieron fuera.

Deberían explicar el tiroteo a la policía. Ya se oían las sirenas de los coches de la policía por todas las direcciones.

Sería fácil dar una explicación. Todos los hombres de Doc tenían el rango de capitán honorario de las fuerzas de la policía de Nueva York.

Entrando en la oficina del piso ochenta y seis, Doc cogió el pulverizador que dejó al iniciarse la refriega en la calle.

—¿Qué diablo es eso? —inquirió Renny, quien tampoco había visto nunca semejante instrumento.

—Te lo enseñaré —respondió Doc, indicando un material pegajoso que se veía en el suelo del pasillo, delante de la puerta de la oficina. Era de un color parecido al de los mosaicos para que no fuese muy visible—. ¿Ves eso?

—Seguro —replicó Renny—. Pero no me habría fijado en ello, de no habérmelo enseñado. ¿Para qué sirve?

—Tuve la precaución de esparcir ese material delante de la puerta cuando dejé a Monk guardando a Víctor Vail —explicó Doc —. Temía que sucedería algo parecido y tomé mis precauciones.

—¿Qué es?

—Te lo estoy enseñando. Descálzate.

Intrigado, Renny se sacó los zapatos. No comprendía la utilidad de semejante acto, pero obedeció al instante.

Doc le imitó. Luego proyectó la boca del pulverizador por el pasillo, distante del material viscoso. Al punto se oyó una especie

de zumbido y una nube de vapor pálido salió por la boca del instrumento.

—¿Hueles algo?

—Nada en absoluto —declaró Renny, después de olfatear unos instantes.

Doc enfocó entonces el vapor sobre el material pegajoso.

—¿Hueles algo ahora?

—¡Uf! —exclamó Renny, ahogándose—. ¡Demonio! Un regimiento de mofetas no olería peor…

Doc condujo a Renny al ascensor. La prueba dio el resultado que esperaba.

De aquella manera no sería difícil seguir la pista de los fugitivos.

—El material del pulverizador y el producto viscoso del suelo forman, cuando se mezclan, aunque sea en pequeñas cantidades, un olor insoportable —explicó Doc, mientras el ascensor descendía como una exhalación—. Esos productos químicos son tan potentes, que cualquiera que pise ese material delante de la puerta, dejará un rastro que puede seguirse durante algunas horas. Por ese motivo nos quitamos los zapatos.

—Pero no veo…

—Vamos a seguir el rastro de Víctor Vail —continuó Doc—. Espero que no haya tomado un taxi. En tal caso, tendríamos que pensar en otra manera de dar con su paradero.

Pero Víctor Vail no tomó ningún vehículo de esta clase. Se dirigió caminando hacia el «metro» más cercano y entró, por el lado de los trenes que iban a la parte alta de la ciudad, palpando las paredes.

—Perdimos el rastro —murmuró Renny, algo decepcionado, pues le interesaba el procedimiento inventado por su amigo.

—De ninguna manera —replicó Doc—. Simplemente nos dirigiremos hacia la parte alta de la ciudad y arrojaremos nuestro vapor en cada salida de estación de «metro» hasta encontrar el olor resultante de su contacto con las huellas de Víctor Vail.

Renny, reanimado, lanzó una sonora carcajada:

—¡Somos unos sabuesos estupendos!

Probaron las salidas de siete estaciones. En la octava, el extraordinario vapor de Doc, un producto químico de su invención,

combinado con el otro producto dejado por los zapatos de Víctor Vail, les dio el nauseabundo olor.

—Desciende por esta callejuela —indicó Renny.

Había pocos peatones a esa hora en aquella travesía. Pero los contados transeúntes se detuvieron a contemplar estupefactos a Doc y a Renny al verlos descalzos, ocupados en lo que parecía la tarea estúpida de rociar un perfume repulsivo por la acera.

Observó Renny:

—Lo que me intriga es cómo el ciego recorrió todo este trayecto. Comprende que ande con relativa soltura en una habitación, pero aquí…

Replicó Doc:

—No le sería difícil solicitando ayuda de los transeúntes. Todo el mundo presta gustoso auxilio a un ciego.

Renny se cansó de la multitud de curiosos que le seguían incansables.

Gritó con violencia a los más cercanos:

—¡Largo de aquí! ¿No tienen dónde ir?

Renny tenía un rostro enérgico y severo. Sumisa, atemorizada, la multitud desapareció. En verdad, aquel tono de voz no se prestaba a bromas de ninguna clase.

Cinco minutos después, los dos amigos se detenían ante una puerta, en la cual se veía una placa con la siguiente inscripción:

DENTISTA

Penetraron al instante en las sombras del portal.

Aquel distrito era habitado por gente de regular posición. Los edificios eran medianos, aunque algo viejos.

Después de examinar con detención el lugar. Doc dijo a su amigo:

—Espera aquí. Creo que regresaré en seguida. Quiero hacer una pequeña inspección preliminar.

Tenía siempre la costumbre de dejar a sus hombres atrás, mientras él se dirigía solo al peligro. Sus compañeros se resignaban, aunque en muchas ocasiones sufrían porque lo le acompañaban en un momento en que parecía inminente la aventura.

Pues literalmente los cinco hombres de Doc vivían para las emociones y los peligros.

Pero nadie era capaz de enfrentarse con lo desconocido de la manera como lo hacía Doc Savage. Tenía el don sobrenatural de evitar o escapar de lo que para otro hombre representaría una trampa mortal.

Se deslizó silencioso hacia la parte trasera del edificio. Encontró que ésta no estaba cerrada con llave, pero sí con unas fuertes barras de hierro cruzadas.

Dando un salto formidable, se cogió a unas rejas y escaló una ventana superior. En pocos minutos llegaba a su destino.

La habitación estaba a oscuras. Permaneció unos minutos inmóvil y silencioso, para cerciorarse de que no existía ningún peligro oculto.

Sacó algunas cosas de un bolsillo. Pegó un poco de masilla a los cristales.

Luego se oyó un leve chirrido.

Había cortado el cristal de la ventana. Y gracias a la masilla, evitó que cayera con el consiguiente estrépito.

Se deslizó al interior. Reinaba un silencio de tumba dentro de aquella casa, como si todos sus habitantes hubiesen desaparecido, para dejarle libre el campo.

Empezó a investigar en un completo silencio. Tan sólo en una habitación había luz. La puerta estaba cerrada con llave.

Escuchó unos instantes, pero no llegó a sus oídos ni el más leve rumor.

Renny entró a una señal y ambos se dirigieron a la puerta cerrada con llave.

Era la única que presentaba tal particularidad y les intrigaba conocer lo que guardaba.

Murmuró Doc:

—Sería preferible que entrásemos de sopetón. Si hay alguien, podremos sorprenderle sin darle tiempo a que se defienda.

—Muy bien —respondió Renny.

Tomando empuje, los dos hombres se precipitaron sobre la puerta, que saltó hecha astillas. Acto seguido sacaron las barras de hierro.

Saltaron al interior de la habitación, donde también reinaba una intensa oscuridad.

Renny empuñaba una de las excelentes pistolas ametralladoras.

Las poderosas manos bronceadas de Doc Savage iban vacías.

Los dos amigos se detuvieron en seco, paralizados de horror. Por el resplandor que penetraba por la puerta destrozada, vislumbraron una escena de espanto.

Había dos hombres en aquella habitación.

Uno era Víctor Vail.

El otro, a juzgar por la bata blanca que llevaba puesta, era evidentemente el dentista que tenía su consultorio en aquella casa.

Ambos hombres colgaban de un sólido candelabro, suspendidos de cuerdas atadas en torno a sus cuellos.

Sus rostros congestionados, y la blanca espuma que se veía en sus labios delataban que hacía largo rato sufrían el espantoso suplicio de la estrangulación.

Sólo un verdadero milagro les conservaba en vida, gracias a la escasa pericia de aquellos desalmados verdugos.

Con la rapidez de una centella, Doc libró a los desgraciados, depositándolos en el suelo, mientras su amigo Renny, procuraba volverlos en sí.

VII
El mapa



Amanecía. Por encima de los inmensos rascacielos neoyorquinos, los primeros rayos de sol se reflejaban en los cristales de las elevadas cúpulas, arrancando destellos de luz.

Los extraordinarios compañeros de Doc Savage aguardaban, todavía en la oficina que les servía de cuartel general.

Ni la menor señal en sus rostros delataba que pasaran una noche en blanco.

Ham, el abogado, asentaba la hoja de su estoque dirigiendo una mirada amenazadora cada vez que probaba el filo.

Monk, su eterno rival, leía un manual de bolsillo sobre la cría de cerdos.

Procuraba sostener el libro de manera que su título quedase bien visible.

Monk aseguraba con frecuencia, especialmente si Ham podía oírle, que algún día se retiraría para criar cerdos, haciendo sociedad con cierto elegante abogado conocido suyo.

Johnny, el arqueólogo, redactaba un capítulo que estaba escribiendo sobre la antigua civilización maya.

Long Tom, de rostro pálido y enfermizo, permanecía en el laboratorio, examinando, encorvado, sobre un aparato tan complicado que hubiera dado dolor de cabeza a Edison.

Aquellos hombres constituían, en verdad, un asombroso grupo de aventureros.

Poco después entró Doc Savage, y la escena recobró nuevo

interés.

Le seguía Víctor Vail.

A la zaga iba Renny, avanzando con sus enormes zancadas, de las que se enorgullecía.

El cuello del ciego estaba hinchado donde la cuerda por poco lo estrangulara. Doc llegó a tiempo de salvarle la vida.

Explicó en breves palabras la situación de su protegido, el violinista ciego.

—El dentista no sabe ni pizca de la banda que lo asaltó —dijo Doc—. Llamaron a la puerta y al abrir le dieron un portazo en la cabeza.

—¡Fue Ben O’Gard! —exclamó Víctor Vail, ahogándose de emoción—. ¡Oh, señor Savage, cuán equivocado estaba yo respecto a ese hombre! Creí que era mi amigo. Tenía depositada una confianza ciega en ese hombre. Cuando me telefoneó aquí…

—¿De manera que fue Ben O’Gard quien le mandó el mensaje? —interrumpió Monk.

Al oír la voz suave de Monk, el violinista mostró gran pesadumbre. Era evidente que estaba profundamente arrepentido del testarazo que dio a Monk con el pesado pisapapeles metálico.

—No sé cómo redimiré jamás mi horrible equivocación —gimió el ciego—. Ben O’Gard me contó una historia espeluznante de que ustedes me tenían secuestrado para que él no pudiera verme. Tenía ciega confianza en Ben O’Gard. Ahora comprendo que obré como un necio al hacerlo, pero entonces consideraba a Ben O’Gard como un amigo que me salvó la vida dos veces. Me dijo que escapara de aquí y fuese a verle. Por eso le asesté a usted aquel golpe.

—Olvídelo —rió Monk, jovialmente. Sin embargo, su cabeza lucía todavía un enorme y rojizo chichón.

Renny habló: —Lo que me intriga es porque Ben

O’Gard
lo llevó a casa del dentista. Desde que lo encontramos allí, estoy devanándome los sesos buscando el motivo.

Doc sonrió:

—Muy sencillo. Ben
O’Gard
quería usar los rayos X del dentista.

Los compañeros contemplaron sorprendidos a su jefe y amigo.

Renny gruñó:

—¡Rayos X! ¿Para qué habría de querer los rayos X?

—Te lo explicaré en seguida —replicó Doc—. Pero antes deseo conocer lo que Ham averiguó respecto al Trasatlántico Oceanic.

Ham expuso los informes que pudo obtener enviando varios cablegramas a Inglaterra.

—En los registros de
Lloyd’s
, el trasatlántico Oceanic está anotado como perdido en alta mar, perdido sin rastro —dijo—. No hay ninguna indicación de que quedara aprisionado entre los hielos.

—No me sorprende —observó Doc Savage, con sequedad.

—Tengo, además, una noticia que te sorprenderá —sonrió Ham —. El Oceanic llevaba un cargamento de cincuenta millones en oro y diamantes.

Pareció que descargaba una corriente eléctrica por la habitación.

—¡Cincuenta millones! —exclamó Monk—. ¿Quieres hacer el favor de repetirlo?

¡Me parece que no he oído bien la cantidad!

—Cincuenta millones en oro y diamantes —repitió Ham, con voz impresionante—. ¡Una bonita suma para quien pueda conseguirla!

—Eso explica el misterio —declaró Doc.

—¿Qué misterio? —preguntó Renny.

—Lo que le sucede al señor Vail, y esta serie de incidentes incomprensibles hasta ahora —replicó Doc—. Vamos al laboratorio. Quiero enseñaros algo, hermanos. Ahora sabremos si son ciertas mis sospechas.

El grupo de aventureros se dirigió presa de excitación al amplio laboratorio experimental. Sabían que su jefe rara vez se equivocaba

en sus presentimientos.

Doc cogió de una mesa varias impresiones fotográficas. Se trataba de varias radiografías que tomó de Víctor Vail al examinarle la vista.

Hasta entonces no había tenido tiempo de examinar los clichés radiográficos.

Levantó uno en alto.

—¡Caramba! —exclamó Renny, estupefacto, al darse cuenta de la fotografía.

—Hace unos quince años —dijo Doc—, mientras Víctor Vail estaba anestesiado, alguien tatuó un mapa en su espalda con cierto producto químico. Y el tatuaje sólo podía descubrirse utilizando los rayos X.

—¿Quiere decir que he llevado el mapa en la espalda muchos años sin saberlo? —preguntó, extrañado, Víctor Vail.

—Ciertamente. ¿Recuerda al hombre de los dientes chirriantes que le siguió los pasos durante muchos años? Pues bien, le seguía para no perder de vista el mapa. Paso a paso y en todos los momentos de su vida, ese hombre ha sido como su sombra.

—Pero ¿de qué mapa se trata? ¿Qué interés puede tener para ellos?

—Ese mapa indica donde el trasatlántico Oceanic embarrancó en unas tierras situadas muy al interior de las regiones árticas. Y dentro del trasatlántico existe una fortuna capaz de despertar la ambición de cualquier hombre de la tierra.

Emplearon varios minutos examinando el mapa. Con una precisión admirable, fueron trazados los contornos del lugar donde el Oceanic guardaba su tesoro.

Víctor Vail murmuró:

—No acierto a comprender por qué he llevado ese mapa sin ser molestado durante tantos años.

—Posiblemente puedo reconstruir una historia que lo explique —respondió Doc Savage—. Los cincuenta millones de dólares en oro y piedras preciosas que constituían el principal cargamento del Oceanic, provocaron la rebelión de Ben
O’Gard
, Keelhaul de Rosa y los otros miembros de la tripulación. Y es

probable que asesinaran a todos los que se negaron a unírseles. Lo principal para ellos era que no trascendiese el secreto.

—¡Infames! —exclamó Víctor Vail, cubriéndose el rostro con las manos—. ¡Pobre esposa mía! ¡Pobre hijita mía! Ese demonio, Ben O'Gard, las mató. ¡Y yo creía que era un amigo!

—Se trata de una mera conjetura, en lo que atañe el asesinato —observó Doc, con rapidez—. Dije eso simplemente a causa del gran interés que Ben O'Gard y Keelhaul de Rosa tienen en conseguir ese mapa, demostrando que piensan que el Oceanic está donde lo abandonaron. Ello indica que no hubo otros sobrevivientes, aparte de ellos.

Víctor Vail se tranquilizó.

—Cuando Keelhaul de Rosa intentó arrebatarme de las manos de Ben O'Gard, en realidad trataba de robar el mapa del tesoro.

—Desde luego —asintió Doc—. Eso explica por qué riñeron los dos grupos. Sin duda han estado guerreando entre sí desde aquel día, intentando destruir al grupo contrario para apoderarse del mapa y de los cincuenta millones. Seguramente ha sido una lucha a muerte, y quizás sólo los jefes sean los únicos supervivientes de la primitiva banda.

—Me sorprende que lo dejaran escapar —observó Monk.

—Escapamos por milagro —le aseguró Víctor Vail—. Sólo era posible llevar provisiones sobre aquellos hielos.

Ham hizo un movimiento rápido con su estoque y Monk esquivó involuntariamente. Era tanta la costumbre que tenían de hacer, que inconscientemente se entregaban al peligroso juego.

—Ben O'Gard y Keelhaul de Rosa tienen ahora en su poder copias de ese mapa —observó Ham, pensativo.

Doc Savage giró sus profundos ojos bronceados sobre cada uno de sus amigos.

Los ojos dorados parecían formular una pregunta y recibir una respuesta satisfactoria. No necesitaban más para comprenderse.

Luego dijo, con voz suave:

—Hermanos, esos malhechores que tratan de apoderarse de ese colosal tesoro, no tienen ningún derecho sobre él. —¿Qué os parecería que nos adelantásemos a ellos? Podríamos utilizar el dinero para ampliar el Sanatorio donde reformamos a los criminales convirtiéndoles en ciudadanos útiles. El lugar está algo congestionado. Una ampliación va resultando imprescindible, especialmente después de esta última remesa.

Al instante pareció que una ráfaga de locura penetrase en el cuartel general de los seis mosqueteros. La proposición tuvo la virtud de trastornarles el juicio.

Renny, acercándose a una mesa, asestó un puñetazo formidable. La mesa quedó hecha astillas.

—¡No se te ocurra acercarte a la puerta! —advirtió Doc, conociendo su predilección por tan útiles objetos.

Renny brincaba de contento. Gracias a la oportuna advertencia de su amigo, las oficinas no quedaron por aquella vez abiertas a cualquier intruso.

Monk corrió frenético de un lado a otro de la habitación, saltando como un gigantesco gorila, esquivando los sonoros golpes de plano del estoque con que Ham le perseguía.

Long Tom y Johnny iniciaron un simulacro de pelea y pronto derrumbaron con gran estrépito una vitrina llena de aparatos, haciendo un destrozo.

Estas bromas demostraban que a su juicio el plan de la búsqueda del tesoro era la idea más espléndida que oyeran recientemente.

Antes de terminar el día, y después de los preparativos necesarios, Doc hizo una operación en la vista de Víctor Vail. EL ciego confió a sus expertas manos, convencido del éxito.

Ésta se efectuó en uno de los mejores hospitales de Nueva York.

Presenciaron la maravillosa operación los cirujanos más eminentes de la especialidad, venidos de todas partes de Norteamérica en aeroplano y otros medios de transporte de suficiente rapidez.

Deseaban presenciar la operación, pues Doc Savage intentaba realizar algo que, al parecer, constituía un verdadero milagro y que hasta la fecha no se hizo jamás, pues sostenían que era un absoluto imposible.

Y lo que los congregados especialistas presenciaron en la sala de operaciones de aquel famoso hospital, imprimió nuevos derroteros a la cirugía ocular.

La operación, ejecutada de manera maravillosa, los dejó asombrados y estupefactos, mucho tiempo después de abandonar Doc el hospital.

Desde su observatorio, los cirujanos siguieron en su menor detalle todas las fases de aquella operación realizada con tanta audacia como serenidad.

¡Víctor Vail recuperaba la vista!

La operación constituyó un éxito sin precedentes. Desde aquel momento una nueva esperanza empezó a nacer en el pecho de muchos desgraciados privados del bello don de la vista.

A la mañana siguiente, cuando Ham entró en las oficinas de Doc, le encontró practicando sus habituales ejercicios de gimnasia.

Ham se sentó, esperando que su compañero terminara su cotidiano entrenamiento.

—¿En qué piensas? —interrogó Doc, de repente.

Ham sacó un periódico de un bolsillo. Su aire preocupado le reveló al instante que llevaban noticias de importancia.

—¿Qué opinas de esto? —respondió, mostrándole unas líneas del periódico.

Decían:

¿QUIERE USTED PARTICIPAR EN UNA EXPEDICIÓN POLAR, CON UN SUBMARINO?

> El capitán Chauncey McCluskey anunció esta mañana que busca comprador para una participación del proyectado viaje del submarino Helldiver bajo los hielos polares.
>
> El capitán McCluskey tiene el submarino equipado y listo para zarpar. Pero, al parecer, necesita ayuda financiera, pues de le han acabado los fondos…

Había otras cuantas líneas sin importancia. Anunciaba que el

submarino Helldiver seguía amarrado en un muelle del Oeste y que el capitán McCluskey estaba a bordo, en espera de los posibles capitalistas.

Inquirió Ham:

—¿Quién es el capitán McCluskey?

Doc meneó lentamente la cabeza.

—Lo ignoro —declaró—. No he oído nunca ese nombre ni tampoco hablar de ningún proyecto de expedición al Polo con un submarino.

—Ese submarino quizás sea lo que necesitamos —observó Ham —. Pero me intriga una cosa. Es muy extraño que esa noticia aparezca precisamente en el momento en que estamos interesados en una cosa parecida.

Doc sonrió:

—No perderemos nada averiguando de qué se trata. Tenemos el deber de facilitarles todas las oportunidades que nos ofrezcan.

—Exacto —apoyó Renny.

—Vamos allá, pues —dijo Long Tom—. Quizás sea una cosa interesante y que nos convenga.

Descendieron, utilizando un ascensor del edificio.

Luego tomaron el primer taxi que vieron. Deseaban llegar cuanto antes a su destino.

Doc dio al chofer las señas del muelle donde el submarino Helldiver estaba amarrado. Era la hora de mayor tráfico, pues se iniciaba la apertura de los establecimientos y oficinas comerciales.

Los oficinistas marchaban presurosos a sus tareas. Las calles estaban atestadas de gente. Las estaciones de los «metros» vomitaban un gentío.

El taxi entró en un distrito más pobre, donde los tenderos estaban colocando sus mercancías en las aceras.

Ham jugueteaba con su estoque, pensando qué clase de embarcación sería el Helldiver. Antes había comentado con qué extraña oportunidad apareciera el anuncio; no obstante, sin vacilaciones, decidieron averiguarlo.

De súbito, Ham se puso rígido.

En el taxi se oyó el suave y bajo sonido de gorjeo de Doc. La nota extraña y exótica se elevaba triunfal.

Mirando los labios de su amigo, Ham no podía decir si el sonido brotaba de ellos. En realidad, el mismo Doc no se daba perfecta cuenta de que lo producía.

Era un acto inconsciente, que surgía en los momentos de peligro o de intensa concentración mental.

El sonido podía tener un solo significado en aquel momento.

¡Era un aviso de peligro!

—¿Qué sucede? —preguntó Ham.

—Escucha —le dijo Doc, cogiéndole suavemente del brazo.

Siguió un silencio de cerca de un minuto.

Luego, la frente ancha e inteligente de Ham se arrugó intrigada.

—Oigo como un chirrido, a intervalos —advirtió—. Suena como si alguien agitara un par de dados.

—¿Recuerdas el extraño chirrido que Víctor Vail dijo haber oído con frecuencia durante muchos años?

Ham no tuvo tiempo de contestar si lo recordaba o no.

El chofer acababa de arrojar varios objetos diminutos en el interior del taxi, cuidando de no le vieran el rostro.

Los objetos que lanzara eran bombillas semejantes a granos de uva, conteniendo unos gases anestésicos, como los que Doc utilizó para reducir a los *gangsters* de Ben
O’Gard
.

Sin duda provenían del lugar de aquella escena, puesto que Doc quizás dejara alguna olvidada de las que no se rompieron.

Las bombillas reventaron.

Doc y Ham fueron cazados. Sin apenas estremecerse, ambos se desplomaron desvanecidos sobre los asientos. Su astuto enemigo acababa de emplear sus mismos procedimientos con idénticos resultados.

VIII
Paredes mortales



Ham se irguió, gimiendo fuerte. Se sentía molido, y unas sombras impenetrables le rodeaban.

—Si te quejas de la oscuridad —resonó la voz serena de Doc Savage—, es porque no ves nada. Es inútil que te esfuerces; aquí no entra el menor destello de luz.

—¿Dónde estamos?

—Encerrados entre unas paredes de acero. Parece que nuestros adversarios prefieren la tortura a un par de balas.

—¡Qué sueño más horroroso he tenido! —murmuró Ham—. ¡Ha sido una pesadilla horrible!

—La anestesia suele producir ese efecto. Juzgo que hemos estado inconscientes unas dos horas, que es lo que suele dejarle a uno sin conocimiento una dosis de ese anestésico.

Ham empezó a palparse el cuerpo, descubriendo algo extraordinario.

Alarmado gritó:

—¡Ey! ¡Estoy en ropas menores! ¿Cómo ha sido eso?

—También yo —repuso Doc—. Nos quitaron el traje. Y hasta nos peinaron, a juzgar por la sensación que noto. Limpiaron el interior de esta especie de bodega.

No hay estantes ni otra alguna, excepto una vela y tres cerillas que tuvieron la amabilidad de dejarnos.

—Enciende la vela —sugirió Ham—. Este lugar está más oscuro que el infierno. La luz nos dará una sensación de seguridad.

—No —respondió Doc—. Dejaron la vela, esperando que la encendiéramos. Esta vez no haremos su juego, y veremos al fin quien vence.

Ham no comprendía.

—¿Eh? —murmuró.

—Una llama agotaría el oxígeno que hay en este lugar, acelerando, por tanto, nuestra muerte por sofocación. Procura evitar todo movimiento inútil.

—¿Quieres decir que este lugar es hermético al aire?

—Sí. Y está además acolchado para silenciar todo ruido.

Ham escuchó. Comprobó que no podía oír ningún sonido excepto las palpitaciones de su corazón. Se estremeció. Le pareció sentir un fuerte peso en el pecho.

—El aire parece estar bastante viciado ya —murmuró.

—En defecto —asintió Doc—. He estado pensando, Ham. Recordarás que hace unos meses una larga serie de sucursales de un Banco de Nueva York cerró las puertas. Es probable que nos hallemos en los sótanos de uno de esos Bancos. Y no creo necesario mencionar que las cámaras acorazadas resisten a cualquier tentativa de evasión.

—¡Cáspita! —murmuró Ham—. ¿No puedes pensar en alguna cosa alegre?

Una carcajada de Doc Savage vibró por el horrible aposento de acero.

Cosa extraña, pues raras veces reía.

—¿Qué te parece? ¿Te alegra mi risa? —inquirió—. En realidad, he estado esperando que volvieras en ti antes de salir de esta prisión.

Ham emitió un grito de alborozo que semejaba un gemido. Se puso en pie de un salto. Como por encanto desapareció de su espíritu toda sensación pesimista.

Eran dos hombres semidesnudos encerrados entre gruesas paredes de acero.

Sus voces no podían llegar al exterior, así como tampoco podía penetrar ningún sonido de afuera.

La situación parecía desesperada. Hombre de menos temple hubieran esperado resignados aquella muerte horrorosa.

Pero Doc Savage tenía un medio de salvación. Jamás bromeaba sobre asuntos tan serios como aquél.

—¿Qué hacemos? —inquirió Ham. Confiaba en su amigo, pero quería verse pronto en la calle; tenía verdadera ansiedad de aire puro.

Doc explicó:

—Es probable que nuestros aprehensores nos examinaran la boca. Pero olvidaron contarnos los dientes. No observaron que en mi mandíbula superior hay una muela del juicio suplementaria en cada lado. Son postizas y contienen dos compuestos químicos preparados por sí mismo. AL mezclarse esos dos productos, forman uno de los explosivos más potentes.

Tras esta explicación, se puso a trabajar en la puerta de la cámara, a oscuras, guiado únicamente por las puntas de sus sensitivos dedos.

—Fueron realmente muy amables al dejarnos la vela —dijo.

Utilizó la cera de la bujía para introducir el explosivo en una ranura de la puerta de la cámara, cerca de la cerradura.

—Ponte en un rincón —ordenó Ham—. Haré saltar el cerrojo.

—¿Cómo provocarás la explosión? —inquirió éste.

—Estalla automáticamente, debido a las reacciones químicas, unos cuatro minutos después de mezclarse los dos elementos.

Acto seguido se acurrucaron en el rincón más lejano de la puerta. Era la única manera de atenuar los efectos de la explosión.

Doc se colocó delante de Ham para protegerlo, aunque éste no se dio cuenta de ello en aquel momento, tanta era su tensión nerviosa.

—Está a punto de estallar —avisó Doc—. Abre la boca todo lo que puedas para nivelar la presión que sentirás en ambos oídos; así no será tan fácil que revienten.

Ham apenas tuvo tiempo de obedecer las instrucciones. Un estruendo ensordecedor retumbó en el reducido espacio de acero.

¡Ju-a-m!

El aire comprimido los arrojó con fuerza terrible contra la pared metálica.

Pareció que les arrancaban la carne de los huesos.

Tan terrible fue la explosión, que Ham quedó desvanecido. A

pesar de las precauciones, no pudo resistir la conmoción nerviosa.

Doc Savage, que al parecer no fue afectado por la explosión, corrió hacia la pesada puerta de acero. Continuaba cerrada. Pero el duro metal estaba agrietado en torno a la cerradura.

Dio un fuerte empujón y la puerta se abrió un palmo. Fue suficiente.

Llevó al exterior a su desvanecido compañero, atravesando dos cámaras vacías.

Ham recobró el sentido unos minutos después, en una habitación grande y vacía, el vestíbulo de un Banco.

Los transeúntes pasaban por la calle frente a los ventanales. Uno de ellos miró por casualidad al interior. Era un caballero elegante, que fumaba un puro. Sin duda oyó la explosión.

Doc Savage llevó a Ham a una puerta lateral. La encontró cerrada con llave.

La cerradura saltó cuando Doc Savage usó un poco de su extraordinaria fuerza. Al parecer, sólo hizo un ligero esfuerzo, pero fue suficiente para abrirse paso.

Un chofer que tenía el taxi estacionado en la calle, oyó el ruido de la cerradura al romperse y miró a su alrededor, a tiempo de ver a los dos hombres subir a su coche.

El chofer llamó a gritos a un guardia, pidiendo auxilio, pues los dos pasajeros en ropa interior no le merecían su confianza.

El agente no conocía de vista a Doc Savage y detuvo a los dos amigos, sin que éstos opusieran la menor resistencia ni diesen explicaciones de ningún género.

Precisamente el agente les facilitaba la oportunidad de entrevistarse con la jefatura de policía y también era la forma más rápida de conseguir ropas.

El agente era un individuo brusco y profirió unas cuantas maldiciones.

Al llegar a la comisaría, el oficial de guardia buscó al instante unos trajes que entregó a los dos compañeros.

El asombrado policía recibió una severa reprimenda de su jefe y es seguro que recordaría el resto de su vida al gigante de bronce.

Lo habrían también suspendido un mes de empleo y sueldo si Doc no hubiese intercedido.

—Y será mejor que empiece a conocer de vista a las personalidades de esta ciudad —advirtió el oficial a su aturdido subordinado.

Veinte minutos más tarde, Doc Savage se encontraba en el muelle observando al submarino polar del capitán Chauncey McCluskey.

La embarcación parecía un enorme puro de acero. El casco estaba provisto de unos rieles semejantes a los de ferrocarril.

Y, en efecto, se instalaron con propósito de permitir que el submarino pudiera deslizarse como sobre rieles bajo los hielos.

Tenía una estación de radiotelegrafía. En la popa se distinguía una columna de acero del tamaño de un poste de telégrafos.

La hélice y los propulsores estaban protegidos por una jaula de acero para apartar los trozos de hielo.

A Doc Savage le agradó de manera extraordinaria el aspecto de aquel último modelo de submarino construido a propósito para explorar las regiones polares.

Subió a bordo.

Un hombre asomó la cabeza por una de las escotillas del centro de la embarcación. El hombre parecía una vaca marina; tan sólo le faltaban un par de colmillos. Su rostro negruzco y grasiento, se adornaba de unos bigotes ralos y cerdosos.

Doc pensó que el hombre competía ventajosamente con Monk en cuanto a fealdad. Hasta su mismo aspecto resultaba repulsivo.

El hombre salió con fatiga de la escotilla. Pesaría muy cerca de los ciento cuarenta kilos.

—¿Qué demonios busca usted a bordo, amigo? —preguntó el hombre, con voz estentórea—. ¿No sabe que está prohibida la entrada?

—Busco al capitán Chauncey McCluskey —anunció Doc, sin hacer caso de aquel desabrido recibimiento.

—¡Lo tiene usted delante! —rugió la vaca marina—. Y si es usted un gandul, que sólo quiere echar un vistazo a este barco, puede largarse en el acto, antes que le rompa las costillas. No me dejan vivir en paz desde que salió esa noticia en los periódicos de la mañana.

Doc no parpadeó. En realidad, le agradaba tratar con gente que

entraba en el acto en el asunto y decía lo que pensaba.

—Permítame examinar su embarcación —sugirió—. Prometo no molestarle y puede ser muy interesante para usted.

La vaca marina resopló sonoramente por entre sus bigotes.

—¿Quiere decir que está interesado en comprar una parte en esta expedición? —interrogó con firmeza.

—Exacto; si su embarcación responde a mis necesidades. Pero antes necesito recorrer el submarino con todo detalle.

—Venga abajo, amigazo —invitó el capitán McCluskey—. Le mostraré a usted el interior del barco.

Inspeccionaron el interior durante hora y media. Luego regresaron a cubierta. Todos los aparatos fueron examinados con detención, repasada la maquinaria y comprobado a conciencia hasta el menor detalle.

Doc Savage estaba satisfecho.

—Necesitaría usted unos doscientos cincuenta mil dólares para llevar a cabo su proyectada expedición —dijo—. Pondré esa cantidad, con una condición.

El capitán McCluskey tornó a resoplar por entre sus bigotes de vaca marina, contemplando a Doc Savage como si dudara de que el hombre de bronce tuviese tanto dinero.

Era la suma que necesitaba y le sorprendía aquella rápida oferta.

La vaca marina se habría sentido más que convencido de haber conocido la riqueza fabulosa de Doc Savage. Pues el hombre de bronce tenía a su disposición uno de los tesoros más fabulosos del mundo: una enorme caverna conteniendo las grandes riquezas de la antigua nación maya.

Los restos de dicha raza vivían en un cañón perdido, el Valle de los Desaparecidos, en uno de los lugares más inaccesibles de Centro América.

Los sobrevivientes de la antiquísima civilización maya, viviendo aislados del resto del mundo, suministraban a Doc Savage caravanas de mulos cargados de oro cuando lo necesitaba. En previsión de cualquier contingencia, hacía poco tiempo había recibido una remesa, que guardaba en las cámaras acorazadas del banco.

—¿Qué condición es ésta? —interrogó McCluskey.

—La siguiente: la expedición debe estar por completo en mis

manos los dos primeros meses —explicó Doc—. Durante ese tiempo yo visitaré cierto lugar remoto de las regiones árticas, para conseguir lo que busco.

El capitán McCluskey estaba sorprendido. Hubiera esperado cualquier condición excepto aquélla, que parecía obedecer a un plan preconcebido.

—Lo que usted busca… ¿qué quiere usted decir, amigo? —preguntó.

—Siento no poder satisfacer su curiosidad acerca de ese punto, capitán —repuso Doc Savage—. El objeto de nuestra búsqueda se lo revelaré cuando lleguemos, no antes. Sin embargo, puedo asegurarle que no se trata de violar la ley bajo ningún concepto. Todos nuestros actos se realizarán dentro de una legalidad perfecta.

La vaca marina reflexionó profundamente.

—De acuerdo, amigo. Navegaré dos meses bajo sus órdenes. Pero le advierto que si comete alguna infracción de la ley, lo meteré en el calabozo tan pronto como me entere. A pesar de sus condiciones, yo continuaré mandando en el barco.

—Conforme.

—El capitán McCluskey —rugió aquel ejemplar de la fauna marina—, es un marino honrado por los cuatro costados. He estado ahorrando dinero durante muchos años para construir este submarino. Los muchachos de la tripulación han hecho otro tanto. Deseamos realizar alguna hazaña que inmortalice nuestros nombres, una vez nos despidamos de este mundo. Todos nuestros esfuerzos van encaminados a este fin y no cejaremos hasta conseguirlo.

—Magnífico —murmuró Doc.

—Este viaje de exploración está proyectado para conquistar la fama, compañero. Van en esta expedición todos nuestros sueños de gloria y nuestras esperanzas. Y no queremos que a última hora suceda alguna cosa que desbarate nuestros planes. Quizá no comprenda usted nuestros sentimientos, pero la cosa es así.

—Espléndido —comentó Doc—. Lo comprendo perfectamente. Desde luego, mi proyecto no será de ninguna manera obstáculo a sus planes —añadió el gigante bronceado.

—Por si acaso, le advierto que no lo intente —gruñó el capitán.

—Tenga la seguridad de que no intentaremos compartir la gloria

de sus hazañas. No permitiré que se mencione mi nombre, ni como socio capitalista ni como compañero de viaje.

El capitán parecía estar muy emocionado por aquellas inesperadas muestras de desinterés.

—Es usted un hombre generoso, amigo —murmuró el capitán—. Pero deseo aclarar otro punto. Es preciso que antes de cerrar el trato le ponga al corriente de todos los asuntos; no diga después que traté de engañarle.

—¿Qué es ello?

—Me refiero a los muchachos de la tripulación —rió el capitán —. Son buenos marineros. Son hombres de pelo en pecho. Han navegado en submarino muchas veces. Pero tienen uno modales algo rudos. Dijo usted que traería cinco de sus compañeros. Muy bien. Pero si no tienen pelo en pecho, es probable que mi tripulación les haga pasar malos ratos.

Doc sonrió ligeramente ante la manera de expresarse del lobo marino.

—No sé nada de lo del pelo en pecho —repuso—, pero creo que mis compañeros sabrán defenderse. No será la primera vez que se encuentran apurados.

—Estupendo —rió el capitán—. Entonces nos llevaremos muy bien.

—Quiero hacer unos cuantos cambios en esta embarcación —declaró Doc—. Yo los pagaré, desde luego. No debe preocuparse por este detalle.

El capitán frunció el ceño.

—¿Qué clase de cambios? —inquirió.

—Quiero instalar una radio especial. Un aparato eléctrico para sondear y localizar los témpanos de hielo. Un aeroplano. Mejores equipos de buzo de los que ustedes tienen. Y otras cosas por el estilo.

El capitán McCluskey sonrió:

—Magnífico. Veo que usted sabe lo que se trae entre manos. ¿Cuánto tiempo invertirá en todo eso?

—Dos semanas. Habrá tiempo suficiente para llevar a cabo las modificaciones que deseo.

—Perfectamente.

IX
Tripulación de cuidado



Habían transcurrido dos semanas.

—Este submarino parece borracho —gruñó Monk.

El buque navegaba rumbo al Norte, frente a la costa de Maine. Encontró un fuerte viento contrario. Y no hay nada tan molesto como el movimiento de un submarino en mar gruesa.

Cuando una ola gigantesca se acercaba a la embarcación semejante a un enorme cilindro de acero, danzaba de una manera diabólica por anticipado.

Cabeceaba y se bandeaba de un lado a otro.

Crujía de una manera espeluznante, como si estuviera destrozándose.

Luego se hundía en la ola, como si fuera a su muerte. No resultaba muy agradable un viaje en tales condiciones.

Tuvieron que cerrar las escotillas. Respirar el aire interior era algo parecido a estar encerrado en una lata de grasa.

—Es un buque infernal —murmuró Long Tom.

Doc Savage dirigió una mirada penetrante al mago de la electricidad. Long Tom tenía la costumbre de comunicar de esta manera alguna noticia de importancia.

—¿Qué quieres decir? —le preguntó.

—Anoche tuve un sueño —empezó Long Tom.

—También yo, pero fue una pesadilla —gimió Monk, que se encontraba algo mareado—. Soñé que era Jonás y que la ballena me engullía.

—Cállate —dijo Long Tom—. En mí sueño, vi a alguien inclinado sobre mí cuando dormía. Oí una especie de chirrido, como si agitaran un par de dados en la mano de alguien. Naturalmente, me intrigó un sueño tan extraño.

Los bronceados ojos de Doc Savage, chispearon de manera singular.

—No bromeas, ¿verdad? —preguntó—. ¿Estás cierto de haber oído ese ruido singular e inconfundible?

—De ninguna manera. Alargué la mano hacia el hombre en mi sueño y cogí esto. —Long Tom sacó un objeto del bolsillo. Era una peluca negra.

—¿Le viste la cara? ¿Podrías conocerlo si lo vieses otra vez?

—Estaba demasiado oscuro. Y apareció antes que pudiera seguirle.

Doc Savage permaneció largo rato pensativo. Luego dijo:

—Esto es serio, hermanos. Ese asesino, Ben

O'Gard

, está a bordo de este submarino. Y no le conocemos de vista.

—Sería fácil encontrarlo ahora —resopló Monk, contemplando la peluca negra—. Sólo se trataría de averiguar quién es el sujeto que ha cambiado de color del cabello durante la noche.

Era asombroso cómo, entonces que amenazaba un peligro, el mareo de Monk había desaparecido. El sólo anuncio de una próxima aventura fue un remedio rápido y eficaz.

—Es inútil —repuso Long Tom—. Observé a todo el mundo esta mañana y ninguno había sufrido cambios en el color de su cabello. Eso significa que el hombre usaba peluca como disfraz para llevar a cabo sus aviesos propósitos.

—¿Sus aviesos propósitos? ¿Es que intentó alguna fechoría?

—Olvidé mencionar que el sujeto esgrimía un cuchillo —dijo Long Tom, con sequedad.

El mago de la electricidad, a pesar de su aspecto delicado y enfermizo, hombre entero aunque parecía ser el alfeñique del grupo, era muy capaz de zurrarle la badana a nueve de diez hombres corrientes.

Servía de radiotelegrafista. Instaló un aparato tan potente, que podía ponerse en contacto con los lugares más remotos del mundo,

aunque se hallase en el fondo del mar.

También dotó al Helldiver de los instrumentos más sensitivos para medir distancias submarinas con ondas de sonidos.

Simplemente observando unos discos, precisaba la profundidad del mar, la distancia a que se hallaban del iceberg más cercano y sus dimensiones.

Un timbre de alarma avisaría al instante cuando se encontraran a distancia peligrosa de cualquier objeto flotante lo bastante grande para causar algún daño al submarino. Monk dejó a Doc Savage reflexionando sobre el nuevo peligro que les amenazaba. Tenía absoluta confianza en que su jefe y amigo hallaría la manera de atrapar al hombre de los dientes chirriantes.

Se retiró al cubículo donde guardaba sus productos químicos. Sus contribuciones a la expedición eran numerosas e importantes.

La más extraordinaria de todas era una combinación química que, al ser lanzada en cantidad desde el submarino, disolvería cualquier témpano que se encontrase encima.

Las diversas substancias, al ser mezcladas en proporciones ya estudiadas, provocarían la disgregación de los hielos.

Esto eliminaba cualquier peligro de que el Helldiver quedase aprisionado bajo el hielo traidor.

Un aparato especial para suministrar oxigeno dentro del submarino; alimentos concentrados compuestos simplemente de los elementos químicos necesarios para nutrirse en una forma de fácil asimilación… éstas y otras maravillas eran productos del genio de Monk.

Renny trabajaba en lo que su experiencia como ingeniero lo capacitaba.

Dirigía la navegación, en lo cual no tenía par. Además, levantaba mapas.

El viaje del Helldiver ser realizaría a través de regiones inexploradas y los mapas de Renny serían de incalculable valor para las generaciones futuras.

El arqueólogo y geólogo Johnny poseía una riqueza de conocimientos sobre la capa de los hielos polares y las regiones oceánicas, de valor inestimable.

Había muy pocas cosas en esa pelota de barro que llamamos

tierra que Johnny desconociese.

En cuanto a Ham, se ocupó de la cuestión legal, como por ejemplo, obtener el permiso necesario para hacer escala en los puertos de Groenlandia.

Los daneses poseen la Groenlandia como un monopolio y para que un barco extranjero pueda hacer escala allí se requieren gran número de permisos.

Ham también daba a bordo del Helldiver un ejemplo de lo que un viajero elegante debe llevar bajo los hielos polares.

Sus ropas encerradas eran impecables. El hecho de que siempre llevaba un bastón negro de aspecto inocente producía risa a la tripulación de McCluskey.

Ignoraban que su alma de templado acero era un estoque. Si Ham se ahogaba alguna vez moriría con su arma favorita en la mano.

Alrededor del mediodía. Ham buscó a Doc Savage. Tenía noticias importantes que comunicarle.

Doc permanecía en cubierta. Parecía un milagro que las gigantescas olas no lo barriesen una vez.

Pero el agua no producía mayor efecto sobre Doc que sobre una estatua de bronce. Su piel poseía una extraña cualidad: parecía expeler agua como el lomo del pato, sin mojarse.

Ham se mostraba excitado.

—¡Buenas noticias! —gritó—. Un mensaje de Nueva York. Long Tom acaba de copiarlo.

—¿Qué es? —preguntó Doc.

—Víctor Vail salió del hospital esta mañana —respondió Ham—. Ya no está ciego. Ha recobrado la vista y goza de una visión perfecta.

Las olas que barrían la cubierta pronto hicieron refugiarse a Ham en el grasiento interior del submarino.

—He inhalado tanto aceite ya, que rezuma de mi piel —dijo a Monk.

Pero éste no le prestó mucha atención, pues preparaba un producto capaz de proporcionar calor durante varias horas, algo que sería muy útil introducirlo en las botas y guantes cuando diese un paseo por los hielos en el Polo Norte.

No quería que le molestasen.

—Vete a freír espárragos a otra parte —le dijo.

Ham se indignó y murmurando avanzó hacia la proa. Oyó un ruido semejante al que pudiera producir un toro furioso en una cacharrería.

Aceleró el paso. Parecía se trataba de una pelea. Y, curioso, penetró por una puerta del mamparo de acero.

Distinguió al entrar a un tripulante del Helldiver, tendido en el suelo emparrillado de la sala de máquinas. El individuo era un engrasador corpulento, tan corpulento como Monk.

Parecía fuerte. Daba la casualidad de que Ham había pensado algunas veces en hacer pelear a su amigo con aquel engrasador, para su propia diversión.

Pero el tripulante yacía tendido boca arriba, gimiendo. Tenía los labios destrozados y uno de sus ojos cerrado.

El desgraciado acababa de recibir una soberana paliza y no le quedaban fuerzas para levantarse. Sobre él se erguía como una torre el capitán McCluskey.

—Yo soy capaz de darle una paliza a cualquier microbio de a bordo de esta cafetera —tronó la vaca marina—. Y mucho ojo, porque te retorceré el pescuezo si te vuelvo a encontrar ganduleando. Levántate, gusano, y cuida de que esos motores estén bien engrasados.

Era evidente que el capitán McCluskey mandaba en su buque como los capitanes de antaño. Aquel rebaño de hombres le obedecía sólo por temor a sus contundentes procedimientos.

Ham borró mentalmente al engrasador como posible contrincante de Monk.

Dirigiéndose al capitán, le dijo en tono adulador:

—Me gustan sus métodos de disciplina. Veo que para usted no existen códigos de ninguna clase.

—Basta, guapo —rugió la vaca marina.

Ham se estremeció ante el calificativo de guapo. Pero conservó el aire de admiración en su rostro. En ocasiones el abogado se portaba como un héroe.

—Temo que tendrá algún incidente con uno que hay a bordo de este buque —dijo, como si diera un aviso al formidable luchador.

—¿Quién? —bramó el gigantesco capitán.

—El peludo gorila que llaman Monk —declaró Ham, con suavidad.

—Lo vigilaré —tronó con furia la vaca marina—. En cuanto vea que ese microbio me mira, le pegaré una trompada tan fuerte, que se le caerá el pelo. Con una lección tendrá bastante.

Ham regresó presuroso y entusiasmado al cubículo de Monk, quien lo recibió emitiendo un gruñido digno de un cerdo.

Ni cuando estaba ocupado se olvidaba de molestar a su amigo.

Ham pasó por alto el insulto.

—Escucha, gorila —le dijo—. El capitán dice que la próxima vez que le mires, te pegará una trompada tan fuerte, que se caerá ese pelo rojo.

—¿Eh? —Monk se incorporó—. ¿Sí? Muy bien. Ahora mismo voy a decirle que no me gustan los tipos que hablan de esa manera a mis espaldas.

Y acto seguido salió. Era tan corpulento, que con fatiga salió por la puerta de su cubículo. Ham le siguió. No habría perdido lo que iba a suceder ni por mil dólares. Además, era el responsable de aquella lucha que se avecindaba y quería vigilar al amigo.

Monk encontró al gigantesco capitán McCluskey en la cámara de los oficiales. Los dos gigantes se miraron furiosos al instante.

Los ojillos de Monk chispeaban ante la perspectiva de una pelea.

La vaca marina resoplaba de una manera rítmica y sonora por entre sus bigotes, cuyos pelos parecían una percha torcida.

—¡Oiga! —empezó Monk, en tono meloso—. No me gusta…

El capitán lanzó un golpe fulminante a Monk. Resonó como un cañonazo.

Fue algo capaz de sobrecoger el ánimo del más valiente.

Monk no lo esperaba tan pronto y fue cogido sin estar en guardia. El golpe le arrojó hacia atrás como si por casualidad se hubiese encontrado delante de un cañón de doce pulgadas.

Chocó con Ham, que le seguía, y esto evitó su caída.

Pero el elegante abogado rodó, chocando su cabeza con la rueda de una válvula; fue un choque tan tremendo, que perdió el conocimiento.

Desde el punto de vista de Ham, no pudo ocurrir nada peor.

Durmió durante todo el combate. Le escamotearon gozar el fruto de su travesura.

Era la mayor decepción que el abogado sufriera en muchos años. Durante muchos días después, estuvo tan desconsolado, que se metía en un rincón, maldiciéndose por haber perdido la ocasión de presenciar aquel combate de gigantes.

Monk emitió una serie de sonidos profundos y gruñones, saltando como un gorila. Esto le despejó la cabeza.

Acometió a la vaca marina. Ésta se defendió propinándole un puntapié en el estómago.

Monk cayó doblado al suelo. El capitán dio un salto formidable y descendió chocando su rostro con los pies de su contrincante, usados a guisa de catapulta.

Se oyó un chillido estridente, seguido de unas maldiciones feroces. El capitán McCluskey dio un formidable salto mortal. Escupió tres dientes.

Se incorporó, rugiendo de una manera feroz. El agigantado químico lo volvió a derribar, haciéndole saltar dos dientes más. Monk empezaba a encontrar bella la vista.

La vaca marina, ciega de furor, intentó morder, con los dientes que le quedaban, la oreja izquierda de su adversario.

Monk paró el peligro agarrando con puños monstruosos grandes pliegues del amplio estómago de su adversario e intentando abrir al hombre en canal.

No hubiera desperdiciado la ocasión por nada del mundo. Permanecieron frente a frente, en un cuerpo a cuerpo apocalíptico, descargando formidables puñetazos y puntapiés. Era una verdadera batalla de titanes.

Un combate primitivo, de prístino salvajismo. Un combate sensacional que habría proporcionado un millón de dólares de taquilla.

Y el pobre Ham, causa primordial del encuentro, privado de conocimiento, hubiera dado un brazo para presenciarlo.

El capitán McCluskey asestó un golpe inopinado.

Monk fue lanzado hacia atrás, chocando su cabeza contra un mamparo de acero y cayendo desvanecido. No había fuerza humana capaz de resistir la violencia de un choque semejante.

La vaca marina retrocedió un paso para propinarle un puntapié.

En aquel momento Renny avanzó, asiendo el fornido brazo del capitán McCluskey.

—Lo venció usted —exclamó Renny—. No hace falta que lo deje inválido. No creo tenga especial interés en destrozarle.

Renny sólo quería evitar que Monk sufriera un daño grave. Trataba de apaciguar los ánimos. Pero recibió lo que todos los que se meten a poner paz.

La vaca marina lo tumbó de un soberbio puñetazo.

El combate se reanudó. Renny no tenía nada que envidiar a Monk en cuanto a potencia y dureza, pero le superaba como boxeador.

Y durante años estuve rompiendo mesas y puertas a puñetazo limpio.

Renny se incorporó y propinó un golpe con la izquierda a la nariz del capitán McCluskey. Éste no esperaba un ataque tan rápido y contundente.

La vaca marina emitió un sonido que semejaba una combinación del Vesubio y el Niágara. Gracias a una maravillosa acrobacia, saltó sobre Renny, asestándole unos puntapiés en el vientre.

Renny arrojó por la boca una cantidad asombrosa de aire. Se tiró al suelo para evitar otro puntapié en el vientre.

A pesar de su dureza, le tenía cierta simpatía a aquella parte de su persona y no permitía que la atacaran de aquella forma.

El capitán McCluskey acometió con la intención de matarlo.

Renny logró pegar un puñetazo en la oreja de su adversario, aplastándosela como si se la hubiesen planchado.

Sucedió entonces una cosa singular.

McCluskey se incorporó con igual calma que si se levantara de la mesa del comedor. Se dirigió vacilante y casi en círculo hacia la parte. Al parecer olvidó que estaba peleando.

Los golpes recibidos le dejaron aturdido.

No obstante, serenose antes de salir de la habitación. Revolviéndose, emitió un bramido y lanzóse sobre su adversario.

Renny propinó dos buenos golpes. El primero dobló McCluskey. El segundo le destrozó la otra oreja y le hizo girar como una peonza.

McCluskey retrocedió tambaleándose, y cayó sobre una litera. Pero un instante después se incorporó.

Aquella vaca marina era un hombre formidable.

Los dos hombres cambiaron golpes feroces. Renny paró uno con la mandíbula quedando, por el momento, aturdido.

Ese segundo de aturdimiento causó su derrota. Otro derechazo siguió fulminante al primero.

Renny se desplomó desvanecido, una de las pocas veces de su vida.

La mole gigantesca de McCluskey avanzó dos pasos vacilantes en dirección hacia la estrecha puerta del mamparo.

Luego lanzó un profundo suspiro y, dando un par de vueltas como un perro buscando un lugar donde echarse, se desplomó al suelo.

Ham fue el primero en recobrar el conocimiento. Aunque el golpe no fue directo pasó largo tiempo sin darse cuenta de lo que sucedía.

Atendieron a los combatientes y Ham estaba tan decepcionado que salió con fatiga a cubierta y cambió unas lágrimas salobres con el mar.

Doc Savage inauguró una campaña.

Empezó a fraternizar con la tripulación de una manera muy activa y siempre hallaba algo de interés que discutir con cada tripulante.

Buscaba al hombre de los dientes chirriantes y ésa era la única manera de hacerlo sin despertar las sospechas de la tripulación.

Descubrió una cosa extraordinaria. Ningún tripulante se mostraba dispuesto a hablarle con franqueza.

Al contrario, unos cuantos intentaron sonsacarle, de un modo algo torpe, los motivos de su viaje en la expedición polar.

El corpulento engrasador, a quien el capitán McCluskey castigó por haber descuidado las máquinas, le habló con mayor franqueza.

Se llamaba, no sin motivos, «Dinamita» Smith.

—¿Dónde está ese tesoro que busca usted? —preguntó Dinamita.

—¿Qué tesoro? —repuso Doc, con aire inocente. Era la mejor manera de averiguar las intenciones de aquellos hombres.

Dinamita Smith se movió, nervioso.

—Verá usted. A mí y a mis compañeros se nos ocurrió la idea de que usted buscaba algo en el infierno ártico —dijo—. ¿Tiene un mapa que señale dónde está? Porque es una tierra maldita, y sin una guía difícilmente lograrán su propósito.

—¿Quién les puso a ustedes esto en la cabeza? ¿Por qué se imaginan que andamos buscando un tesoro?

—Nadie nos ha dicho nada —murmuró Dinamita.

Luego, no pudiendo sostener la mirada penetrante de los ojos bronceados de Doc, el fornido engrasador, dando media vuelta, alejóse.

Era evidente que el hombre sabía más de lo que había divulgado. También era claro que entre la tripulación estaba indicándose una labor siniestra.

La ambición y el deseo de apoderarse de la riqueza les convertiría en una horda sedienta de sangre y poder.

A Doc Savage no le agradó el cariz que tomaban las cosas.

—Apuesto a que el sujeto de los dientes chirriantes está levantando a la tripulación —pensó—. Pero ¿quién puede ser de entre ellos?

Le asaltó una idea. Fue a asegurarse de que todavía tenía en su poder el mapa que copiara de la espalda de Víctor Vail.

¡El mapa había desaparición! ¡Alguien debió sustraerlo!

Pasaron varios días sin suceder nada. Una calma siniestra, precursora de un terrible estallido, reinaba a bordo.

El Helldiver navegaba por una región desierta del Norte de Groenlandia.

Veíanse en torno a ellos imponentes icebergs azules, asomando unos hocicos aviesos. El submarino avanzaba por entre la delgada capa de hielo.

En ocasiones, cuando la capa de hielo tomaba consistencia uniéndose a algún témpano descomunal, sumergíanse, pasando por debajo.

El submarino navegaba sin el menor contratiempo. El maravilloso aparato de Long Tom les apartaba del peligro, con la doble salvaguardia de los productos químicos especiales de Monk, caso de que se encontraban bloqueados entre los hielos polares.

Monk, Renny y el capitán McCluskey habían reanudado las

relaciones amistosas. A decir verdad, se llevaban magníficamente. Se respetaban con toda cortesía, reconociendo las mutuas cualidades de luchadores.

Doc no encontró al hombre de los dientes chirriantes. Ello le intrigaba sobremanera. No podía imaginarse quién pudo sustraerle el mapa del tesoro, aunque no se preocupaba gran cosa.

Su memoria prodigiosa retenía todos los detalles esenciales y era capaz de reproducirlo cuando era necesario.

El único descubrimiento de importancia que hizo fue que Dinamita Smith, el corpulento engrasador, usaba narcóticos casi de una manera continua.

Consultó al capitán McCluskey al respecto.

Éste le respondió, sin darle mucha importancia al asunto:

—Seguro. Ya sabía que el desgraciado tomaba cocaína. Pero que se me oxide el áncora, si le hace daño. Toma drogas desde hace mucho tiempo, déjelo en paz, amigo. Los estupefacientes sirven para que sea inofensivo.

No abrigaba Doc tanta seguridad, pero tampoco ganaba nada si intentaba impedir que Dinamita siguiese con su nociva costumbre.

Cada día, a una hora determinada, Long Tom radiaba la situación del submarino a Víctor Vail. El violinista mostraba gran interés por conocer detalladamente el rumbo que se proponía seguir.

Doc extrañaba, a veces, el ávido deseo de Víctor Vail por saber con tanta exactitud, día a día, la posición del submarino.

Navegaban dentro del círculo ártico, donde el sol luce con todo su esplendor durante largos meses.

Los primeros días, el espectáculo les fascinaba, pero poco a poco la costumbre se les hizo pesada.

—¡Maldita región! —se quejaba Ham, quien sufría más que nadie las consecuencias de aquella luz seguida.

Había descubierto que los tres días anteriores, Monk se burló de él despertándolo a media noche y haciéndole creer que era el mediodía siguiente.

En consecuencia, había perdido muchas horas de sueño y no comprendía lo que le hacía sentirse tan débil.

En el Helldiver iba desarrollándose una extraña y siniestra

tensión. La tripulación se congregaba en grupos, cuchicheando. Dispersábanse o empezaban a hablar en voz alta de cosas de trabajo cuando el capitán McCluskey, Doc o alguno de los cinco camaradas, se acercaba.

—Que se me oxide el ancla, si no huelo a zafarrancho —confió el capitán McCluskey a Doc.

El submarino avanzaba día tras día en dirección a las regiones polares. En dos ocasiones, navegó bajo el hielo durante más de tres horas.

Una vez, seguramente hubieran quedado aprisionados bajo un enorme campo de hielo de más de quince metros de espesor, de no ser por los productos químicos de Monk.

Arrojados por unos compartimientos de la cubierta del submarino, el producto permitió que el buque saliese a la superficie por un agujero.

Hallaban se a unas docenas de millas del lugar donde el mapa del tesoro indicaba la situación del perdido Oceanic.

Doc Savage observó un perceptible aumento de la siniestra tensión.

—Pronto habrá jarana —dijo a sus cinco hombres—. La tripulación de este submarino, a lo menos parte de ella, conoce lo que buscamos. Y es seguro que uno de esos hombres debe tener mi mapa.

Monk sonrió encantado, cerrando los puños. Le pesaba aquella larga espera que no alteraba el menor acontecimiento.

—Perfectamente. Pero no hemos visto ni señal de Keelhaul de Rosa ni de Ben O'Gard. Es un consuelo.

—En mi opinión, el compinche de Ben O'Gard, el sujeto de los dientes chirriantes, está detrás de todo ese malestar que se observa en la tripulación. Ha sido él quien les ha descubierto vuestros propósitos, despertando su codicia.

—No lo entiendo —declaró Ham—. El chirrido de los dientes debería delatar con facilidad al hombre. No ocurre todos los días encontrar un sujeto con un sello de identidad tan patente.

—Eso me figuraba —repuso Doc, haciendo una mueca—. Pero, hermanos, creo que los dientes de ese individuo dejaron de chirriar. Me he pasado entre los tripulantes día tras día y no he logrado oír el más leve chirrido.

—Quizá Long Tom soñó lo del hombre con los dientes chirriantes inclinado sobre él empuñando un cuchillo —sugirió Johnny.

—No soñé la peluca negra —replicó Long Tom.

Era posible refutar semejante argumento. El cónclave se dispersó.

Navegando a unas cinco millas por hora, el Helldiver aproximábase al trozo de tierra desconocida donde se suponía que el Oceanic yacía.

Avanzaban por una región por completo inexplorada. Era posible que un aviador hubiese volado por encima, pero hasta eso no era muy probable.

Doc Savage se retiró a descansar, confiado en que las siguientes veinticuatro horas aclararían la confusa situación.

Así resultó.

La entrada frenética de Johnny en el camarote de Doc despertó al gigante de bronce. Le faltaba el aliento. Llevaba gafas torcidas sobre la nariz.

Entró gritando:

—¡Renny! ¡Monk! ¡Han desaparecido los dos! ¡Se esfumaron mientras vigilaban sobre cubierta!

X
Perdidos



En fracciones de segundo, Doc llegó a la sala de mando, haciéndose cargo de la situación. Debía salvar a sus compañeros.

—¡Virar por avante!

Su poderosa voz retumbó por entre el ruido monótono de los motores Diesel. Penetró por todos los rincones del submarino, desde la popa a la proa.

Fue como una tremenda conmoción eléctrica, que descargase sobre los exploradores.

El timonel giró la rueda del timón.

—¡A toda velocidad avante! —gritó Doc en el tubo de la sala de máquinas—. ¡Los motores a su presión más alta!

El capitán McCluskey entró tambaleándose en la sala de la oficialidad.

Tenía los ojos medio cerrados de sueño.

—¿Qué pasa aquí? —rugió—. ¡Que se me oxide el ancla si entiendo esto! ¿Por qué viramos por avante?

—Mis dos hombres, Monk y Renny han desaparecido —le dijo Doc—. Retrocedemos para buscarlos. Aún es tiempo de poder salvarlos.

El capitán McCluskey subió a cubierta. Pero bajó casi al instante con sus manazas velludas, azules por el frío.

—Es inútil —murmuró—. Hay tormenta afuera. Si esos dos microbios no están a bordo, se despidieron de este mundo. No es preciso perder más tiempo inútilmente.

McCluskey cogió el tubo de comunicación con la sala de máquinas y gritó:

—¡Poned las máquinas a velocidad normal!

Luego, el timonel:

—¡Vira, desgraciado! Reanudamos nuestro derrotero.

Fríamente, imperturbable como una estatua de bronce, Doc Savage se plantó de pronto delante del capitán McCluskey. Doc Savage era corpulento.

La vaca marina era mayor. Pesaba unos cuarenta quilos más que Doc.

—¡Anule esa orden! —mandó Doc.

Su voz extraordinaria poseía tal cualidad de mando, que McCluskey hizo un gesto involuntario de obediencia. Pero de pronto se contuvo, rugiendo:

—¡Yo soy el capitán de este cacharro! No vamos a perder ningún tiempo buscando a esos dos desgraciados. Ya estarán muertos y convertidos en sorbetes.

—¡Revoque esa orden! —repitió Doc Savage—. Encontraremos a Monk y a Renny o sus cadáveres aunque debamos invernar en este campo de hielo.

El capitán McCluskey se enfureció. Poseía plena confianza en sus fuerzas.

Derrotó a Monk y a Renny sucesivamente y cualquiera de ellos tenía aspecto más peligroso que aquél que aquel extraño hombre de bronce.

Bramó:

—¡Le enseñaré a usted quién es el amo en esta cafetera! ¡Yo no recibo órdenes de microbios bronceados!

Se abalanzó a la garganta de Doc Savage. Era una de sus presas favoritas y jamás le había fallado.

Pero McCluskey sufrió la mayor sorpresa de su vida. Jamás, en todos los días de su vida, fue tratado de tal manera.

Su mano quedó sujeta en una presa en el aire por unos dedos bronceados de hierro. Durante un instante, el capitán creyó que le cortaba la mano, tanto le dolió la presa férrea y de tal manera se le paralizó el brazo.

Era un dolor insufrible, muy distinto al de un trompazo y un

puntapié, sus defensas habituales.

Inició un golpe desesperado con su puño libre.

Apenas avanzó media pulgada. Luego aquella mano se cerró en una presa terrible.

El puño de McCluskey quedó triturado como si fuera pasta por entre los dedos martirizados empezó a salir la sangre a borbotones.

La vaca marina emitió el grito de un niño lastimado. Nunca en su vida padeció tanto como en aquellos momentos.

Se contempló, incrédulo, las manos; los ojos casi se le saltaron de la impresión. Sus dos monstruosas manos habían sido inmovilizadas con facilidad por una mano de bronce, implacable.

A pesar de sus esfuerzos desesperados, no lograba soltarse.

La vaca marina volvió a gritar de dolor. Creíase un poderoso e invencible luchador. Jamás encontró un hombre que pudiera resistirle.

Pero en las manos de aquel extraño hombre de bronce, semejaba una oveja bien cebada en las fauces de un tigre hambriento.

Luego pareció que en la cabeza del capitán disparó un cañón Berta.

Se desplomó inerte al suelo.

¡Doc Savage lo puso *knockout* de un solo golpe!

El submarino avanzó por entre los hielos, de un lado a otro, de derecha a izquierda.

Algunas veces, gruesos témpanos se acumulaban sobre cubierta y los compañeros veíanse obligados a descender con rapidez para evitar ser aplastados o lanzados por la borda.

Buscaron durante unas cinco horas sin encontrar señal de Monk ni de Renny. Aquella misteriosa desaparición, tenía intranquilos a los compañeros.

Soplaba un viento helado procedente de los lejanos desiertos de hielo de Groenlandia.

Los rieles ajustados al casco del submarino estaban cubiertos de hielo.

—El vendaval fue peor durante la noche —murmuró Johnny—. ¡Pobre Monk! ¡Pobre Renny!

Aunque Monk y Renny desaparecieron hacía unas horas, era de noche sólo según sus relojes. El sol resplandecía sobre el horizonte,

casi perdido en una neblina pálida y desagradable.

Hacía un frío intenso, incapaz de resistirse sin estar bien preparado.

El hielo acumulado en la cubierta se deslizó, desapareciendo, de repente, con enorme estruendo.

Doc salió a cubierta llevando unos potentes anteojos. Pero un nuevo y detenido examen de aquel páramo de hielo no reveló el menor rastro de los dos desaparecidos.

El submarino cruzó un espacio relativamente libre de hielo.

—¡Estad listos para sacar el hidroplano! —ordenó.

La tripulación salió a cubierta, con aire ceñudo. Veíase en sus rostros una expresión siniestra.

Pero obedecieron las órdenes de Doc con celeridad. Algunos de ellos habían presenciado lo sucedido al capitán McCluskey.

Levantaron una plancha de cubierta y a continuación colocaron un botalón.

Los preparativos se realizaron con increíble rapidez.

Surgió un hidroplano metálico y desmontable, y Doc lo preparó para el vuelo.

El capitán McCluskey salió a cubierta mientras se efectuaban los preparativos.

Había pasado largo tiempo en la enfermería, cuidando sus manos y procurando reaccionar de la gran torpeza que sentía en su cerebro.

Los ojos dorados de Doc Savage se clavaron en los de la vaca marina.

Deseaba conocer sus intenciones.

McCluskey frunció el ceño unos segundos. Luego sonrió con aire resignado. —No me meteré con usted, amigo— murmuró, contemplándose las manos. Las llevaba vendadas y parecían el pie de un hombre afectado de gota.

Doc Savage llamó aparte a sus tres hombres.

—Mantened las manos sobre vuestras pistolas —les advirtió—. No creo que McCluskey se meta con nosotros ahora. Pero vigilad a la tripulación.

Parecía un milagro que el asiento de popa del diminuto aeroplano contuviera el corpulento cuerpo bronceado de Doc

Savage.

El aparato se remontó en círculos cada vez mayores.

La neblina no pareció tan espesa desde la superficie. Pero entorpecía la visión desde el aire y la oscuridad aumentaba.

No descubrió ninguna señal de Monk ni de Renny.

—¡Regresó al fin a echar de menos al gorila! —dijo Ham, procurando disimular un sollozo con un fingido ataque de tos.

La tripulación izó el aeroplano a bordo y desmontándolo lo guardaron bajo las planchas de cubierta.

Si vivían Monk y Renny, quedaban abandonados en la soledad de los hielos, sin medio posible de librarse de una muerte horrible.

Dos horas más tarde, el capitán McCluskey apuntaba con un brazo musculoso.

—¡Que se oxide mi ancla si no… mirad! —tronó—. ¡A dos cabos de estribor!

Doc Savage apareció en cubierta, veloz como una exhalación. Pensó que habían divisado a sus dos compañeros.

Siempre existía la posibilidad de que una ola los hubiese arrebatado y se pusieran a salvo en uno de los muchos icebergs.

Pero se trataba solamente de una horda de vacas marinas dormidas en un enorme trozo de hielo.

—Necesitamos carne fresca —explicó el capitán—. Es extraordinario encontrar a esos animales por estos lugares. Voy a cazar algunos de esos bichos. ¿Quiere acompañarme, amigo?

Doc Savage asintió con la cabeza y aconsejó a sus compañeros que le acompañaran.

Les serviría de distracción y de ejercicio, después de tantos días encerrados entre las paredes metálicas del submarino.

También irían varios miembros de la tripulación, incluso Dinamita Smith.

El hombre parecía muy satisfecho de tal distinción, y se proponía realizar grandes proezas.

Doc se aseguró de que varios de los miembros sospechosos de conspiración se hallaban entre los cazadores.

Al parecer, no se perdía nada abandonando el submarino durante algún tiempo. Se montaron dos kayaks plegables, botes largos y estrechos con una cubierta de piel de foca. También

montaron un «umiak», hermano mayor del «kayak».

Doc descendió al interior del submarino y estuvo ausente unos diez minutos, mientras toda la tripulación estaba sobre cubierta, presenciando la partida de los cazadores.

Cuando regresó, llevaba un bulto de regular tamaño envuelto en una seda impermeable.

—¿Qué es eso, compañero? —interrogó, el capitán McCluskey.

Doc Savage pareció no oír la pregunta, y se apresuró a ocupar el lugar destinado en su embarcación.

Partieron en el acto.

El borde del iceberg, cerca del lugar donde dormían las vacas marinas, se elevaba casi vertical. Era imposible desembarcar.

Los cazadores decidieron cazar a la espera. Remaron hasta la banca flotante de hielo y desembarcando, sacaron los botes plegables del agua helada. Ya todo sería cuestión de paciencia y astucia.

El capitán McCluskey y el resto de la tripulación del Helldiver iniciaron la caza a la espera. Procuraron acomodarse lo mejor posible tras las enormes grietas de los hielos, para que los animales no sospecharan su presencia.

Doc, con su extraño bulto, manteníase cauteloso a retaguardia.

Sus tres compañeros le seguían de cerca.

El frío les molestó al principio, pero se hizo más tolerable al cabo de unos minutos.

Vestían como los esquimales: mocasines que llegaban hasta las rodillas y forrados de piel de reno, pantalones de oso, camisas de pingüino con las plumas dentro y camisas de piel de foca con una capucha cubriéndoles las cabezas.

La superficie del trozo de hielo era áspera y rugosa. El avance era penoso; no podían caminar a más de media milla por hora y todavía eso significaba adelantar mucho.

El capitán McCluskey y sus hombres iban a la vanguardia, como si estuviesen impacientes por empezar la matanza de los pacíficos animales.

De repente, volviéndose, apuntaron con sus rifles a Doc Savage y a sus compañeros.

—¡Matad a esos microbios! —rugió el capitán McCluskey.

Doc Savage tuvo el presentimiento de que sucedería algo anormal y no le cogió desprevenido.

Apenas empezaron a mostrarse hostiles los hombres del Helldiver, cuando un poderoso brazo de bronce condujo a Johnny, a Long Tom y a Ham al abrigo de una mole de hielo.

El movimiento fue ejecutado con tal rapidez, que estuvieron al amparo del refugio antes que la primera descarga de los rifles retumbara con estruendo.

Las balas se enterraron en la mole, salpicando a Doc y a sus amigos de fragmentos de hielo, con un sonido parecido a diminutas campanillas.

—Retroceded —ordenó Doc Savage a sus compañeros—. Estamos situados entre esa banda y sus botes. Procuraremos evitar que lleguen a ellos.

Encontraron una pequeña grieta en el hielo y allí se puso Doc su bulto, que al instante cubrió con unos trozos de hielo.

La resonante voz del capitán McCluskey llegó a los oídos de los compañeros.

—¡Aniquiladlos a todos! —rugió la vaca marina.

—Al parecer no intentan llegar a los botes antes que nosotros —murmuró Doc sorprendido. No comprendía las intenciones de sus adversarios.

Una lluvia de plomo acribilló el hielo en torno a los compañeros. La banda del Helldiver los había divisado.

Ham dio media vuelta. Descubrió una cabeza cubierta con una piel que se arrastraba cautelosa en su dirección. Su rifle lanzó una rociada de balas.

Un hombre surgió de detrás de un pico helado, y se tumbó como si estuviera cansado.

Y de un charco escarlata como una flor inmensa, brotando sobre el hielo, donde el cuerpo se debatía en débiles convulsiones, surgió un tenue vapor.

—No he perdido la puntería —comentó Ham—. ¿Visteis a quien abatí?

—A Dinamita Smith, el engrasador —repuso Doc—. Doblemos a la derecha. Parece que por ahí se puede andar mejor.

Pasaron unos minutos horrorosos para cruzar el poco espacio

que les separaba del lugar indicado.

Cuanto más frenético era el esfuerzo, tanto más difícil encontraban el resbaladizo hielo.

—El mar con sus olas, ha pulido tan maravillosamente este iceberg —explicó Doc—, que no es extraño sea imposible dar un paso.

Las balas de los atacantes excavaban el hielo como gubias invisibles; y al rebotar sobre la dura superficie, el plomo chillaba como un gato enfurecido.

Los compañeros, después de muchas fatigas, llegaron por fin al lugar donde podrían refugiarse.

Se trataba de una gran hendidura en el iceberg, llena de agua helada, formando una superficie lisa como un cristal.

Se deslizaron sobre ella a gran velocidad, lo que resultaba muy agradable después de la fatigosa jornada.

—Llegaremos primero nosotros a los botes —exclamó el huesudo Johnny.

—Lo extraño es que no corran más para cerrarnos el paso —comentó Long Tom—. No entiendo qué manejo se traen.

La explicación se les apareció clara y desoladora unos instantes más tarde.

Llegaron a la vista los botes, mejor dicho, al lugar donde dejaran las embarcaciones, pero éstas habían desaparecido.

Descargó un diluvio de balas, incrustándose en la mole de hielo y salpicando de fragmentos a Doc y a sus compañeros.

¡El submarino no estaba donde lo dejaron!

¡Esos ratas son muy astutos! —comentó Doc—. Los hombres que permanecieron a bordo, cogieron las embarcaciones dejadas sobre el hielo. Y ahora comprendo por qué banda de McCluskey no tenía interés en perseguirnos —añadió, apuntando con un brazo bronceado.

Los tres compañeros se miraron consternados.

El Helldiver se había acercado al borde del iceberg, y estaba recogiendo a los miembros de la banda.

Los camaradas de Doc Savage abrieron fuego con sus rifles. La distancia era considerable, pero gracias a su certera puntería, derribaron a dos tripulantes del Helldiver.

El resto de los marineros llegó a bordo sin novedad. El submarino partió veloz por una abertura de los hielos con dirección al Norte.

Se dirigía hacia el lugar donde, según el mapa, yacía el Oceanic. La densa niebla tragó por completo al submarino.

Lo último que distinguieron fue la gigantesca figura del capitán McCluskey, de pie sobre cubierta, agitando los puños en dirección adonde ellos estaban.

Aquel gesto demostraba quien fue el promotor de aquella traición.

—Hermanos —dijo Doc Savage—, hemos cometido una equivocación imperdonable.

—¿Qué es eso? —inquirió Ham.

No dimos la debida importancia a la inteligencia de nuestro capitán —replicó Doc—. Hace unos días, McCluskey comentó la conducta furtiva de su tripulación, dando la impresión de que temía algún incidente desagradable. El muy zorro debió darse cuenta de que yo también observé la actitud de los tripulantes y se expresó de esa manera, esperando disipar mis sospechas y despistar. Lo verdaderamente desagradable es que yo cayese en la trampa.

—Desde luego, tienen el mapa del tesoro en su poder —observó Ham—. Por lo visto, abrigan el propósito de apoderarse del tesoro.

—Y nos han dejado en una situación bastante seria —murmuró Johnny—. Perdido y aislado en estos hielos, equivale a una sentencia de muerte.

Las palabras de Johnny causaron profunda impresión. Todos conocían la suerte que les esperaba, pero no se atrevieron a expresarlo.

—Será mejor que nos demos cuenta de la gravedad de la situación —dijo Doc— y no hablemos más de ello.

—El tiroteo asustó a la vaca marina —gruñó Long Tom, escondiendo más sus facciones en la capucha de su piel, como la cabeza de una tortuga en su caperuza—. No tenemos provisiones, y sin ellas será imposible resistir tan bajas temperaturas.

Ham se golpeó con el estoque sus pantalones de piel de oso.

—He oído decir que los esquimales viven bastante tiempo comiendo sus ropas —dijo—. Probaremos nosotros también la

substancia que dan nuestros elegantes trajes.

—No necesitamos empezar todavía con nuestro guardarropa —sonrió Doc—. Tenemos raciones concentradas para cerca de un mes.

—¿Dónde? —gritaron los otros, a coro.

—En el bulto que me traje —repuso Doc Savage.

El grupo volvió sobre sus pasos para recoger el importante bulto que Doc ocultó en una hendidura.

Gracias a su previsión, podrían resistir unos días y quizás hallasen durante ellos la manera de huir de su helada prisión.

Había tranquilidad y tenían tiempo para examinar todo el peligro de su grave situación.

La quietud de tumba de las soledades polares los envolvió.

De vez en cuando, el terrible silencio era interrumpido por un estampido semejante a un trueno.

Tales ruidos se iniciaban con una detonación brusca y fuerte como la de un cañonazo, seguidos de una creciente descarga, hasta que el hielo mismo, bajo sus pies, parecía estremecerse.

En el ruido eterno de las soledades heladas, el incesante movimiento de los hielos, abriendo hendiduras mortales en su blanca superficie.

—Bonita música —comentó Ham estremeciéndose.

Pensaron en la muerte que sus dos compañeros, los gigantescos Monk y Renny, debieron sufrir y se sintieron deprimidos.

Los intervalos de silencio eran horrorosos. Les parecía encontrarse en algún lugar irreal y fantástico donde habitaran unas almas perdidas.

Escucharon con cierta patética viveza el esporádico cañoneo del hielo; luego, al producirse el sonido, se estremecían.

Tan sólo Doc Savage no mostraba ninguna emoción. Avanzaba con firmeza; y con frecuencia esperaba que sus tres compañeros le alcanzaran.

El poderoso hombre de bronce parecía comprender que su presencia levantaba el ánimo de sus compañeros. Por lo tanto, no se alejaba demasiado de ellos, siempre dispuesto a ofrecer su ayuda física y moral. Recuperaron el bulto escondido por Savage. Doc dejó que sus hombres se sentaran alrededor de él. Empezaron a desenvolver los paquetes con dedos helados.

De pronto Ham dio un respingo, dejando de desatar los nudos.

Había llegado a sus oídos el sonido de gorjeo, bajo y suave, que formaba parte de Doc Savage.

Tan baja, casi tan irreal era la suave nota, que parecía perderse en los terribles silencios que les rodeaban. Pudo haber sido la voz de algún fantástico espíritu o alma en pena de aquel mundo helado.

Ham empuñó su estoque, Johnny y Long Tom se pusieron rígidos como las montañas de hielo que les rodeaban.

El gorjeo de Doc cesó como comenzara.

Sucedió un largo minuto de silencio; la misma quietud o apatía mortal del Ártico.

Percibieron de improviso un nuevo sonido que Doc oyera antes y que hizo brotar de él la nota de gorjeo.

Sus amigos lo percibieron con claridad, y un frío estremecimiento sacudió su espina dorsal.

¡Era un chirrido! Un sonido idéntico al ruido de unos dados agitándose en las palmas de las manos.

Aquel ruido había perseguido como una maldición a Víctor Vail, a través de los años. Su chirrido delataba la presencia de su implacable perseguidor, el hombre de Ben
O’Gard
.

—Eso, hermanos —murmuró Doc Savage, con suavidad—, es una de las últimas cosas que esperaba oír en este lugar.

Pronunciando la palabra final, Doc avanzó, deslizándose veloz. Los otros le siguieron, aunque sin poder sostener la velocidad de su compañero.

Doc Savage se perdió de vista.

Cuando lo alcanzaron, le vieron arrodillado junto a una figura humana que yacía sobre el hielo en medio de una inmensa mancha escarlata.

—¡Dinamita Smith! —exclamó Ham—. ¡El pájaro que yo tumbé!

Las mandíbulas del desgraciado sufrían de parálisis intermitente; entrechocaban produciendo el inconfundible chirrido.

Dinamita Smith era uno de los secuaces de Ben
O’Gard
que siguieron durante años el rastro de Víctor Vail.

—No lo entiendo —murmuró Long Tom—. Cuando aquella noche se inclinó sobre mí en mi litera, sus dientes chirriaron. Pero hemos hablado con él muchas veces desde entonces, a bordo del submarino, y sus dientes no producían ningún ruido.

—Veo la explicación de eso ahora —replicó Doc—. Dinamita Smith ha tomado estupefacientes durante todo el viaje del submarino.

—¿Qué quieres decir?…

—Que la droga aquieta sus mandíbulas —explicó Doc—. En otras palabras, todos los tomadores de estupefacientes padecen ese temblor de las mandíbulas cuando se les priva del narcótico. Cuando Dinamita Smith no lo toma, sus mandíbulas tiemblan. Cuando lo toma, no.

El herido volvió en sí en aquel momento, rodando los ojos.

Doc Savage examinó la herida del hombre. Ham le disparó un tiro certero.

—No tiene usted salvación —comunicó Doc Savage a Dinamita Smith, sin la menor emoción—. Es inútil auxiliarle: la herida es mortal.

Los labios del agonizante se movieron.

Doc se inclinó para descifrar las entrecortadas palabras del moribundo.

—Ben O'Gard y mis compañeros se marcharon, dejándome aquí, ¿eh? —preguntó.

La emoción se dibujaba raras veces en el hermoso rostro bronceado de Doc Savage, pero se mostraba con visible claridad en aquellos momentos.

—¿Estaba Ben
O'Gard
a bordo del Helldiver? —interrogó, dejando adivinar su gran sorpresa.

Dinamita Smith no respondió a la pregunta. Sus vidriosos ojos rodaron con lentitud hasta enfocar a Long Tom.

—Yo estaba buscando el mapa del tesoro cuando me arrebató la peluca de mi cabeza aquella noche —cuchicheó, casi sin aliento—. Después de que por poco me atraparon, Ben
O'Gard

mismo realizó la búsqueda. Él encontró el mapa y se lo substrajo. Ahora se quedará con todo el tesoro, dejándome morir como a un perro.

—¿Quién de la tripulación del Helldiver es Ben O'Gard? —inquirió Doc.

En los azules labios del moribundo se dibujó una sonrisa burlona y maligna. Su cuchicheo hacía un «glu-glu» en su garganta.

—Los engañamos a ustedes lindamente —dijo, con fatiga.

Al parecer no acabaría de pronunciar las siguientes palabras, pues los músculos de la garganta se le ponían rígidos.

—Ben O'Gard es el capitán McCluskey —tosió.

Doc y sus compañeros cruzaron una mirada de sobresalto. Cuando volvieron a mirar a Dinamita Smith, el hombre estaba muerto.

Murmuró Ham:

—¡Ben O'Gard y el capitán McCluskey son la misma persona! ¡Es como para reventar de risa! ¡El hombre ha sido más astuto que un zorro!

Dijo Doc Savage, con sequedad:

—Al parecer, hermanos, financiamos con excesiva generosidad la expedición de nuestros enemigos para apoderarse del tesoro. Sin duda Ben O'Gard, (lo llamaremos así de ahora en adelante, en vez de capitán McCluskey), sin duda Ben O'Gard cogió parte del tesoro del Oceanic cuando abandonó ese buque hace más de quince años. Empleó ese dinero para adquirir el Helldiver. Pero los fondos no eran suficientes e insertó un anuncio solicitando alguien que lo financiara. ¡Imaginaos su alegría cuando nos presentamos nosotros ofreciéndole dinero!

Ham gimió:

—Y yo os llamé la atención sobre la reseña del periódico

respecto al submarino polar. ¡En qué lío os he metido!

Doc Savage se echó a reír. A pesar de la situación, el desolado rostro del abogado movía a risa.

—Olvídalo, Ham. La culpa es realmente mía. Volvamos atrás a abrir aquel bulto. Hemos cometido una serie de errores, pero ya nos desquitaremos en cuanto nos sea posible. Ahora al trabajo.

Volvieron sobre sus pasos para recuperar el bulto. Quitaron la cubierta impermeable.

—¡Ey! —exclamó Johnny, sorprendido—. Este envoltorio es una tienda de campaña de seda.

—Es algo más que una tienda —le informó Doc—. También el paquete contiene una armazón se convierte en un bote. Hay paletas ajustables a los cañones de nuestros rifles para poderlas utilizar como remos.

Todos bucearon con ansiedad para ver qué otras maravillas contenía el interior del bulto. Había desaparecido toda depresión de su ánimo.

Long Tom profirió un grito de alegría:

—¡Una radio! ¡Emisora y receptora, completa!

Sacó con rapidez el aparato de radio, procediendo a montarlo.

El aparato, de muy reducidas dimensiones, era un invento de Doc. No contenía ninguna batería voluminosa, factible de inutilizarse por la humedad o el frío o agotarse por el uso.

Un generador provisto de un potente dispositivo suministraba la corriente.

El aparato era de onda extra-corta.

Lo montó dispuesto a someterlo a prueba al cabo de unos quince minutos.

El mago de la electricidad aplicó con ansia un oído al pequeño altavoz y giró las esferas de afinación.

Súbitamente, surgió del minúsculo altavoz una voz bien conocida.

El asombro y la estupefacción de Doc y sus amigos, al reconocerla, fue ilimitado. Una voz de ultratumba no les hubiese producido extrañeza semejante.

Ham y Long Tom bailaban de alegría, gritando y golpeándose, presa de una tensión nerviosa rayana en el histerismo.

—¡Os repito que hemos establecido comunicación con el infierno! —gritó el abogado.

Se sentían infinitamente felices, y Ham recuperaba su forma.

¡Del aparato acababa de surgir, como por arte mágico, la voz inconfundible de Monk!

XI
Peligro polar



Transcurrió una hora. En el cielo cubierto de espesa y opaca niebla pendía un punto negro emitiendo un fuerte zumbido que aumentaba poco a poco de volumen.

El punto se convirtió en un aeroplano. Era un aparato de dos motores, anticuado y de aspecto muy usado. Pero un ángel no sería mejor recibido por los cuatro hombres que lo observaban desde el iceberg.

El avión descendió a través de la niebla, describiendo círculos. Los flotadores trazaron una señal de espuma, larga y blanca, sobre las aguas heladas.

Luego el aparato se deslizó con celeridad hacia el borde de la montaña de hielo. Monk y Renny aparecieron en los flotadores. Su presencia fue acogida con una verdadera ovación.

Dando saltos acrobáticos, alcanzaron el hielo endurecido.

Probablemente no hubo jamás una reunión más alegre y emocionante en las sombras frías del Polo Norte.

Sin ser visto al principio, un hombre saltó afuera y se sentó en la cabina del aparato.

Doc Savage le divisó primero.

—¡Víctor Vail! —exclamó, sorprendido.

El famoso violinista sonrió. Intentó hablar, pero no encontró palabras con qué expresar la profunda emoción que le embargaba.

Por último, con un gesto simple, señaló a sus ojos.

Víctor Vail había recobrado por completo la vista. Era tan

profunda su gratitud hacia el gigante de bronce, que no pudo expresar sus sentimientos.

Los discursos preparados durante sus horas de convalecencia, se esfumaron al encontrarse en su presencia.

—Seguramente me imaginé que no volvería a ver tu fea carota —dijo Ham a Monk—. ¿Qué sucedió, gorila?

—El maldito submarino —explicó Monk— se sumergió estando nosotros sobre cubierta. El agua nos barrió. Nadamos como dos osos polares. Seguramente nadamos unas diez millas. ¡Cielos, qué fría estaba el agua! Teníamos por casualidad un poco de aquella mezcla química que yo preparé para mantener a una persona caliente; de lo contrario, nos habríamos helado. Encontramos, al fin un iceberg lo bastante grande para descansar.

—Allí estuvimos hasta la llegada providencial de Víctor Vail —resonó la voz de Renny.

Doc Savage contempló al músico, que estaba solo en el aeroplano.

—¿No habrá usted venido solo a estas soledades árticas?

Víctor Vail comprendió su extrañeza.

—Alquilé el aeroplano y el piloto para que me trajera al lado de ustedes —explicó—. Quizá les sorprendiera mi interés por conocer la situación donde se encontraban y el rumbo que pensaban tomar. El motivo es que deseaba reunirme con ustedes. Tan pronto como estuve preparado, partí en su busca, y fui lo bastante afortunado para salvar a sus compañeros.

—Pero ¿por qué? —interrogó Doc—. Verdaderamente esto no será ningún viaje de placer.

—Por mi esposa y mi hijita Roxey —respondió el violinista—. ¿Quería comprobar su…, suerte?

Long Tom empezó a desmontar el aparato de radio. Les había prestado ya un invaluable servicio, pues guió a sus providenciales salvadores al iceberg.

—¿Dónde está el piloto contratado por Víctor Vail? —preguntó Doc.

—El desgraciado se espantó —sonrió Renny—. Mirando a estos icebergs se asustó y rehusó seguir adelante. No tuvimos más remedio que conducirlo a un poblado que hay en la costa sur de

Groenlandia. Le compramos el aeroplano por el doble de lo que valía y lo dejamos.

—Eso explica que mis vuelos de exploración no dieran ningún resultado —comentó Doc.

Long Tom guardó la radio en su envoltorio.

—No os habéis dicho que estabais perdidos aquí —gruñó Monk —. ¿Dónde están el submarino y McCluskey?

—El capitán McCluskey es Ben
O'Gard
.

Víctor Vail hizo un gesto de aflicción.

—No podía describirles a ustedes las características de Ben
O'Gard
—murmuró—. Mi defecto me privaba de poder apreciar las características de ese hombre, y tampoco me atreví nunca a preguntarle por su aspecto físico.

El famoso violinista se sintió de nuevo presa de emoción. Y con frases entrecortadas intentó expresar su gratitud al gigante de bronce por la recuperación de la vista.

—Cualquier deuda de gratitud que me debiera, ya ha sido rescatada con creces —le aseguró Doc—. Nos salvó usted, a mí y a mis amigos, de una muerte cierta. En el invierno, cuando esta región está helada y endurecida, podríamos haber llegado a la civilización. Pero ahora nos encontrábamos en una trampa mortal.

—McCluskey y Ben O'Gard son la misma persona —murmuró Renny—. Me gustaría volver a enfrentarme con esa vaca marina. Apuesto a que no me vencería por segunda vez. ¡Con qué gusto le rompería las narices de un puñetazo!

—Lo mismo digo —agregó Monk—. Me las pagará cuando volvamos a encontrarnos.

Long Tom, que registraba el bulto de Doc, lanzó de pronto una exclamación de alegría.

—¿Qué es esto? —preguntó.

Mostró un objeto metálico de forma extraña y bastantes libras de peso.

—Eso —explicó Doc— es algo que saqué del submarino antes de que desembarcáramos para cazar las vacas marinas. Es una válvula

de uno de los tanques del sumergible.

Long Tom lanzó una carcajada. Con un jefe como aquél, la vida era un verdadero encanto.

—Además —continuó Doc Savage—, el preparado químico de Monk, que funde el hielo, está sacado de los recipientes que hay en el casco del submarino. Tienen más material de ése a bordo, pero la tripulación del Helldiver no sabe cómo prepararlo.

—¿Quieres decir que esa banda no puede sumergir al submarino sin esta válvula? —preguntó Long Tom.

—Exacto —repuso Doc—. Comprenderán que si lo hiciesen, no volverían a salir a la superficie. El buque se inundaría. Además, no disponen de este producto para fundir hielos, que sin duda les cerrarán el paso. El Helldiver no puede escapar de estas regiones sin sumergirse para deslizarse bajo la superficie helada.

—Entonces esa banda está en nuestro poder —rió Monk—. No se nos escapará.

Levantando su puño monstruoso, amenazó hacia el horizonte, diciendo:

—¡Hasta muy pronto, Ben O’Gard!

El grupo de aventureros se sentía optimista. Subieron al aeroplano, que era grande, aunque anticuado. Doc mismo lo pilotó.

Cabeceando de una manera fantástica, el decrépito aparato remontóse al fin.

Le exigían algo superior a sus posibilidades, pero la pericia del conductor logró elevarlo.

—El Helldiver no puede encontrarse muy lejos —observó Doc. Sus compañeros revisaban el cargamento del aparato, que consistía en zumos de frutas para combatir el escorbuto del Ártico, otras provisiones de boca, paracaídas, etc.

—Quizás sean muy útiles —sonrió Long Tom—. Por lo que he visto de esta región, uno puede a veces recorrer muchas millas sin encontrar agua donde amarrar sin peligro un hidroplano.

—Coged los anteojos y examinad lo que hay bajo nosotros —indicó Doc—. Resultará difícil encontrar al submarino en esta niebla.

—En efecto, nosotros mismos no os hubiéramos encontrado, de no ser por el radiogoniómetro, que señaló vuestra presencia. Si los del submarino se decidiesen a usar la radio, sería muy fácil encontrarlos.

Long Tom se sentó ante el cuadro de aparatos, procurando localizar al fugitivo submarino.

Al cabo de un rato murmuró, malhumorado:

—No usan la radio. Será muy difícil dar con ellos.

En las alturas hacía un frío terrible, y a pesar de sus ropas de abrigo, la humedad y el frío les hacían tiritar, y castañear los dientes.

La voz de Doc Savage retumbó de repente. Pronunció una sola palabra.

—¡Tierra!

Los compañeros miraron en la dirección indicada.

Parecía un iceberg colosal; sólo unos picos rocosos que se elevaban sobre la masa glacial lo identificaban.

—No hay ningún mapa que señale esa tierra —declaró Johnny —. No puede ser de grandes dimensiones.

—Lo que nos interesa —le informó Doc—, es que el trasatlántico Oceanic está embarrancado por alguna parte de esa tierra.

Víctor Vail asomó la cabeza con ansiedad por las ventanillas de la cabina.

Pasó unas semanas terribles en algún lugar de aquel territorio desolado que encerraba el secreto de la suerte de su esposa y de su hijita Roxey.

Sin embargo, aquélla era la primera vez que podía contemplarlo. Pareció deprimirle y se le vio estremecerse.

—Nadie podría vivir quince años en este lugar —murmuró. En el corazón de Víctor Vail latía la esperanza de que pudiera hallar a sus seres queridos, pero al contemplar aquella desolación, sintió desvanecerse toda confianza.

—¡Allí está el Helldiver! —exclamó Doc de pronto.

Los otros lo distinguieron un momento después.

—¡Cáspita! —estalló Renny—. El hielo está a punto de aplastar a ese cacharro.

¡Ben O'Gard y sus secuaces estaban encerrados en una trampa!

Enfilaron el Helldiver hacia un lugar abierto entre los hielos, cerca de la costa. La excitación que debieron sentir al hallarse a corta distancia de su objetivo, los indujo a cometer una imprudencia.

La masa de hielos flotantes se cerró tras el submarino y, poco a poco, de una manera inexorable, avanzaba tras ellos.

Los icebergs de azulados y amenazadores perfiles, avanzaban como fauces heladas de un monstruo gigantesco. A ambos lados del submarino tan sólo quedaban unos seis metros de agua.

Ben O'Gard y sus compinches salieron a cubierta y al divisar al aeroplano agitaron los brazos, frenéticos.

—Creo que se alegran de vernos —resopló Monk—. Debiéramos sobrevolar por ahí para observar cómo el hielo los tritura.

—Acaso fuese un placer —reconoció Doc—. Pero necesitamos el submarino para llevarnos el tesoro. No podríamos cargarlo todo en el aeroplano.

Monk se encogió de hombros.

—¿Cómo podemos socorrerlos? —murmuró—. No se ve suficiente agua para amarar. Esta vez no tienen salvación y les está bien empleado.

—Conduce tú —dijo Doc a Renny.

Éste protestó:

—¡Qué demonio!…

Pero al instante tomó el mando, pues Doc lo abandonó.

Como todos los amigos de Doc, Renny era un excelente piloto y el aparato empezó a volar, describiendo en el aire amplios círculos.

Doc cogió un paracaídas y la válvula que era de vital importancia para la seguridad del submarino. Antes que sus amigos pudieran objetar nada, abrió la ventanilla de la cabina y se lanzó.

La seda blanca del paracaídas abrióse y Doc descendió junto al sentenciado Helldiver.

Ben O'Gard y su tripulación empuñaban armas e hicieron unos gestos amenazadores. Aun en aquellos momentos de verdadero apuro, temían que les arrebatasen el tesoro que codiciaban.

Doc Savage mostró la válvula y aquello inquietó a los bandidos.

—Arrojad vuestras armas por la borda —ordenó.

Fue contestando con una lluvia de maldiciones. Ben

O'Gard
parecía el más elocuente, pues juraba en seis lenguas.

Pero lanzaron las armas por la borda.

Doc Savage avanzó corriendo.

El hielo iba rodeando al submarino, del que le separaban escasos metros.

La superficie de la masa de hielos flotantes estaba resbaladiza.

El salto al submarino fue prodigioso y dejó estupefactos a sus tripulantes.

Retrocedieron ante el gigante de bronce. Recordaban todavía que la vaca marina, su gigantesco jefe, fue un niño en aquellas manos bronceadas.

Un pistolero retrocedió con tal precipitación, que cayó por la borda. Chilló como una rata en el agua helada hasta que lo recogieron, subiéndolo a cubierta.

No podía perderse ni un instante. En cuanto Doc Savage saltó a cubierta se dirigió veloz al interior del submarino, donde colocó en el acto la válvula que le permitiría sumergirse.

Ben O'Gard y sus hombres lo rodearon como niños. Ya tenían las escotillas de cubierta cerradas.

Ben O'Gard se le acercó, para ayudarle en su trabajo. Pero Doc lo apartó a un lado.

—¡Listo! —dijo Doc, al fin—. ¡Llenad los tanques!

La tripulación corrió a sus puestos. Los motores Diesel se pusieron en marcha.

El Helldiver descendió, librándose de aquellas mortales mandíbulas de hielo.

Doc Savage observó un momento la válvula y, satisfecho al comprobar que funcionaba perfectamente, pretendió pasar a otro compartimiento.

En aquel instante, la puerta de acero se cerró con estrépito. Fue tan rápido, que involuntariamente dio un paso hacia atrás.

—¡Quedó aprisionado!

XII
Trampa de hielo



Doc, encogiéndose de hombros, se sentó sobre una tubería. Tenía armas y no le preocupaban los inmediatos acontecimientos.

Es cierto que Ben O'Gard y sus secuaces podrían atacarle, pues las armas que tiraron por la borda no comprendían todo el armamento.

Eran demasiado astutos para eso.

Pero Doc poseía el explosivo que siempre llevaba en sus dos muelas postizas y con él abriría en seguida la puerta del mamparo.

Y una vez que el submarino saliese a la superficie, le sería muy fácil destornillar la válvula y tendría la banda a su merced otra vez.

Los motores eléctricos empezaron a vibrar con un ritmo musical. El Helldiver se había inclinado profundamente en su precipitada inmersión.

Entonces procuraba nivelar su posición. Al cabo de un rato se inclinó hacia arriba de manera perceptible.

Percibióse una fuerte sacudida al chocar con la parte inferior de la masa de los hielos flotantes.

Sucedieron otros fuertes crujidos, aunque de menor violencia. El submarino buscaba a ciegas otro espacio libre de hielos, pero éstos continuaban de una manera interminable.

Los espacios de mar libres parecían escasear. Encima de ello extendíanse una inmensa superficie helada.

Doc Savage se levantó y golpeó en el grueso mamparo de acero.

Oyó unas maldiciones y le advirtieron que lo matarían si no

estaba quieto.

Le prometieron toda clase de suertes desastrosas.

Pero aquellas bravatas no le causaban espanto. El peligro rara vez le preocupaba, pues estaba acostumbrado a él, y también conocía la condición de aquellos cobardes y traidores.

Transcurrió más de una hora y se impacientó.

Al fin el submarino salió a la superficie; el paro de los motores eléctricos y la puesta en marcha de los motores diesel lo indicaba.

Doc Savage sacó al instante la válvula y por el mamparo de acero informó a Ben
O'Gard
de lo que había hecho.

Recibió una sorpresa, pues el malvado profirió una sonora carcajada.

Doc estaba intrigado. La válvula no parecía preocupar a sus enemigos.

Aquello tenía una sola explicación.

¡Habían encontrado un puerto de refugio en la costa que no existía en los mapas!

Sentóse en espera del curso de los acontecimientos. Unos veinte minutos después llegó a sus oídos un ruido parecido a seis o siete piedras golpeando con violencia el casco del submarino.

Reconoció al instante la causa de aquel ruido inconfundible a sus agudos oídos.

Balas de pistola ametralladora, disparadas a escasa distancia del casco metálico del submarino.

¿Empezaban las hostilidades sus amigos? Esperaba que no. Se acercarían demasiado a tiro y el viejo aeroplano no era ningún tanque acorazado.

Los motores diesel se pusieron en marcha como un estrépito loco. El submarino vibraba de punta a punta y empezó a moverse.

En el instante siguiente una sacudida le cogió de sorpresa, tirándole contra un mamparo.

¡El Helldiver había embarrancado!

Los hombres gritaron. Semejaban polluelos en una incubadora. Una ametralladora empezó a disparar en cubierta. Luego le acompañó otra, con hueco clamor.

Continuó esto durante un rato considerable.

«¡Juam!». El submarino casi volcó, con chirrido de planchas y ruido de herramientas sueltas e innumerables objetos saltando y rodando de un lado a otro.

Doc Savage se incorporó. No era un ejercicio muy agradable rodar como una pelota por el compartimiento.

—Será mejor que me agarre algo —murmuró, al sentir una nueva sacudida que le hizo tambalearse.

Acababa de estallar una bomba en el agua, cerca del submarino.

Meneó lentamente la cabeza. No comprendía de dónde podía surgir el ataque, pero estaba cierto que no era para auxiliarle.

¡Sus compañeros no disponían de bombas!

La voz estruendosa de Ben
O’Gard
penetró en el mamparo.

—¡Salga! —gritó—. ¡Tiene que ayudarnos!

—Vaya a tomar un baño helado —sugirió Doc—. Le refrescará la sangre.

Ben O’Gard escupió una retahíla de maldiciones. Parecía imposible que un solo hombre poseyese tan variada y completa colección de maldiciones.

—¡Qué se me oxide el ancla si no nos tiene usted en sus manos! —gritó al fin—. Haremos lo que usted nos diga. ¡Pero ayúdenos!

—Parece que embarrancamos —le dijo Doc—. No les ayudará de gran cosa el que yo coloque de nuevo la válvula.

—¡No me importa un pito la válvula! —rugió Ben
O’Gard
—. Ninguno de nosotros puede pilotar el hidroplano plegable. Tiene usted que remontarse y ahuyentar a los bandidos que nos están bombardeando.

—¿Quién les está bombardeando? —inquirió Doc.

—La banda de Keelhaul de Rosa; esa banda de piojos de cubierta.

Doc Savage reflexionó. La situación tomaba un nuevo cariz, del cual sus amigos podían aprovecharse.

Desde que el Helldiver zarpó de Nueva York, no hubo nada que indicara la presencia de Keelhaul de Rosa. Pero en aquel momento

se lo explicó todo.

Keelhaul poseía uno de los mapas del tesoro y consiguiendo un aeroplano voló al lugar del desastre del Oceanic. E intentaba exterminar a sus rivales.

—Apártese de la puerta —ordenó Doc Savage—. Voy a salir.

Los cerrojos del otro lado se descorrieron.

Doc Savage abrió la puerta.

Varios de los secuaces de Ben O'Gard le salieron al encuentro, pero ninguno de ellos levantó un arma.

El pánico se retrataba en sus lívidas y desencajadas facciones.

—Cuatro de mis hombres fueron barridos por la borda y se ahogaron —rugió Ben O'Gard—. Los desgraciados pueden despedirse de este mundo.

Los pistoleros abrieron paso a Doc Savage, que subió veloz a cubierta, sin olvidar llevarse consigo la válvula.

Los hombres de la tripulación preparaban con frenesí el hidroplano plegable.

Doc Savage escudriñó el cielo. En el inmenso espacio, de un gris plomizo, no se notaba la menor señal del aparato.

—¿Dónde está el aeroplano? —preguntó.

—Me figuro que regresó a tomar otro cargamento de bombas —gritó Ben O'Gard—. Debemos obrar con rapidez, amigo, sino ese maldito abejorro volverá antes que usted se remonte.

El Helldiver embarrancó, en efecto. La proa salía por encima del agua, mientras la popa estaba sumergida bajo la superficie.

Encontraban se rodeados de unas paredes de hielo. De ordinario habría sido puerto de refugio bastante cómodo. Pero el ataque procedente del aire convirtió el lugar de una verdadera trampa.

Doc Savage escudriñó el cielo una vez más, buscando a sus compañeros.

Ben O'Gard se encogió de hombros. La suerte de aquellos hombres, posibles adversarios, no le interesaba en absoluto.

—Lo último que vi de ellos —respondió—, fue que libraban un

combate contra el abejorro de Keelhaul de Rosa. —Levantó un brazo musculoso—. El estruendo desapareció por aquel lado.

Señalaba en dirección a la costa glacial de la tierra inexistente en los mapas.

Las facciones de bronce de Doc Savage permanecieron inalterables. Pero, en su interior, se sentía preocupado. El aeroplano, viejo y decrépito, de sus amigos, no era un avión de combate.

El diminuto aparato plegable estaba ya listo para remontarse.

—¡Remóntate, compañero! —gritó Ben
O'Gard
—. Que se me oxide…

Enmudeció de repente. Percibió el zumbido de un aeroplano.

—Ése es Keelhaul que regresa —bramó la vaca marina—. Date prisa, camarada. Nuestras vidas están en tus manos.

—Ojalá lo estuviesen —murmuró Doc. Luego, en voz alta—: Dadme vuestra mejor pistola ametralladora. Y arrojad las otras armas por la borda.

—Bah, no se preocupe, que desde ahora en adelante no le atacaremos —sonrió el capitán McCluskey—. Nos repartiremos como buenos amigos el tesoro…

—Arrojad las armas por la borda —repitió Doc—. De lo contrario, no monto el aparato. Lo dejo a vuestra elección.

Hubo protestas, pero el ruido del motor del aeroplano que se acercaba fue el argumento decisivo. Las pistolas, los rifles, los cuchillos y otras armas, fueron lanzadas al agua que les circundaba.

Doc Savage, esperó a que desapareciera la última arma.

Luego, su figura de bronce subió al aeroplano, cuyo motor runruneó como un gato enorme.

Se remontó, llevándose la válvula como medida preventiva.

No ascendió demasiado pronto. El aeroplano de Keelhaul de Rosa descendió de una manera vertiginosa, abriendo fuego con una ametralladora.

El aparato llegó a la región ártica preparado para sostener grandes luchas.

Llevaba un par de ametralladoras que escupían fuego por entre los propulsores.

Cada cuarta o quinta bala era un proyectil luminoso que dejaba un rastro de fósforo ardiendo. Salpicaron el agua bajo el diminuto aeroplano de Doc Savage. En el mar azul, antes de extinguirse, las balas luminosas resplandecían como una hilera de chispas diminutas.

Unas ígneas líneas de espeluznantes balas luminosas cruzaron centelleantes ante los ojos de Doc Savage.

El olor de los gases fosfóricos llegó hasta él.

El plomo perforó un agujero en el ala derecha. El aparato no resistiría muchas averías.

Doc inclinó el avión lateralmente. El diminuto aparato era ágil como una mosca, en las manos de su experto piloto.

El avión de Keelhaul de Rosa descendió con rapidez y furia. Sus descargas no hicieron blanco ninguna de las dos veces.

Ben O'Gard y su banda recogieron el fruto de todo el tiempo perdido protestando respecto a arrojar sus armas.

La demora podía ser fatal para todos, especialmente para Doc Savage, si no lograba remontarse a mayor altura.

El aeroplano de Keelhaul de Rosa voló sobre el Helldiver, arrojando un huevo metálico que provocó un torbellino en torno del submarino.

El agua se elevó unos setenta metros y una ola enorme ola se levantó en círculo.

El buque inclinóse presa de gigantescas sacudidas, quedando empinado como un renacuajo asomando en el agua.

Luego saltó del saliente donde estuvo unos instantes sosteniéndose.

Durante un largo minuto el Helldiver desapareció bajo el agua. Después reapareció flotando.

Doc Savage enfiló su aparato en dirección a su adversario. Si el tamaño del aeroplano hubiese sido de vital importancia, el combate habría sido ridículo.

Su aparato semejaba un gorrión al lado de un halcón, comparado con el otro.

La destreza y la serenidad son los factores más importantes en un combate aéreo.

No obstante, Doc sufría la desventaja de tener que pilotar su

aparato y disparar la ametralladora al mismo tiempo.

Se remontó por encima de su enemigo. Su ametralladora disparó una descarga estruendosa.

El aparato adversario dio un salto, como si estuviese herido.

Pero no se produjo ninguna avería seria. Los dos aparatos luchaban con prudencia.

El hidroplano de Keelhaul de Rosa era metálico y moderno. Poseía dos motores nuevos y de gran potencia.

Sólo dos hombres ocupaban el aparato.

Ninguno de ellos era Keelhaul de Rosa. Tenían el aspecto de aviadores profesionales de las regiones del Norte.

Probablemente Keelhaul los seleccionó para aquella empresa.

El vuelo para colocarse en posición estratégica terminó de repente. Un movimiento rápido de la muñeca de Doc, una presión suave con un pie y el diminuto hidroplano saltó como un novillo.

Era dudoso que los dos aviadores del aeroplano grande comprendiesen cómo se efectuó la operación.

Pero Doc maniobró con tal rapidez, que se lanzó sobre ellos, mientras el piloto le contemplaba aturdido.

La pequeña ametralladora de Doc Savage descargó una lluvia de balas que arrancaron las ventanillas de las cabinas del aeroplano enemigo y los anteojos del otro piloto.

El hidroplano se inclinó sobre un costado, luego se deslizó con suavidad y habría chocado con el aparato de Doc, de no haber virado a tiempo.

El segundo hombre del aparato de Keelhaul de Rosa tomó el mando.

De nuevo los aparatos se acechaban, cautelosos. Los motores jadeaban.

Aquel combate desarrollado en las frías soledades del Ártico, tenía la grandeza de una epopeya.

Doc Savage disparó una descarga que hizo saltar unos hilillos incoloros de líquido de las alas del otro aeroplano. Las balas acababan de perforar los tanques de combustible situados en las alas.

A su vez disparó una descarga que mordió parte de la armadura de su aparato. Después de esto, el aeroplano voló de una manera

extraña.

Surgió un nuevo contratiempo. Observó que el combustible se le acababa.

No hubo tiempo de cargar los tanques cuando se remontó.

Calculó unos quince minutos después de verse obligado a amarar. Sería mejor terminar la escaramuza aérea con rapidez.

Por segunda vez, su aparato hizo una maniobra desconcertante. Su ametralladora disparó y tocó las partes vitales del avión enemigo.

El aeroplano se empinó sobre su cola; luego cabeceó y se balanceó.

Finalmente se desplomó, herido de muerte, cayendo sobre una masa de hielos flotantes, con tal violencia, que hizo un agujero de metro y medio en el hielo.

Después de eso, sólo quedó un resto de metal y alambres sobresaliendo de la inmaculada planicie helada.

Doc Savage enfiló su aparato en dirección al lugar donde dejó el submarino, no tardando en encontrarle a través de la niebla gris.

Al fijarse con mayor atención para amarar, distinguió algo que le inquietó.

El Helldiver se dirigía en línea recta hacia alta mar o más bien hacia el mar cubierto de hielo. Todas las escotillas se veían cerradas.

La mano de Doc Savage se posó sobre la válvula del tanque. Si el submarino se sumergía con el tanque abierto, no saldrían jamás a la superficie.

¡El submarino se sumergió!

Doc Savage sobrevoló el lugar donde el Helldiver se sumergió bajo los hielos. El agua verde hirvió. Surgieron muchas burbujas.

Unos trozos de hielo se agitaban con viveza sobre la superficie.

Y aquello fue todo.

Las facciones broncíneas de Doc Savage permanecieron impasibles.

Apartando la vista de la escena de la tragedia, se remontó poco a poco, economizando el combustible.

Buscaba a sus amigos.

La perspectiva no era agradable. El aeroplano de sus

compañeros no era contrincante para el de Keelhaul de Rosa.

La niebla lo envolvía todo como una mortaja húmeda y repulsiva. El pequeño motor gemía en son de desafío. Pero su combustible iba agotándose de manera alarmante.

Escasamente le quedaba esencia para sostenerse unos minutos. Divisó de repente una figura humana diminuta que caminaba a cuatro patas, como una hormiga blanca en sus pieles claras.

Descendió a varios metros del hielo. Las erizadas moles se acercaban hambrientas a los flotadores y no las hirieron por centímetros.

El ser humano que se arrastraba se irguió de pronto. Era Víctor Vail y llevaba un bulto de seda blanca.

Doc comprendió por qué estaba allí Víctor Vail, llevando los pliegues del paracaídas. Sus compañeros presentaron batalla al aeroplano de Keelhaul de Rosa, haciendo antes descender a Víctor Vail con un paracaídas.

Querían alejarlo del peligro; eso era prueba de que comprendían que luchaban con desventaja.

La figura de Víctor Vail era un mal presagio para los cinco compañeros de Doc Savage. Significaba que sabían que iban al encuentro de la muerte.

Siguió volando hacia el lugar donde divisó al violinista, que se dirigía no hacia tierra, sino hacia la soledad gris del desierto de hielos polares.

Ello indicaba que tenía alguna meta.

Encontró dicho objetivo en breves segundos: hallábase a unas dos millas del lugar donde Víctor Vail avanzaba con fatigas.

Contempló un espectáculo horrible, como pocas veces contemplara en su vida de aventuras.

Sobre el hielo yacía un hidroplano destrozado. Era una masa de astillas y fragmentos. Un trozo de un ala humeaba aún.

Y poco más allá veíase una especie de lago entre los hielos, un trozo de agua donde se hundieron el motor, la armadura y las partes más pesadas del aeroplano.

Se imaginó lo sucedido. Unas balas incendiarias prendieron fuego a los tanques de combustible del anticuado aeroplano y se estrelló envuelto en llamas.

Las verdes y repugnantes profundidades del mar polar eran la tumba de lo que contuviera el aparato.

Doc Savage trazó un círculo lentamente.

El motor de su aeroplano tosió y luego se paró en seco.

XIII
Fantasmas de los hielos



El motor había consumido la última gota de esencia.

Doc Savage lo comprendió y viose obligado a descender planeando, pues de otra forma se hubiera estrellado contra las agudas aristas de hielo.

El único lugar de aterrizaje era el que tragó los restos del aeroplano pilotado por sus amigos. Y tenía la anchura de una calle y unos cincuenta metros de largo.

Produciendo un enorme chapoteo, los flotadores se posaron sobre el agua helada y se hundieron tanto, que el fondo del aeroplano se llenó de agua.

Doc Savage conocía que el amaraje sería desastroso y no se equivocó. El aparato se deslizó hacia el paredón de hielo. Doc saltó con rapidez del aeroplano.

Transcurrieron fracciones de segundo entre el tiempo en que el aparato se deslizó en el agua y el instante en que se estrelló contra el paredón de pétrea dureza.

Doc saltó a tiempo cayendo sobre el hielo y resbalando una docena de metros como si se deslizara sobre patines.

El aeroplano chocó con violencia y ruido que hacía recordar un montón de latas arrojadas contra una acera de cemento. El metal quedó roto o retorcido y el aparato se hundió.

Cuando Doc Savage dejó de patinar y dio media vuelta, el avión había desaparecido. El agua repelente hervía como un caldero horrible.

Una cantidad de grandes burbujas surgieron a la superficie con unos «
glo-glo
» espeluznantes, como si una cosa viviente se estuviese ahogando en las profundidades heladas.

Doc Savage se alejó. La válvula del submarino se hundió con el aeroplano, así como también la ametralladora.

Hallábase en las regiones árticas, con la sola defensa de sus músculos de acero y su fértil cerebro. No tenía provisiones, ni tienda de campaña ni cama ni bote con que cruzar las aguas que de vez en cuando aparecían entre los hielos.

Comprendía perfectamente su situación. Hallábase en unos parajes tan desolados, que de las innumerables expediciones que viajaban sobre los hielos, equipadas de magníficos equipos de perros y alimentos en abundancia, pocas escapaban de un final desastroso.

Sin embargo, Doc Savage conservaba la serenidad, no se entregaba a la desesperación.

Registró por los alrededores de los aeroplanos destrozados cerca de una hora. No halló ninguna señal de que sus cinco amigos vivían.

Y en consecuencia, se dirigió al encuentro de Víctor Vail.

El violinista era un hombre extraordinario, físicamente.

Había recorrido una media milla, cuando Doc Savage le divisó desde el aeroplano. Avanzaba jadeante, sollozando, tambaleándose, loco de contento de ver al hombre de bronce.

Doc Savage recorrió una distancia tres metros mayor que la que recorriera Víctor Vail.

—¿Y sus amigos? —jadeó el violinista—. ¿Los encontró a salvo?

Doc Savage meneó la cabeza en señal negativa.

—Encontré el lugar donde su aeroplano se hundió por un agujero en el hielo —respondió.

Víctor Vail murmuró desconsolado:

—Oí cuando el aparato se estrellaba. Me dirigía hacia el lugar del desastre. No vi la caída, porque me lo impidió la neblina. Pero los pistoleros de Keelhaul lo derribaron. Fue un combate terrible.

Doc Savage permaneció silencioso.

Víctor Vail continuó:

—Sus amigos me obligaron a descender en paracaídas, para salvarme la vida. Algunos de ellos pudieron escapar, pero decidieron luchar juntos, hasta el fin. Eran hombres valerosos.

Doc Savage continuó sin pronunciar palabra.

—¿Qué hacemos ahora? —preguntó Víctor Vail, al fin.

—Encontraremos al perdido trasatlántico, el Oceanic —repuso Doc—. Y daremos con Keelhaul de Rosa. Sus criminales fechorías no quedaran impunes.

La fría ferocidad de la voz del gigante de bronce estremeció al violinista.

Dirigiéndose hacia la tierra inexplorada. Era inútil permanecer allí lamentándose de lo irremediable.

Preguntó Víctor Vail.

—¿Y Ben O'Gard? ¿Debemos luchar todavía con él y su diabólica banda?

—El Helldiver —informó Doc—, se sumergió con todos los hombres a bordo. Tuve que llevarme la válvula.

Víctor hizo un gesto como si tirara algo y dijo:

—En ese caso nos hemos desembarazado de esa banda. El agua inundará al submarino por el agujero que dejó abierto la válvula.

La masa flotante de hielo se movió con estruendo. Observaron que empezaba a soplar un viento huracanado.

Tenían la sensación de que caminaban sobre la blanca y movible panza de un gigantesco monstruo helado.

Una grieta se abrió de improviso.

Víctor Vail se bamboleó en el borde de lo que sin duda hubiera sido su tumba, pero unos dedos de bronce le sujetaron a tiempo.

La grieta se cerró con igual rapidez como se abriera. Volaron en el aire unos trozos de hielo, al cerrarse la hendidura con estrépito.

—¡Qué región infernal! —murmuró Víctor Vail, temblando.

—Debe haber una fuerte tormenta por la parte Sur —comentó Doc Savage—. Esto produce un movimiento del campo de hielo. La marcha de la masa flotante fue increíblemente violenta. De vez en cuando surgían como por encanto unos bloques tremendos de hielo, semejantes a icebergs, algunos de varios metros de altura.

A veces se derrumbaban, amontonándose unos sobre otros, sin el

menor aviso.

El gigante de bronce salvó dos veces la vida al violinista.

—Jamás podré pagarle mi deuda de gratitud —murmuró el músico, emocionado.

—Olvídelo —repuso Doc, lacónico.

Al acercarse a la tierra, sucedió lo que pareció imposible: la marcha de la masa flotante se hizo más dura. Las regiones árticas sufrían una tormenta.

Estaban en pleno verano; el sol había brillado continuamente durante dos meses. El calor debilitó al hielo lo suficiente para que se rompiera bajo un golpe rudo.

Doc Savage tuvo que llevar en peso a Víctor Vail.

De vez en cuando los pináculos de hielo se rompían bajo el lugar mismo donde se hallaban.

Pero, de una manera milagrosa, el gigante de bronce siempre lograba sortear el peligro y salvar al violinista.

El aire estaba lleno de un rugido y estruendo ensordecedor, semejante al horrísono fragor de una furiosa batalla.

—Podrá usted contar a sus nietos —dijo Doc— que pasó el peor peligro que la Naturaleza puede ofrecer. No hay nada tan amenazador, tan espeluznante, como una tormenta en los hielos árticos.

Víctor Vail no respondió.

Doc Savage le miró, sorprendido de no recibir ningún comentario.

Los ojos del músico estaban bañados de lágrimas.

Las palabras de Doc Savage acerca de sus nietos, hicieron al violinista pensar en su hijita perdida, la pequeña Roxey.

Se encontraron en un verdadero infierno los siguientes minutos: un infierno de hielo y viento.

La presión iba arrojando a la masa flotante de hielos sobre la costa de la tierra inexplorada. La muerte horrible acechaba por doquier.

Doc Savage atravesó aquel infierno llevando a Víctor Vail bajo un brazo.

Las rápidas y sucesivas emociones agotaron las fuerzas físicas del violinista.

—Nos salvamos de este peligro —dijo Doc, con sequedad—. La tormenta explica la espesa niebla que hemos tenido estos últimos días.

Se dirigieron presurosos hacia el interior. Iban pisando hielo todavía. De vez en cuando, de aquella desolada blancura surgían unas montañas de negra e impermeable piedra.

El viento aullaba y gemía a intervalos. A veces, una ráfaga furiosa derribaba a ambos hombres como si fueran plumas.

Siguieron ascendiendo. El glaciar se hacía más delgado. La piedra negra se elevaba en mayor profusión.

Doc Savage se detuvo de repente.

—¿Qué sucede? —preguntó Víctor Vail, en voz baja, ignorando qué clase de peligro podría acecharles.

—Hay algo que nos viene siguiendo —respondió Doc.

Y al instante colocó a su compañero en una grieta conveniente.

—Permanezca aquí —ordenó al violinista—. No abandone este lugar. Podría extraviarse. Suceda lo que suceda, no se aparte de este refugio. Después vendré a buscarle.

La figura broncínea de Doc se perdió en el viento huracanado. Dirigióse veloz hacia la derecha.

Empezaron a caer unos copos de nieve a través del vendaval. Cuando Doc se arrimó a una roca a escuchar, los copos de nieve, duros como el granizo, sonaban como arena en la piedra.

No oyó nada y siguió avanzando. La nieve le impedía la visión a pocos metros de distancia; se introducía en sus pantalones de piel de oso y sonaba como un tiroteo en su rostro metálico.

De repente un movimiento borroso en el abismo que se abría ante él.

Lanzóse sobre el objeto moviente con el ímpetu de un poderoso cazador excazado.

¡Se había lanzado sobre un oso polar!

El animal, torpe de aspecto y en su andar, saltó al encuentro de Doc Savage.

Pero su velocidad era tan tremenda como su tamaño.

¡Era el matador más terrible de las regiones árticas!

El hombre de bronce intentó esquivarlo, pero el suelo estaba demasiado resbaladizo. ¡Y, resbalando, patinó derecho hacia el

abrazo del monstruo polar!

Algunos exploradores sostienen que el oso polar huye en presencia de un ser humano en lugar de atacarlo.

Otros citan casos de osos que atacaron a los hombres de una manera súbita e imprevista.

La verdad del asunto está probablemente contenida en las palabras de cierto famoso explorador.

—Depende del oso —dijo.

El plantígrado con que Doc se topó era del tipo agresivo.

Se empinó sobre sus patas traseras. Era mucho más alto que el hombre.

Alargó unos brazos monstruosos para abrazar el cuerpo de bronce de Doc.

Un golpe de una de aquellas garras habría aplastado a un búfalo.

Retorciéndose y esquivando, Doc Savage logró evadirse del abrazo mortal.

Sus dedos de bronce se hundieron en la piel del monstruo polar. Una sacudida y un salto relampagueante, lo llevaron al lomo del animal.

El puño de Doc descargó con fuerza explosiva, pareciendo hundirse unas seis pulgadas en la carne del animal.

Había asestado el golpe en un centro nervioso donde sus vastos conocimientos de jiu-jitsu le indicaron que tenía probabilidades de aturdir al animal.

El oso no estaba acostumbrado a esa clase de peleas. Aquella insignificancia humana, le pareció fácil presa.

El animal gruñó, mostrando unos colmillos terribles. Y luego, con una velocidad asombrosa, dio media vuelta.

Doc Savage permanecía agarrado a la espalda del animal. Se sostuvo allí gracias a la fuerza de los músculos de sus piernas. Tenía los brazos libres.

Golpeó al oso polar en la nuca. Lo golpeó de nuevo en un lugar más vulnerable, para abatirlo, pues de lo contrario no podría sostenerse mucho más en aquella violenta posición.

Gruñendo de una manera horrible, el terror de las heladas soledades del Norte cayó desplomado sobre el glaciar. El animal había encontrado un digno contrincante.

Doc pudo haber escapado con facilidad, pero no lo hizo. Necesitaban alimentos y ropas para dormir. En el oso tenían ambas cosas.

Sus puños metálicos descargaron una media docena más de golpes potentes.

El poderoso brazo derecho de Doc Savage se introdujo bajo la cabeza del oso, detrás mismo de las orejas.

Dio una sacudida. Oyóse un ruido sordo. El monstruo, grande y blanco, se estremeció de punta a punta.

El combate estaba terminado.

Sucedió un silencio absoluto, que sólo el gemido del viento huracanado interrumpía a intervalos.

¿Fue un sonido bajo y grave, gorgueante, que recordaba el canto de algún pájaro exótico, el que se mezcló con el gemido del viento?

¿O fue la nota melodiosa del huracán, atravesando los cercanos pináculos de roca y hielo?

Nadie hubiera podido decirlo.

El extraño ruido de Doc surgía a veces cuando acababa de realizar alguna hazaña prodigiosa. Sin duda alguna había entonces motivo para ello.

Ningún hombre, ningún ser humano, venció jamás a un enemigo más terrible.

Doc Savage llevó a rastras, deslizándolo, al enorme y peludo animal a un agujero de una roca cercana.

Encontró algunos peñascos para cubrir el agujero donde escondería al oso, que representaba el alimento y las ropas de cama tan necesarias en aquellos parajes desolados.

No quería que los congéneres de la víctima se lo robaran.

Fue luego presuroso en busca de Víctor Vail.

Llegó lleno de confianza al lugar que servía de refugio al violinista, a la profunda grieta entre los altos peñascos.

Su alegría se trocó en profunda sorpresa, y la sorpresa en horrenda angustia.

A diez pasos del lugar, una inmensa mancha roja se destacaba sobre la blancura de la nieve.

¡Sangre!

La fría temperatura endureció la sangre, coagulándola; los copos

de nieve se veían salpicados de rojo.

Examinando el hielo, que la nieve iba tapando, descubrió que ante la grieta se desarrolló una lucha furiosa.

¡Y Víctor Vail había desaparecido, sin dejar el menor rastro!

XIV
El buque fantasma



Doc Savage partió veloz, como galgo buscando una pista. Corrió en círculos cada vez más amplios.

Halló huellas débiles que conducían al interior de aquella tierra, que perdíanse a corta distancia.

Se puso a sotavento de un peñasco gigantesco, al abrigo de la tempestad de nieve.

Pensó que algún animal devoró a Víctor Vail. No encontró trozos de ropas, ni muchos charcos de sangre, como ciertamente habría visto de haber ocurrido tal cosa.

Pensó en otra cosa: en el repulsivo olor que fue lo primero que percibió su finísimo olfato.

Su cuerpo de bronce se estremeció. Aquel olor tenía una cualidad bestial, pero no parecía la de un animal ni tampoco era humano.

Poseía una cualidad repugnante, reminiscente de carroña.

Con tales características no podía tratarse del oso polar.

Encogiéndose de hombros, penetró en la sibilante tempestad de nieve y avanzó con dirección al interior.

El terreno ascendía. El glaciar se convertía en unos cuantos puntos de hielo dispersos. La misma nieve no permanecía en un sitio; tan grande era la velocidad del viento.

Cruzó un cerco. De allí en adelante, el camino formaba un declive descendente. La marcha era cuestión de desafiar a la fuerza del huracán.

La nieve hacía aquel lugar doblemente peligroso, constituyendo una amenaza, pues cubría las grietas y ello podía ocasionar una caída mortal.

Doc avanzó cauteloso.

Dentro de un día o dos, quizás dentro de una semana, cuando el viento huracanado cesase su violencia, también se dispersaría la niebla y el sol constante del verano ártico atacaría a la nieve, que se derretiría formando charcos y, en algunos lugares, lodazales.

Luego el frío le helaría y el glaciar engrosaría. Pues así se forman los glaciares.

De improviso percibió unos horribles crujidos y ruidos sordos. Aquella tierra inexplorada, sin marcar en los mapas, debía ser una estrecha cordillera proyectándose desde los mares polares.

Acercóse a la costa.

Un sonido espantoso le hizo pararse en seco. El ruido hendió el aullido de la tempestad de nieve. Le puso los pelos de punta.

¡Era el grito de una mujer!

Corrió con toda la rapidez posible hacia el lugar de donde surgiera el grito.

La nieve lo derribó de una manera inesperada.

Tan sólo un movimiento desesperado de su cuerpo hercúleo le salvó de una muerte cierta, pues estuvo a punto de caer en el abismo helado de la ancha grieta del fondo.

Continuó corriendo como si no se hubiese sacudido de encima las garras viscosas de la Muerte.

Ante sus dorados ojos surgió una masa blanca, semejante a un gigantesco iceberg arrojado sobre la costa. Pero tenía un aspecto extraño y fantasmal.

¡Era un buque!

¡El perdido Oceanic, cuyo casco recubría una gruesa costra de hielo!

Avanzó corriendo por el costado del casco, que se inclinaba lateralmente, pues sin duda se sostenía muy poco sobre su quilla. Corrió unos doscientos metros más.

Llegó a un objeto que pudiera haber sido un largo carámbano de nieve colgando de la baranda del trasatlántico.

Pero vio una cadena cubierta de hielo. Los eslabones parecían

una hilera de escalones, que permitieron a Doc subir.

El ascenso no fue fácil. La tempestad de nieve gemía y aullaba intentando lanzarlo de la presa en la cadena.

La mujer ya no gritaba.

Doc Savage saltó la barandilla. Ante sus ojos se presentó una escena de indescriptible confusión. Las escotillas, los cabrestantes y las bitas, se convirtieron en trozos de hielo.

Las jarcias fueron destrozadas mucho antes por los terribles elementos polares. Los mástiles, los estays, y los botalones, formaban una maraña sobre cubierta.

El hielo se había acumulado sobre ellos, en el transcurso de los años.

Era la cubierta de popa, y presentaba un aspecto horrible y desolado. El huracán gemía como una horda de animales hambrientos.

Llegó a una escotilla que desafió a su fuerza terrible, los años la convirtieron en una especie de cemento. Viendo inútiles sus esfuerzos, se deslizó hacia la popa.

Una escala le atrajo y descendió a un camarote. La nieve invadió su interior, y las temperaturas glaciales se convirtieron en un bloque de hielo de brillantes y pulidos reflejos.

Probó otro camarote. La puerta permanecía cerrada y resistió su formidable empujón.

Con el puño cerrado golpeó con toda su fuerza la endurecida madera y, después de varios esfuerzos, la puerta se hundió.

Al penetrar en el interior, percibió un olor muy fuerte: el mismo olor de las cosas que les acecharon en el glaciar.

Reinaba una densa oscuridad en el interior del camarote donde se encontraba. Los muebles lujosos yacían destrozados por el suelo.

Algún monstruo fantástico debió destrozarlo, cual si intentase hacer un nido.

Distinguió unos huesos de oso y de foca sobre la medio derrumbada litera; algunos de ellos, todavía medio recubiertos de carne.

Otros eran pulidos esqueletos. Doc avanzó y empujó una puerta que se veía al otro lado de la habitación.

Percibió un movimiento furtivo y avanzó en dirección al sonido.

Oyó un ruido chillón, como de rata, y una puerta se cerró con estrépito.

Asestó un golpe a la puerta, que era metálica, intentó también arrancar la cerradura, pero tampoco tuvo éxito.

Buscó otra ruta para continuar la persecución. Una escala le condujo a una cubierta inferior.

Reinaba mayor oscuridad allí. Parecía como si la negrura de la noche ártica se hubiese refugiado en aquel reducido lugar.

Sacando una linterna del bolsillo, avanzó enfocando un destello de luz a su alrededor, deteniéndose a menudo para escuchar.

El buque abandonado parecía estar lleno de siniestros rumores, pisadas y cosas arrastrándose. Una vez resonó con estrépito la puerta de un mamparo.

Percibió de nuevo otro de los chillidos de rata.

No podía asegurar si aquel chillido era humano. Flotaba en el aire un ambiente de tragedia tan definido que, a pesar suyo, Doc se sentía impresionado. El extraño olor, parecido al de flores, era mucho más fuerte.

Llegó a un largo pasillo pintado de blanco y de allí pasó a un comedor de tercera.

Sus ojos contemplaron un espectáculo que hubiera hecho estremecer a cualquier otro hombre. Pues era la explicación de la pérdida del Oceanic.

El comedor estaba lleno de cadáveres de los pasajeros y de la tripulación del malhadado buque. Las balas realizaron la obra, y el frío del Norte mantuvo inviolada aquella escena de matanza.

Doc pensó en Víctor Vail. ¡Eso fue lo sucedido mientras el ciego estuvo inconsciente!

Los piratas, fieras humanas, se apoderaron del Oceanic. Hicieron una verdadera carnicería. Ni las mujeres ni los niños se libraron de la horrible suerte.

Keelhaul de Rosa, Ben O'Gard y Dinamita Smith, eran los criminales culpables de aquella terrible matanza.

Y, como verdaderos corsarios, disputaron sobre el botín. El suceso podría haberse sacado de las crónicas de otro siglo y trasplantarlo a nuestra época.

Doc Savage abandonó en silencio aquel cementerio, cuyo secreto

tan celosamente guardaban los hielos inexplorables.

Por el perdido trasatlántico oíanse aún unos sobrenaturales cuchicheos y pisadas. Sin embargo, no vio nada.

Parecía que las almas atormentadas de los asesinos celebraban un cónclave espectral.

Pero se percibía el olor de cosas vivientes.

Penetró en otro salón del buque. Su linterna descubrió un movimiento furtivo, pero sin precisar lo que era.

La cosa se ocultó tras los muebles macizos antes que la luz del hombre de bronce pudiera revelarla.

Avanzó cauteloso arrimado a la pared. No le hacía frente ningún animal, pero la soledad y la visión de los cadáveres le hacían estremecerse como si presintiese un hálito de frío de pesadilla.

Lo que sucedió después llegó sin el menor ruido.

Algo, suave y cálido, le tocó el cuello bronceado. Luego le rodeó con fuerza el cuello.

Doc efectuó uno de los movimientos más rápidos de su carrera. Giró, veloz, esquivando, pero no pudo levantar a tiempo el destello de su luz. Sólo vio una puerta cerrada.

Intentó abrirla.

¡Chog! Un objeto duro le golpeó en la espalda con fuerza terrible.

Cayó al suelo, pero sin soltar la lámpara de bolsillo. Enfocando la luz sobre el lugar, distinguió una docena de figuras horribles saltando hacia él, con no muy buenas intenciones. Lanzó un suspiro de alivio, pues la aparición de aquellos hombres disipaba el aire siniestro de enemigos sobrenaturales cerniéndose sobre el trasatlántico.

Eran esquimales.

Al comprobarlo, apagó la luz. Se trataba de una situación que podía afrontar con facilidad.

Deslizóse hacia un lado al mismo tiempo que una avalancha de cuerpos se lanzaba sobre el lugar que acababa de dejar vacante.

Unas porras —pues una porra lanzada le golpeó la espalda— pegaban con fuerza. Un esquimal o dos chillaron de dolor al recibir los porrazos. Al parecer, emitían los penetrantes chillidos para expresar dolor o excitación.

Los esquimales estaban estupefactos. Su respiración, era violenta y jadeante. Sus atrasadas mentalidades no llegaban a concebir la ligereza de un cuerpo humano.

—¡Tarnuk! —gimió uno de los asustados esquimales.

Esto dio a Doc Savage la clave del dialecto que hablaban. La palabra «tarnuk», significaba *el alma de un hombre*.

¡Doc eludió con tanta rapidez la embestida, que uno de los esquimales, sobrecogido de espanto, murmuró que debía ser un fantasma!

—¡Chimo! —les dijo Doc en su lengua—. Bienvenidos. Sois mis amigos. Pero tenéis una manera extraña de recibirme.

Esta amistad era sin duda nueva para los esquimales, pero Doc pensó que no perdería nada con probar de presentarse de esta forma cordial. Hablaba varios dialectos esquimales, dominando a la perfección el innuito, el yuit y el aleuto, entre otras lenguas a las que dedicó años de estudio intenso.

Pero su intento fracasó.

Los esquimales, chillando en masa, se lanzaron sobre él asestando golpes furiosos en el vacío o los unos sobre los otros por accidente.

Desde una distancia de unos diez metros, enfocó la luz de su lámpara sobre la masa entremezclada de esquimales apaleándose.

Tenía a su lado un sillón muy grande y levantándolo arrojólo con todas sus fuerzas en medio de los combatientes, quienes cayeron en montón unos sobre otros.

Los que pudieron, levantaron un terrible griterío.

Llamaban pidiendo auxilio a otros esquimales que sin duda estarían dentro o cerca del buque.

Doc Savage comprendió que no le sacaría de ningún apuro luchar contra un ejército.

Era por completo innecesario: además, deseaba congraciarse con los grasientos individuos, procurando sacar algunos informes.

Se dirigió con rapidez hacia la escalera con el propósito de salir de aquel lugar. Pensó un instante en la cosa extraña que le tocara el cuello. No fue ninguno de aquellos esquimales de olor extraño. Olvidó este misterio enseguida.

La escalera hacia la cual se dirigía, se llenó de esquimales

grasientos y hostiles que le cortaban la retirada.

Ya no había más remedio que luchar.

Cuatro de los esquimales llevaban unas lámparas. Doc extrañó de donde pudieron sacarlas.

—¡Estáis equivocados, hijos míos! —exclamó en su dialecto—. Vengo en son de paz.

—Tú eres un «tongak», un espíritu maligno enviado por el jefe de todos los seres malignos, con la intención de hacernos mal —cloqueó un individuo de aspecto repugnante.

Doc estornudó. No había olido nunca un esquimal tan aromático como aquellos individuos… y los esquimales son, en verdad, malolientes.

—Estáis equivocados —repitió—. Vengo sólo a haceros bien.

Los esquimales hablaban entre ellos sin dejar de acercarse al gigante de bronce. Le juzgaban un enemigo, pero el hecho de hablar su propia lengua les desconcertaba.

—¿De dónde vienes? —interrogó uno.

—De una tierra del Sur, donde siempre hace calor.

Vio que no le creían. Aquellos individuos no podían creer un hecho que desconocían por completo.

Uno agitó un brazo de una manera expresiva.

—No existe semejante tierra —afirmó, rotundo—. La única tierra aparte de ésta es Nakroom, el gran espacio más allá del cielo.

Doc comprendió que no habían oído hablar de Groenlandia ni de ningún país situado al Sur. Era una de las tribus más atrasadas que existía.

—Muy bien —insistió Doc—. Vengo de Nakroom. Y vengo a hacer bien.

—Hablas con una lengua maligna —le informaron—. Sólo los «tongaks», los malos espíritus vienen de Nakroom.

Doc Savage decidió abandonar el tema. No tenía tiempo de convertir sus creencias religiosas.

Observó sus armas. Llevaban arpones con correas de pelo de foca dobladas en sus puntas desmontables.

Algunos empuñaban oonapiks, lanzas de caza cortas. También se veían algunas bayonetas, evidentemente cogidas del Oceanic. No vio ningún arma de fuego.

También empuñaban látigos corrientes para los perros, armas no menos peligrosas. Doc Savage no ignoraba que un esquimal armado de uno de esos látigos podía cortar el cuello de un hombre a una distancia de cinco pasos.

Dar latigazos a objetos distantes con los látigos para perros, era uno de los deportes más apreciados de los esquimales.

—¡Matadlo! —instó el jefe de esquimales—. Es sólo un hombre. Será fácil.

El innuito cometía un grave error, el mismo error en que los enemigos de Doc solían recurrir.

El hombre de bronce cogió una mesa redonda que le serviría de escudo contra cualquier arma que sus enemigos tuviesen.

Cogió una silla y la arrojó sobre los esquimales. Tres de ellos, que no tuvieron tiempo de esquivar, fueron abatidos.

Una lluvia de arpones y lanzas se clavaron en la mesa.

Doc lanzó dos sillas más y retrocedió a un lugar lejos de la lámpara más cercana. Bajó la mesa para que pensaran que estaba detrás.

Luego, agachándose, se alejó sin ser observado.

Los esquimales se abalanzaron contra la mesa, dispuestos a terminar con su contrincante. Al no encontrarle, prorrumpieron en alaridos de furia.

Los aullidos se convirtieron en gritos de dolor cuando los cazadores empezaron a caer bajo los golpes de los puños de bronce.

Un innuito acometió con un arpón a Doc, quien, arrancando el arma de las manos del individuo, se lo rompió en la cabeza.

Un poderoso látigo le cortó la caperuza de su parka, cual si la cortaran con un cuchillo.

El gigante de bronce retrocedió. Las lanzas y las bayonetas lo respetaron por milagro. Su sobrenatural habilidad empezó a producir efecto.

Los esquimales se contemplaron asustados.

—En verdad, es un «tongak», un mal espíritu —murmuraron—. Ningún otro sería tan difícil de matar.

—¡Lo atacaremos todos a la vez! —ordenó el jefe, algo escéptico en cuestiones de religión.

Apenas pronunció estas palabras, cuando rodó inerte por el

suelo frente a la silla que lo abatió.

El daño estaba hecho. Los innuitos acometieron en grupo.

Habían encontrado la única posibilidad de reducir a Doc. Eran alrededor de cincuenta hombres, bajos y gruesos, fuertes y feroces luchadores.

Profiriendo locos y espeluznantes alaridos, se abalanzaron contra el poderoso hombre de bronce.

Doc retrocedió paso a paso, sin perder de vista a los esquimales que iban acercándose. Con los músculos en tensión se preparó para el ataque supremo.

La situación hacíase desesperada.

En su lento retroceso, tocó por fin con la espalda un objeto sólido. Era un mamparo providencial que le evitaría ser rodeado de enemigos.

No prestó gran atención al hecho de que se hallaba cerca del lugar donde el objeto extraño, blando y cálido, se le posara sobre el cuello.

Comprendiendo que se les escapaba su presa, los horribles innuitos, lanzando gritos y aullidos espeluznantes, se dispusieron a atacar.

Una puerta se abrió junto al acorralado Doc. Una mano fuerte y suave surgió al exterior, asiéndole el brazo.

Era la mano inconfundible de una mujer blanca.

XV
La diosa ártica



Doc Savage cruzó la puerta y vio a la muchacha.

Era alta. Era lo único que podía decirse de su figura, pues vestía las ropas de las regiones árticas: mocasines que le llegaban a las rodillas, la parte superior decorada con el pelo largo del oso polar; pantalones de piel de liebre ártica, una especie de camisa de piel de pingüino y una parka, una chaqueta con una caperuza.

Pero su rostro era diferente. Vio lo bastante para decir que era una criatura de esplendorosa belleza.

Ojos seductores, una naricilla exquisita y empinada, labios atractivos como los pétalos de una rosa roja.

Doc enfocó la luz de su lámpara sobre la maravillosa criatura y observó algo que deseaba contemplar.

Tenía la joven el cabello blanco o mejor dicho, de un color semejante al marfil. La muchacha era una rubia perfecta.

Doc pensó al instante en Víctor Vail. El violinista tenía la misma clase de cabello; quizás algo más pálido.

—Me ha hecho usted un gran favor, señorita Vail —dijo Doc.

La joven, dando un respingo, se llevó las manos a la boca. No llevaba mitones. Sus manos eran largas y bien formadas, de cutis aterciopelado.

—¿Cómo…?

—¿Cómo supe que era Roxey Vail? —interrumpió Doc—. No puede negar el próximo parentesco. Es usted el vivo retrato de su padre.

—¡Mi padre! —exclamó la joven—. ¿Lo conoció usted? ¿Dónde está?

Doc recordó aquel charco escarlata en el hielo, cerca del lugar donde Víctor Vail desapareciera. Cambió de tema.

—¿Escapó alguien más, aparte de usted, de la matanza a bordo del Oceanic?

La muchacha titubeó.

Doc enfocó la luz sobre su propio rostro. Comprendía que la muchacha dudaba de sí podía confiar en él.

—Mi madre sobrevivió —respondió la muchacha, tranquilizada por el rostro noble y sereno de su interlocutor.

—¿Vive?

—Sí.

Los enfurecidos esquimales golpeaban la puerta del mamparo, gritando y aullando como fieras chasqueadas.

La hermosa Roxey Vail se acercó de repente a Doc Savage. Parecía imposible que en el rudo y horrible ambiente que fue criada, conservase unos gestos de tan exquisita delicadeza.

Temblorosa, preguntó:

—¿No dejará usted que me maten?

Doc Savage la rodeó con su brazo de bronce.

—¡Qué pregunta! —exclamó, sonriendo—. ¿No tiene usted fe en los hombres?

La muchacha se estremeció y repuso:

—No en los que he visto recientemente. Mi vida no ha sido nunca muy apacible, pero jamás presencié los horrores de estos últimos días.

—¿Qué quieres decir?

—¿Sabe por qué le atacaron esos esquimales? —replicó la joven.

—No —declaró Doc—. Me sorprendió; los esquimales no suelen ser muy guerreros. Tienen bastante con pelear contra el clima del Norte.

—Le atacaron porque…

Un golpe terrible en la puerta la interrumpió. Los innuitos estaban destrozando la puerta.

—Será mejor que nos alejemos de aquí —murmuró Doc.

Cogió a la muchacha por un brazo. La joven, alarmada por aquel

gesto, intentó resistir, creyendo que Doc llevaba intenciones aviesas.

Mas al comprender que la llevaba para alejarse con mayor rapidez del lugar, cesó la resistencia.

Doc se dirigió hacia la popa.

—¿No ha visitado usted con frecuencia este buque de la muerte, durante los años pasados? —preguntó.

La muchacha meneó la cabeza en señal negativa.

—No, he venido aquí en escasas ocasiones.

Llegaron a un salón grande y vacío, situado en el centro del barco.

Doblando a la izquierda, descendieron por una escala y luego penetraron en un pasillo.

Hallaban se entonces ante la cámara acorazada del buque. El lugar donde se guardaban las cuantiosas riquezas que despertaron locas ambiciones.

Lanzó una mirada a la enorme cámara acorazada y dejó a la muchacha.

La muchacha se le acercó lentamente, mirándole extrañada.

—Lo siento —se excusó Doc, señalando hacia la cámara acorazada—. ¿Hace mucho que está vacío eso?

—Desde que tengo uso de razón. Jamás vi que contuviera nada.

—¿Quién se llevó el oro y los diamantes?

La joven estaba sorprendida.

—¿Qué oro y qué diamantes? —interrogó, recelosa, sintiendo que la duda nacía en su pecho, acerca del estado mental de su compañero.

Doc Savage sonrió con sequedad:

—No sé qué decirle. Pero en el fondo de toda esta aventura hay cincuenta millones de oro y diamantes. Si el buque llevaba ese cargamento, debería estar en la cámara acorazada. Pero no está ahí. Eso significa… ¡Hum!

Encogiéndose de hombros, añadió: —En verdad, no sé lo que esto significa.

Miró a su alrededor comprobando que el lugar, era tan seguro como cualquiera otro durante un rato. Los esquimales tardarían algunos minutos en encontrarlos.

—Comenzó usted a decirme por qué me atacaron los innuitos —

indicó a la muchacha—. ¿Quiere explicarme el motivo?

—Le contaré a usted mi historia desde el principio —replicó Roxey, rápida—. Creo que hay tiempo. Mi madre y yo escapamos a la matanza a bordo del Oceanic, al huir descolgándonos por medio de una cuerda por el costado del buque. Nos habíamos separado de los otros pasajeros, pues buscábamos a mi padre, que desapareció de una manera misteriosa el día anterior.

»Nos escondimos en tierra. Observamos que los amotinados partieron, llevándose a un hombre en un trineo. Hasta que fue demasiado tarde no comprendimos que aquel hombre era mi padre.

La muchacha calló, mordiéndose los labios y secándose los húmedos ojos.

Doc Savage hizo un gesto de impaciencia.

—Oh —continuó la muchacha—. Me olvidaba decirle quienes cometieron aquella matanza. Los cabecillas de los amotinados se llamaban Ben O'Gard, Dinamita Smith y Keelhaul de Rosa…

—Conozco todo eso —interrumpió Doc—. Cuénteme su historia.

—Mi madre y yo —prosiguió la joven—, conseguimos víveres del buque, cuando los rebeldes se marcharon. Construimos una choza rústica en tierra. No podíamos permanecer en el buque, aunque estaba sólidamente embarrancado y no ofrecía peligro. Pero más que a las tormentas del mar, temíamos el regreso de aquellos miserables asesinos. Además, no podíamos soportar el espectáculo de todos aquellos cadáveres insepultos.

—¿Cuándo llegaron los esquimales? —preguntó Doc.

—Un mes después de la partida de los amotinados. Los esquimales vivían en esta región. Habían estado ausentes de caza.

La muchacha esbozó una sonrisa temblorosa:

—Los esquimales nos trataron de una manera maravillosa. Creyeron que éramos espíritus blancos buenos que les habían traído grandes provisiones de leña y hierro en la forma de un trasatlántico. Nos consideraron, a las dos, como diosas blancas, tratándonos como a tales. Pero rehusaron dejarnos marchar. En cierto sentido, éramos prisioneras. Luego, hace unos cuantos días, ¡los hombres blancos llegaron!

—¡Ah! —exclamó Doc—. Empiezo a comprender.

—Estos hombres eran supervivientes de la tripulación amotinada —explicó la muchacha—. Keelhaul de Rosa los capitaneaba. Llegaron en un aeroplano. Visitaron el trasatlántico embarrancado y, después, salieron furiosos, maldiciendo como demonios.

—Me imagino su mortificación —sonrió Doc Savage—, cuando entraron que el tesoro había desaparecido. Tantos contratiempos y dificultades para un fracaso tan rotundo.

—Dieron bebidas a los esquimales —continuó Roxey Vail—. Y luego les proporcionaron algo peor, algo que los enloqueció: unos polvos blancos.

—¡Estupefacientes! ¡Malditos ratas! —gruñó Doc.

Mi madre y yo nos asustamos —prosiguió la muchacha—. Nos retiramos a un pequeño escondite que teníamos preparado para un caso semejante. Ninguno de los esquimales conoce donde está situado.

»Hace cosa de una hora, vine al trasatlántico, pues necesitábamos alimentos. Hay todavía bastantes provisiones a bordo, conservadas por el frío intenso. Durante estos años, excepto las ofrendas de carne fresca, nuestro único alimento ha consistido en conservas de todas clases.

»Oí a los esquimales subir a bordo y los espié. Les acompañaba un prisionero de nuestra raza, un hombre blanco de cabellos como el algodón. Noté algo extraño en él, como si lo hubiese visto anteriormente.

—Era usted muy pequeña cuando quedó perdida aquí, ¿no es cierto? —preguntó Doc, en tono suave.

—Sí. Tenía muy pocos años. Los innuitos hablaron de matar al hombre de los cabellos blancos. No comprendo el motivo, pero me horroricé. Creí volverme loca. Grité y… vino usted.

—La oí gritar —murmuró Doc, contemplando a la muchacha. Luego añadió—: El hombre del cabello blanco era su padre.

Sin el menor sonido, Roxey Vail se desmayó. Doc Savage la cogió a tiempo, antes de caer al suelo.

Mientras sostenía en sus brazos el cuerpo desvanecido de la exquisita muchacha, Doc Savage pensó si sería el hecho de que Víctor Vail, el hombre de los cabellos blancos, hubiese sido

asesinado lo que produjo su desmayo.

Por lo que sabía ella, no era el tipo de mujer que se desmayase con facilidad.

Oyó que los esquimales se aproximaban. Realizaban la búsqueda de una manera torpe y ruidosa. Seguros de su fuerza numérica, no empleaban la menor astucia.

Salió de la cámara acorazada llevando a la muchacha desvanecida en los brazos. Silencioso como una sombra, descendió por un pasillo.

Llegó a un canasto de ropa, que estaba en perfecto estado y aún contenía algunas prendas de vestir y juegos de cama.

Sacó las ropas y colocando dentro con suavidad a la muchacha, cerró luego la tapa. El canasto era lo bastante grande para ocultarla y permitirle respirar con desahogo.

Luego, avanzó al encuentro de los esquimales. Aquella situación indefinida no podía prolongarse.

Sacó de un bolsillo una cajita, con cuyo contenido hizo una operación.

Penetró en un camarote y esperó la primera oportunidad de poner en práctica su plan para desembarazarse de sus perseguidores.

Pasó el primer esquimal. La mano bronceada de Doc surgió con la rapidez de una serpiente de la puerta del camarote. Las puntas de sus dedos apenas tocaron la grasienta mejilla del innuito, que al instante cayó de bruces.

Doc Savage salió veloz del camarote. Sus dedos rozaron ligeramente el cutis de un segundo esquimal, luego otro… y otro.

Puso fuera de combate a cinco antes que pudieran defenderse.

Los cinco hombres que experimentaron el toque del hombre de bronce, parecieron dormirse de repente de pie.

Era la misma clase de magia que usó contra los *gangsters*, en la ciudad de Nueva York. Los innuitos vieron a sus compañeros desplomarse de una manera misteriosa y comprendieron que el sólo toque de aquel poderoso gigante de bronce, era desastroso.

Olvidaron la lucha y huyeron de una manera ignominiosa, amontonados sobre cubierta.

Tropezaron con las jarcias y a la manera de las almas

supersticiosas, en cuanto volvieron la espalda al peligro, éste creció en proporciones gigantescas.

En su loco afán de escapar de aquel misterioso y desconocido poder, se lanzaron ciegamente, diseminándose sobre cubierta, resbalando y tropezando a cada paso. Dos perecieron al tirarse de la helada barandilla del trasatlántico al endurecido glaciar del fondo.

Durante unos segundos sus figuras grotescas y diminutas pusieron una nota de velocidad y rapidez, entre los útiles del abandonado trasatlántico.

Breves instantes después, el último innuito era devorado por la sibilante tempestad de nieve.

XVI
El imperio del frio



EL perdido trasatlántico Oceanic yacía como una cosa muerta.

Es cierto que el viento seguía silbando su desolada canción de muerte en la selva de jarcias derrumbadas y cubiertas de hielo.

La nieve endurecida producía un modulante tintineo, una sinfonía de majestuosa grandeza, cuando el vendaval la lanzaba contra el casco del buque.

Pero desaparecieron los fantasmales cuchicheos y ruidos de pisadas que ponían los pelos de punta.

Doc Savage descendió al interior del buque, moviéndose silencioso, como era su costumbre cuando pisaba las rutas del peligro.

La luz de su lámpara de bolsillo registraba con minuciosidad todos los rincones sin descuidar lugar alguno.

Distinguió por casualidad una botellita gruesa y casi cuadrada. No la cogió, pero examinó atento la etiqueta.

Era una botella de perfume. Había otras dos, parecidas, algo más abajo.

Aquélla era la explicación del olor a flores de los esquimales, que antes le desconcertaba. Al olor característico del sudor y suciedad que les era innato, añadieron aquel perfume.

Abrió acto seguido el canasto donde dejó a la desvanecida Roxey Vail.

Con gran sorpresa por su parte, lo encontró vacío. Arrodillándose, proyectó la luz de su lámpara sobre la alfombra del

suelo del pasillo.

Las huellas de la muchacha indicaban que se dirigió hacia la proa, sola.

Aquello era prueba de que los esquimales no se apoderaron de ella.

—¡Roxey! —llamó.

El grito dominó los aullidos de la tempestad de nieve de una manera sorprendente. Su voz, sin ser estridente, tenía una nota de clarín que la hacía más claramente audible.

—¡Aquí estoy! —respondió la voz de la muchacha—. ¡Estoy buscando a mi padre!

Doc corrió presuroso al lado de la joven cuyo rostro pálido llevaba una expresión de terror.

—¡Se llevaron a mi padre! —exclamó con voz quebrada—. ¡Lo tuve cerca de mí, y no pude abrazarlo!

—No lo tenían cuando huyeron hace un momento —le aseguró Doc—. Los estuve observando con atención. No se aflija de esa manera, estoy seguro de que no le retienen prisionero.

El terror de la muchacha se convirtió en asomo.

—¿Huyeron? —murmuró—. ¿Por qué?

Doc no respondió. La manera como producía aquel misterioso desvanecimiento con un simple toque, constituía un secreto conocido tan sólo por él mismo y sus amigos.

—Los esquimales debieron llevarse a su padre antes de atacarme —dijo.

Dio una media vuelta rápida. El brillo de la luz de la lámpara iluminaba los paneles del perdido trasatlántico, tornando su figura de bronce más gigantesca aún. Sus ojos de dorados reflejos chispeaban.

—¿Dónde va? —inquirió su bella compañera.

—A buscar a Víctor Vail —replicó Doc—. Se lo llevaron y eso indica que vive todavía. Sin duda lo condujeron a presencia de Keelhaul de Rosa.

Roxey Vail quiso acompañarle y se vio obligada a correr para poder seguirle.

—No me ha dicho todavía cómo está usted aquí —le recordó la muchacha.

En breves frases, mientras subían a la cubierta del perdido trasatlántico, Doc le habló del mapa trazado en la espalda de su padre y que sólo podía verse con rayos X, para apoderarse del tesoro de los cincuenta millones de dólares.

—Pero ¿dónde está el tesoro? —preguntó la muchacha.

—No tengo la menor idea de lo que hizo de él —repuso Doc—. Keelhaul de Rosa esperaba encontrarlo en la cámara acorazada, a juzgar por sus acciones, que usted me describió. Además, al parecer, sospecha que los esquimales lo trasladaron. Por ese motivo les dio bebidas. Quería emborracharlos para sonsacarles dónde lo escondieron.

—No se apoderaron de él —afirmó Roxey Vail—. Lo trasladaron antes que los amotinados abandonasen el buque, hace más de quince años.

Hallabanse en la cubierta. Doc Savage se acercó a la barandilla, buscando un cable con el cual saltar al caótico amontonamiento de hielos que rodeaba al buque como una muralla protectora.

Roxey Vail estudiaba con curiosidad a Doc. En sus facciones perfectas apareció un ligero rubor. La joven diosa del ártico sentía nacer en su pecho un dulce sentimiento hacia aquel hombre perfecto.

—¿Por qué está usted aquí? —le preguntó, con brusquedad—. No parece estar afectado de la locura del oro, que tantos males produce.

Doc se encogió de hombros. Hallaron un cable colgando, que terminaba a unos tres metros del suelo.

Llevando a la muchacha en la espalda, descendió con cautela por el único camino que le facilitaba el acceso a tierra firme.

Un instante después, sus ojos alerta les salvaron la vida.

Una descarga de balas de rifle hendió el espacio que acababan de dejar.

Los esquimales regresaron, acompañados de Keelhaul de Rosa y cuatro o cinco de sus pistoleros.

Después del movimiento relampagueante que les salvara la vida, Doc Savage continuó avanzando echó la blanca caperuza de la parka de la muchacha sobre su rostro, para ocultar el cálido color de sus mejillas.

Y él se cubrió perfectamente con su propia parka por la misma razón.

Quería dejar a la muchacha en lugar seguro. Luego celebraría un carnaval sangriento en el glaciar, con Keelhaul de Rosa y su banda de desalmados pistoleros.

Keelhaul de Rosa sería castigado por su participación en los feroces asesinatos del Oceanic; esto era seguro, mientras quedara un soplo de vida en el cuerpo bronceado de Doc Savage.

Retumbó otra descarga. Los disparos sonaban en el clamor de la furia tempestad de nieve. Pero el plomo silbaba demasiado cerca de Doc Savage y su compañera.

Los dedos de Doc se introdujeron en su holgada parka y sacaron un objeto poco mayor que un cartucho de rifle. Oprimió una palanquita en aquel objeto y luego lo lanzó sobre los atacantes.

Al instante surgió una chispa deslumbradora. El glaciar entero pareció levantarse unos dos metros de su nivel normal.

Luego se oyó una explosión que los miles de ecos fueron repercutiendo hasta perderse en lo infinito.

Después sucedió un impresionante silencio.

Surgió un coro de gritos de espanto y agonía. Algunos de los alcanzados quedaron fuera de combate. Los nativos sentían un terror vago e inexplicable.

—¡A ellos! —rugió una voz bronca—. ¡Que me ahorquen si voy a dejarlos escapar ahora! ¡Adelante!

Era la voz de Keelhaul de Rosa.

Una nueva descarga de plomo barrió la superficie del glaciar, donde Doc y su compañera se encontraban. Era imprescindible encontrar un refugio para la joven.

Doc introdujo de pronto a la muchacha bajo un montón de nieve.

—Permanezca aquí —le ordenó—. Puede usted respirar bajo la nieve y no la descubrirán.

—Haré lo que usted diga —prometió la muchacha.

El gigante de bronce sonrió para darle confianza. Breves instantes después la tormenta de nieve lo engullía.

Keelhaul de Rosa estaba furioso.

—¡Desgraciados —bramó!—. ¡Que me pasen por debajo de la

quilla si no habéis estropeado la ocasión! ¡Ese maldito hombre de bronce estaba en vuestras manos y no lo acribillasteis!

—Te dije que ese pájaro era un diablo —murmuró un pistolero —. No es un ser humano. Desde la noche en que nos amarró delante de aquella sala de concierto, no hemos podido echarle la mano encima.

Otro pistolero se estremeció. Era más grueso que Keelhaul de Rosa y que los otros *gangsters*. Se sospechaba que llevaba sangre de esquimales en las venas.

En realidad, aquel malhechor fue reclutado en Groenlandia. Conocía el Ártico y servía de intérprete a la banda en todas las negociaciones con los esquimales.

—Por poco nos liquida a todos esa explosión —gimió el hombre —. Espero que atrapemos a ese individuo muy pronto, pues de lo contrario…

—¡Dispersaos! —rugió Keelhaul de Rosa—. Cazaremos a ese pájaro.

Los esquimales se abrieron en forma de abanico. Los blancos permanecieron agrupados para defenderse mutuamente.

Un esquimal se alejó a corta distancia de los otros y se extravió en una masa de nieve arrastrada por los vientos.

No percibió que una porción parecía levantarse tras él como una visión espectral y no sospechó ningún peligro hasta que unos dedos de bronce, duros y helados, le tocaron las grasientas mejillas como si le acariciara un fantasma.

Luego fue demasiado tarde.

El innuito se desplomó sin el menor ruido. Parecía dormir apaciblemente, sin el menor a lo desconocido.

Doc Savage se abalanzó sobre el inerte esquimal. De sus labios brotó un fuerte grito, seguido de palabras pronunciadas en aquel dialecto.

El blanco, que comprendía el lenguaje esquimal, se excitó escuchando atento la voz tejana.

—¡Aquel esquimal va a matar al hombre de bronce! —gritó—. Dice que vayamos a presenciarlo.

Tres hombres corrieron veloces hacia la voz que habían oído.

El intérprete divisó dos figuras: una tendida, inmóvil; la

segunda, inclinada sobre la primera. Es lo único que pudieron distinguir a través de la furiosa tempestad de viento y nieve.

—Allí están —gritó el intérprete—. Démonos prisa a rematarlo.

Avanzaron a toda velocidad. Dos de ellos se dispusieron a descargar sus revólveres sobre la figura tendida, para asegurarse.

El hombre inclinado se irguió. Cosa sorprendente, parecía tener las proporciones de una montaña. Dos puños hercúleos lanzaron unos golpes certeros y los dos *gangsters* rodaron desvanecidos sobre el glaciar.

El intérprete, girando sobre sus talones, huyó despavorido. Conocía la muerte cuando la tenía delante, y Doc Savage no era otra cosa.

Doc no le persiguió, pues en aquel mismo instante llegó a sus finos oídos un grito ahogado. El viento le llevó un mensaje de pánico desgarrador.

¡Estaban apoderándose de Roxey Vail!

Mientras corría hacia el lugar donde dejara a la muchacha, comprendió lo sucedido. La joven desobedeció la orden de permanecer escondida.

Quizá oyó el grito de que Doc había sido muerto y concibió el desesperado plan de vengarle.

De buena gana le hubiera dado unos azotes. Una bala le pasó rozando. Se echó al instante al suelo, salvándose de la descarga de una ametralladora que hizo saltar pedazos de hielo a su alrededor.

Arrastróse unos quince metros con una velocidad digna de un lagarto de desierto.

—¡Conducid a la muchacha al buque! —ordenó Keelhaul de Rosa—. ¡Daos prisa, desgraciados! ¡Esa chica es nuestra única salvación! ¡Si la dejáis escapar estamos perdidos!

Doc Savage intentó acercarse al capitán de la banda, pero una descarga le hizo retroceder.

Viose obligado a batirse en retirada, esquivando la lluvia de balas, mientras conducían a Roxey Vail al casco cubierto de hielo del perdido trasatlántico.

Pronto llegaron más esquimales. Keelhaul comenzó a armar a algunos de ellos. El intérprete les instruyó sobre el manejo de las armas de fuego, a que no estaban habituados.

Los nativos no eran muy certeros tiradores. Más de uno arrojó la pistola después de estallar en su mano y huyó como si el peor «tongak» o espíritu maligno le persiguiera.

Pero las armas de fuego los hacían más peligrosos, pues las mortíferas balas, disparadas por manos inexpertas, podían tocar a la figura evasiva de Doc Savage de igual manera que los disparos bien dirigidos. En realidad, eran peores. Doc Savage no sabía hacia qué lado dirigirse.

La persecución le condujo al fin a los límites remotos del glaciar y de la cresta rocosa de la tierra.

Allí cobró nuevas fuerzas, después de comer unos trozos de carne cruda que arrancó con sus dedos de acero del oso polar que matara.

Mientras comía y descansaba se mantuvo agazapado tras una roca, escuchando.

La dureza de la roca señalaría la presencia de cualquier pisada en el glaciar circundante. Ninguno de los individuos que pasaron en medio de la tempestad de nieve le vieron.

Al parecer, formaban el grupo cuatro o cinco hombres.

Doc les siguió tan de cerca como le fue posible sin ser descubierto. Unas palabras gruñonas le indicaron que los hombres eran blancos.

—El patrón dijo que nos dirigiésemos a la popa del buque, muchachos —dijo uno—. Nuestros compañeros se reunirán con nosotros allí. Todo el mundo está ayudando, hasta el cocinero.

—Será mejor que echemos un ancla —gruñó otro—. Keelhaul y su maldita banda, junto con los esquimales, están mudándose al trasatlántico. Queremos darles tiempo a que se instalen.

Doc Savage intentó acercarse más. Hallábase a unos tres metros, cuando el grupo se detuvo al abrigo de una roca. Eran cinco hombres.

Lo que oía era una verdad muy interesante.

Uno de los cinco profirió una carcajada siniestra, cuyos ecos desagradables se confundieron con los gemidos del viento.

—El hombre de bronce tiene intranquilo a Keelhaul de Rosa —dijo—. Sin mencionar el pánico de los esquimales. Por esa razón se trasladan al trasatlántico: creen que pueden luchar mejor contra él

allí.

Otro hombre masculló una maldición.

—No olvides que debemos suprimir al hombre de bronce antes de que salgamos de aquí —gruñó—. Será difícil, porque parece tener siete vidas como los gatos.

—Ya nos ocuparemos de él cuando hayamos eliminado a Keelhaul de Rosa y a su banda —le informó otro—. No te apures, una bala lo liquidará para siempre.

—¿Estás seguro de que Keelhaul y su banda no sospechan que andamos por aquí?

—Seguramente que no se lo imaginan. Me acerqué lo bastante y escuché lo que hablaban. El pájaro de bronce se figuró que perecimos y se lo dijo a la muchacha y ésta se lo contó a Keelhaul cuando logró atraparla. Y la cree.

Una vez más se oyó una carcajada maligna en medio de la tempestad.

—¡Magnífico! Keelhaul cambiará de parecer —observó el que rió —. ¡Vaya sorpresa que le estamos preparando!

—Sí. Sólo que no tendrá tiempo de cambiar de parecer cuando lo achicharremos. El ataque será por sorpresa, y resultará muy sencillo.

—¿Cuánto tiempo crees que estaremos aquí?

—Una hora.

Sucedió un silencio breve. Los gemidos del viento, se confundían con los aullidos de la tormenta.

—No me gusta esto —murmuró uno, nervioso—. Podríamos largarnos sin toda esta matanza.

—¡Sí, y que luego alguien de este lugar se presentase al cabo de unos años y nos denunciase a la policía! —fue la respuesta—. Tenemos que suprimir todos los rastros, hermano. Tras nosotros, sólo dejaremos unos cuantos «fiambres». No hay como jugar sobre seguro.

Volvió a reinar el silencio. Uno de la banda lo rompió, lanzando una exclamación a sobresalto.

—¿Qué es eso? —gritó.

Se miraron y escudriñaron los alrededores. Aquella espera les enervaba, y aunque no vacilarían en disparar una lluvia de balas, en

realidad eran unos cobardes.

—No oí nada —murmuró uno.

—Debe de ser el viento —sugirió uno de ellos, procurando convencerse a sí mismo, para vencer un extraño temblor.

Se incorporaron examinando el lugar y sus alrededores. No vieron nada; oyeron sólo el aullido del vendaval.

Regresaron al abrigo de la roca, arrimados unos a los otros para calentarse.

No se preocuparon más del ruido que alarmó a uno de ellos, suponiendo sería el viento.

Pero en realidad lo que oyeron fue un ruido producido por Doc, que entonces se hallaba a varios centenares de metros de aquel lugar.

Los cinco hombres eran secuaces de Ben O’Gard. Y Doc Savage oyó lo suficiente para saber que el submarino no sufrió ningún daño, como pensara.

Y sin embargo, se llevó consigo la válvula del submarino en el hidroplano plegable.

No obstante, el hecho de que el Helldiver no pereciera, a pesar de faltarle una pieza tan esencial, podía explicarse. La banda de Ben O’Gard debió construir una válvula de reserva, en previsión de cualquier contingencia.

Esta creía Doc Savage era la verdadera explicación de su presencia en tierra.

Ben O’Gard estaba preparándose a asesinar a todos en aquel lugar desolado.

El teatro de sus primeros crímenes, sería escenario de otra espantosa tragedia.

La figura bronceada de Doc Savage corrió como el viento. Tenía mucho que hacer; era de suma urgencia realizar los preparativos para defraudar las siniestras intenciones de aquel desalmado criminal.

Y, corriendo, trazó un plan que auguraba un desastre para su enemigo.

XVII
Los cautivos



Era medianoche, pero el sol brillaba con esplendor. La tormenta se calmó con igual rapidez que comenzara. La nieve ya no remolineaba.

Las enormes masas heladas chispeaban como diminutos diamantes a los rayos solares.

El terrible huracán produjo un cambio sorprendente en torno a la tierra inexplorada. Alejó las masas heladas de hielo; millas a la redonda podía verse agua.

En el salón principal del Oceanic, Keelhaul de Rosa paseaba de un lado a otro, furioso, propinando puntapiés a las sillas que encontraba a su paso.

De sus labios brotaban espantosas maldiciones.

—¡Que me pasen por debajo de la quilla si lo entiendo! —rugía—. ¡El maldito tesoro tiene que estar en alguna parte!

Se plantó delante de Roxey Vail. La contempló con una furia indescriptible.

Aquella mocosa se atrevía a desafiarle, y bien caro lo pagaría.

Dos pistoleros sujetaban a la muchacha, quien se debatía intentando huir.

—¿Dónde está el tesoro? —bramó Keelhaul.

—No sé nada de ningún tesoro —replicó la joven, desdeñosa—. Si tanto le interesa, puede dedicarse a buscarlo.

Era quizá la centésima vez que declaraba lo mismo a sus aprehensores.

—¡Tú y tu madre cogisteis el oro y los diamantes! —tronó el bandolero.

La muchacha no respondió. Con un bruto semejante, eran inútiles todas las razones. —Los esquimales me contaron tu historia y la de tu madre— dijo el pirata. ¿Dónde está escondida tu madre?

La joven le dirigió una mirada despectiva.

—¡Anda, canta! —rugió el bandido, en su rostro—. ¿Dónde está la vieja? ¡Que me pasen por debajo de la quilla si no está sentada encima del tesoro!

—Se equivoca —afirmó la muchacha.

—Entonces, ¿dónde está?

Roxey Vail apretó los labios. Jamás lo diría. Ningún tormento le arrancaría ese informe.

—¡Cantarás, hermanita o descuartizará a tu padre ante tus ojos! —amenazó el pirata—. Comenzaré por dejarlo ciego. Será más terrible, ahora que conoce las dulzuras de una clara visión.

La muchacha permaneció muda.

Keelhaul derribó a puntapiés otro par de sillas. Cogió un libro que estuvo más de quince años sobre una mesa y lanzólo sobre un grasiento esquimal.

Luego el jefe pirata inició otros argumentos más suaves.

—Escucha hermanita —comentó en tono suave—. Dame ese tesoro y te juro que os llevaré, a ti, a tu padre y a tu madre, con nuestro barco a América.

—¿Cómo puede usted escapar? —preguntó, curiosa, la muchacha—. Su aeroplano está destrozado. No posee usted ningún submarino.

—Haré que los esquimales me lleven arrastrando el tesoro a Groenlandia.

—Luego supongo que los matará —dijo la muchacha con frialdad.

Keelhaul dio un respingo y la muchacha comprendió lo acertado de su razonamiento. Era un hombre sin entrañas, cegado por la codicia.

—¿Salvará también la vida del hombre de bronce? —preguntó.

Keelhaul frunció el ceño.

—Ese pájaro ya está muerto —respondió, esperando que la

noticia haría perder toda esperanza a la bella muchacha.

La declaración produjo un efecto contrario.

Roxey Vail saltó hacia delante de manera tan repentina, que eludió al par que la sujetaba. Arañó con todo su brío el rostro patibulario del pirata y le cerró un ojo.

—¡Sujetadla, canallas! —rugió—. ¡Apartadla! ¡Que me pasen por debajo de la quilla si no me las paga, la gata salvaje!

Sus dos hombres sujetaron a la muchacha, no sin que antes a uno de ellos la aplastara la nariz.

La vida de los árticos había convertido a la muchacha en una mujer fuerte y valerosa.

Una vez sujeta por dos brazos poderosos que la inmovilizaban, la bonita chiquilla estalló en sollozos. Creía que Doc Savage estaba muerto.

Era increíble que el hombre de bronce, aunque era muy poderoso, pudiese afrontar tales desventajas.

De repente, una voz de alarma llenó el salón.

—¡Enemigos a la vista! —rugió—. ¡Ben
O’Gard
y su banda vienen al abordaje! ¡Están escalando la popa! Todas las miradas se dirigieron hacia el lugar de donde provenía la voz de alarma. Venía, al parecer, de una escala situada cerca del camarote del sobrecargo.

—¡Es Ben O’Gard, os digo! —tronó la voz—. ¡Están subiendo por unas cuerdas que cuelgan de la parte de popa!

Cualquier duda que pudieran haber tenido, la disipó el estruendo de unas cuerdas de la parte de popa.

Cualquier duda que pudieran haber tenido, la disipó el estruendo de una ametralladora sobre cubierta. El estampido provenía de la popa.

Retumbó otra ametralladora. Un miembro de la banda de Keelhaul lanzó otro grito de alarma.

—¡Ben O’Gard!…

El aullido de los esquimales ahogó el resto. Aquellos infelices desconocían el poder de las terribles armas modernas, pero presentían su fin inmediato.

En efecto, Ben O’Gard atacaba.

—¡Que uno de vosotros guarde la muchacha! —ordenó Keelhaul —. ¡Que me pasen por debajo de la quilla si entiendo esto!

Salió corriendo del salón. Uno de los que sujetaban los brazos. Le pisoteó los pies y procuró morderle.

Aunque era joven y fuerte, habría sido reducida por el hombre. Pero desde el lugar de donde aquella potente voz lanzó el primer grito de alarma, surgió una forma metálica que al acercarse se convirtió en un gigante, un Hércules de bronce.

El gigante alargó unas manos que pudieron estrangular al rata, pero tan sólo rozó el rostro del pistolero, que cayó como fulminado al suelo, desvanecido.

Roxey Vail contempló, estupefacta, al hombre de bronce. En sus labios se dibujó una adorable sonrisa.

—¡Usted! Oh, gracias…

—Escuche —murmuró Doc Savage—. Voy a decirle lo que debe hacer.

La muchacha le escuchó, atenta.

—Vaya a buscar a su madre —dijo Doc—. ¿Conoce el brazo de tierra que sale al mar, a una media milla al norte de este lugar?

—Sí.

—Lleve a su madre allí. La tempestad dejó unas masas de hielos flotantes, un paso largo y estrecho, junto a aquel lugar. Escóndase allí con su madre. Es la única manera de salvarlas.

Roxey Vail asintió con la cabeza. Pero deseaba saber algo más.

—¿Qué?…

—No hay tiempo de explicar nada ahora —atajó Doc, señalando con un brazo hacia la popa, donde, a juzgar por el estruendo, se desarrollaba una sangrienta batalla.

Cogiendo a la muchacha, sacudióla no muy fuerte, como a una criatura.

—Escuche —le dijo—. No quiero que vuelva a desobedecer mis órdenes porque le digan que me ha sucedido algo.

La muchacha le sonrió, con lágrimas en los ojos.

—No le desobedeceré otra vez —prometió, balbuceando—. Pero mi padre está…

—Yo me cuidaré de él. Márchese, Roxey. Y vaya a ese brazo de tierra con su madre cuanto antes. Las cosas se aproximan a un

rápido desenlace.

Obedeciendo, la joven corrió hacia la proa, que estaba desierta. Escaparía con facilidad. Depositó toda su confianza en su protector, y de su corazón se elevaba un himno de gratitud.

Doc Savage desapareció por una escala y luego penetró en un camarote.

Dio un salto y en pocos minutos desató las cuerdas con que tenían atado a Víctor Vail.

—Me dijeron que estaba usted muerto —balbuceó el violinista.

—¿No ha vista a su hija todavía? —sonrió Doc.

El rostro de Víctor Vail se convirtió en un estudio de emociones. Sus labios temblaron. Las lágrimas se deslizaron por sus mejillas.

—¿No es una chicha maravillosa? —preguntó con voz ronca.

La había visto.

—Sí —sonrió Doc—. Se marchó en busca de su madre. Nos reuniremos con ellas.

El violinista no pudo contenerse y estalló en sollozos de gratitud y alegría.

Cuando las perdió le pareció que su corazón jamás recobraría su ritmo, pero en aquel momento latía con júbilo en su pecho.

El combate a popa iba acercándose al lugar donde Doc y el violinista se encontraban. Las pistolas automáticas disparaban furiosas.

Las ametralladoras tableteaban de manera imponente. Los hombres gritaban en el frenesí del combate a muerte.

Algunos gritos brotaban de labios de moribundos.

—Será mejor que nos alejemos de aquí —declaró Doc Savage—. Será mejor para todos que continúen ignorando mi presencia a bordo.

Descendieron, corriendo, por un pasillo.

De pronto, una puerta delante de ellos saltó hecha astillas.

Doc gritó: —¡Renny!

Renny saltó afuera, iluminado su rostro sombrío.

Un esquimal asomó por la puerta destrozada. Aterrorizado, huyó pasillo abajo. Los espíritus malignos se habían desencadenado sobre su tierra, y no sabían dónde refugiarse para escapar de su furia.

Tras él salieron los ciento diez kilos de un hombre gorila. Era

Monk.

Alcanzó al innuito y de un puñetazo lo dejó knockout.

Doc miró entonces hacia el camarote, presintiendo que hallaría a los otros compañeros que juzgó perdidos para siempre.

Ham estaba allí. Long Tom permanecía sentado encima de un esquimal, dos veces más corpulento que el mago de la electricidad.

Johnny, el delgado arqueólogo, danzaba como un loco, las gafas en las manos. Era una figura grotesca, pero que irradiaba simpatía.

Doc Savage intentó hablar para expresar su alegría, pues dio por muertos a sus cinco amigos. Pero se ahogaba de emoción.

—Valiente pandilla —murmuró al fin.

—Hemos estado rezando para que el sol saliera —dijo Ham, señalando hacia una ventanilla. Un fuerte destello de luz solar penetraba por el portalón.

Johnny utilizó su lente de aumento para quemar sus ligaduras. Por suerte nuestros aprehensores apestaban de una manera horrible y no pueden oler nada que no sea sus propios cuerpos. No percibieron el olor del humo de las ataduras cuando Johnny las quemó.

El grupo corrió hacia la popa del buque.

Renny cogió una pistola automática del esquimal a quien Ham atravesó con su estoque.

Long Tom llevaba otra que arrebató a su adversario.

Monk tomó otra de su víctima.

—Ya os daba por muertos —murmuró Doc—. ¿Cómo escapaste del aeroplano ardiendo? Porque supongo que en el combate aéreo llevaríais las de perder.

—¿Para qué crees que teníamos paracaídas? —replicó Monk—. Estos artefactos se usan en caso de necesidad, y nunca tan perentoria como entonces.

—Pero volé sobre los hielos y no vi ni rastro de vosotros —señaló Doc.

Monk esbozó una amplia sonrisa.

—No nos entretuvimos una vez que aterrizamos. Descendimos en medio de una tribu de esquimales salvajes y lanudos. Empezaron a tirarnos cosas, arpones en su mayor parte. Se nos habían agotado las municiones. Las gastamos contra el aeroplano que nos derribó.

En consecuencia, nos alejamos a toda velocidad. Creíamos que los esquimales eran caníbales o algo por el estilo…

Ham miró, ceñudo a Monk. Todavía no le perdonaba la última broma de que fue objeto por parte de su compañero.

—¡Eh, tú, so gorila, sugeriste abandonarme a guisa de víctima propietaria! —exclamó, indignado.

—Escucha, lechuguino —murmuró Monk—. Quedaste knock-out cuando tu paracaídas te arrojó sobre las aristas de un iceberg y tuve que llevarte a peso. La próxima dejaré que te conviertas en un sorbete elegante.

—Los esquimales nos tendieron un lazo —terminó Renny—. Eran demasiados y finalmente nos redujeron.

La proa del Oceanic permanecía desierta. Las dos bandas luchaban por el lado de popa. La sangrienta refriega continuaba, pues el estruendo era cada vez más violento.

Doc Savage se detuvo cerca de un cable cubierto de hielo.

—A media milla de aquí, en dirección Norte, hay un brazo de hielo que se interna hacia el mar —dijo con rapidez—. Id allí, todos. Roxey Vail y su madre deben estar allí. Esperadme.

—¿Dónde vas? —inquirió Ham—. ¿Por qué no vienes con nosotros?

—Permaneceré por aquí un rato —replicó Doc—. Dirigíos allá, hermanos. Y daos prisa en calmar la ansiedad de las mujeres.

Los compañeros se pusieron en marcha, sin pérdida de tiempo.

Monk fue el último. Su rostro mostraba cierta ansiedad por la seguridad de Doc. Intentó hablar.

—Escucha, Doc —empezó—. Será mejor…

Doc, sonriendo, cogió al gorila de los ciento y pico kilos, por el cuello de la chaqueta y los fondillos del pantalón, y lo lanzó patinando sobre el hielo.

—Largo de aquí —les dijo, y luego se escondió tras un cabestrante.

Los compañeros partieron a escape.

Uno de los combatientes del abandonado buque divisó al grupo y levantando un rifle disparó. Luego corrió para afinar la puntería.

El hombre era uno de los prisioneros de Ben
O’Gard

. Agazapóse al abrigo de una bita y apuntó con sumo cuidado. Era difícil que errara el tiro.

Disponíanse a disparar, cuando, de una manera inconsciente, notó que algo le tocó la mejilla. Creyó que se trataba de un insecto.

No podía serlo en las heladas llanuras del Ártico, pero el *gangster* rodó inerte antes de darse cuenta de qué era lo que le tocó.

Doc Savage se retiró con el mismo silencio con que se acercara al hombre.

Rápidamente, quitóse las tapas metálicas de las puntas de los dedos.

Dichas tapas eran bronceadas, del mismo color de la piel de Doc y construidas de tal manera, que no se veían a simple vista.

No obstante, podía haberse observado que los dedos de Doc Savage eran algo más largos cuando llevaba aquella especie de pedales.

Esas tapas tenían una aguja diminuta y muy aguda, que al pinchar administraban una substancia muy potente inventada por Doc Savage.

Un pinchazo de esa aguja anestesiaba a un individuo al instante.

Éste era el secreto del toque mágico de Doc.

Vio a varios hombres reuniéndose a popa. Eran los secuaces de Ben
O'Gard
que, al parecer, ganaron la batalla.

Una tremenda matanza era el fruto de aquella cruel victoria.

Subieron a un cautivo que chillaba y gemía pidiendo misericordia. Dos piratas le sujetaban. Una pistola automática, empuñada por Ben
O'Gard
retumbó con estruendo. El prisionero cayó muerto.

El hombre que acababan de asesinar a sangre fría era Keelhaul de Rosa.

El sanguinario pirata recibió su merecido. Como criminal, sólo le igualaba el feroz Ben
O'Gard
.

Doc Savage gritó de repente. Su potente voz retumbó como un

estruendo por la cubierta llena de hielo. Su grito puso en conmoción a toda la banda de asesinos.

Ben O'Gard le vio y rugió:

—¡Atrapad al pájaro de bronce, muchachos! ¡Ahora podremos vengarnos!

Doc Savage saltó por la barandilla.

Se quedó precisamente para eso. Quería que Ben O'Gard y los otros le siguiesen.

Era el primer acto de un plan que aniquilaría para siempre a aquella banda de asesinos.

XVIII
El deshielo de la muerte



Doc Savage se alejó, huyendo del Oceanic como una exhalación.

Las balas levantaban esquirlas de hielo de los montículos tras los cuales se iba refugiando. Otras balas penetraban en la nieve como pequeños topos, corriendo centelleantes.

Doc Savage tenía cuidado de no presentar un buen blanco. Pero se mostraba con frecuencia para atraer a sus perseguidores.

Gritando lleno de excitación, el gigantesco Ben O'Gard avanzaba al frente de la jauría.

No obstante, la vaca marina ponía especial cuidado en no adelantarse demasiado. Una vez, Doc lo vio caer adrede con el objeto de dar tiempo a que los otros le diesen alcance.

El hombre avanzaba con cautela. Probó personalmente en una ocasión la terrible fuerza de Doc Savage y no deseaba experimentarla de nuevo.

Además, todavía llevaba las manos vendadas de resultas de aquella prueba.

Doc Savage avizoró, lleno de ansiedad, el brazo de tierra que indicara a Roxey Vail. ¿Habrían llegado sus amigos?

Sí. Divisó a Monk danzando, excitado como un gorila, mientras observaba la persecución.

Hasta oía sus gritos de rabia, al verse excluido de aquella pelea donde la astucia vencía a la fuerza.

Aceleró el paso. Sin duda los piratas creyeron antes que corría a

toda velocidad, pues lanzaron unos gritos de sorpresa al ver que lo hacía luego como una centella.

—¡Moved esas piernas, desgraciados! —gritó Ben O'Gard, iniciando un sprint.

Pero luego, con mayor cautela, tuvo buen cuidado de que sus secuaces le dieran alcance.

Doc Savage llegó al promontorio, donde el hielo se había acumulado en enormes masas. Le fue difícil atravesar aquellos obstáculos, pues parecía como si las casas de una ciudad se hubieran amontonado en una colosal pila.

Las balas de rifle y ametralladora penetraban como invisibles tábanos en los montículos de hielo.

Doc llegó al fin del brazo de hielo. Comenzó un formidable sprint.

El piso era menos rudo, pero ofrecía escasa protección. Había un punto donde la península de hielo se estrechaba.

En medio de este estrecho lugar se levantaba una masa de nieve de aspecto extraordinario.

Pasó delante de aquel témpano formidable sin ni siquiera mirarlo. Una bala de rifle le zumbó con tal fuerza en el oído, que creyó haber sido herido.

Pero sólo sucedió que la *parka* fue desgarrada.

Agachándose, siguió avanzando en «zig-zag» y llegó a un lugar de refugio.

El brazo de hielo volvía a ensancharse allí. Llegó al fin al lado de sus amigos. Víctor Vail reunía en un estrecho abrazo los amores de su vida: su esposa y su hija.

Espero que tengas un plan excelente —dijo Monk—. De lo contrario, estamos metidos en un aprieto.

Como Monk observara, estaban en verdad en una trampa.

Pues al parecer, Doc les condujo a un lugar del que no había escapatoria.

Ben O'Gard y sus sanguinarios secuaces ya había cruzado la parte estrecha del brazo de hielo. Era imposible volver a ganar la costa.

Tampoco era posible huir en botes, aunque Doc hubiese tenido alguna embarcación escondida entre los hielos.

Los piratas podrían acribillarnos con relativa facilidad.

Doc Savage no mostraba la menor preocupación.

—Calma, Monk —dijo. Y cuando una descarga cayó cerca del lugar donde se hallaban, añadió—: ¡Agachad la cabeza!

—Dejemos que a gorila le corten el pelo —sugirió Ham—. Lo necesita.

Monk miró furioso al abogado y luego lanzó un gruñido.

Ham, comprendiendo el significado, le miró provocativamente, pero no pronunció palabra.

Doc fue entonces presentado a la esposa de Víctor Vail. La presentación no fue muy ceremoniosa, pues se realizó estando todos tendidos boca abajo, mientras las balas pasaban silbando por encima de ellos.

La señora Vail era una mujer alta, tan hermosa como su encantadora hija.

No se veían en su rostro los efectos de tantos años de aislamiento en aquella desolada región.

Doc Savage se volvió de repente hacia sus compañeros, diciendo:

—Dadme la pistola.

Sus amigos le miraron sorprendidos, pues rara vez usaba Doc armas de fuego contra sus enemigos.

Renny le entregó la pistola automática que arrebató a uno de los centinelas esquimales.

No comprendía cómo en aquella simple arma podría deshacerse de sus perseguidores.

Doc se marchó, desapareciendo de la vista momentos después. Oyeron disparar una pistola cinco veces.

Contemplaron estupefactos a los piratas, que seguían avanzando. No cayó ni uno de ellos. Aquello era asombroso para los cinco compañeros que conocían a Doc tan bien, pues era un formidable tirador que rara vez erraba un tiro, aunque casi nunca disparaba un arma.

Le habían visto muchas veces lanzar monedas al aire, que siempre acribillaba antes de llegar al suelo.

Sin embargo, al parecer erró el fácil blanco que los piratas

ofrecían.

—¡Mirad! —tronó Monk, de repente.

Tras los piratas, donde el brazo de hielo se estrechaba, ocurría un fenómeno sorprendente.

¡El hielo se derretía a gran velocidad!

Monk fue el primero en comprender lo que sucedía.

—¡Mi preparado químico está disolviendo el hielo! —gritó, alborozado—. Doc colocó un poco bajo esa masa de nieve. Ahora sólo ha perforado los recipientes.

Ben O'Gard y sus piratas se detuvieron al descubrir que el hielo se derretía.

Aquello les preocupaba sobremanera, pero la sed de sangre los dominó y reanudaron el ataque.

—Venid —llamó Doc—. Y agachaos.

Les condujo a la punta del brazo de hielo. Veíase con claridad que toda la formación de hielo estaba en movimiento.

Parte del cuello estrecho se había disuelto, apartándose del resto. Todo ello formaba una masa flotante de hielo, juguete de las corrientes del mar polar.

Al llegar a su objetivo, señaló:

—¿Qué os parece?

Monk rió:

—El cielo no parecería mejor a esta alma pecadora.

El Helldiver estaba ante ellos. Las anclas se hundieron en el hielo, depositando un poco del preparado químico de Monk.

Izaron las anclas y luego descendieron por la escotilla principal.

Doc puso en marcha los motores eléctricos; no había tiempo de hacer lo propio con los potentes Diesel.

El submarino despegó de la masa flotante los hielos. Avanzaba con suma cautela, para no chocar con los dispersos trozos de hielo que iban a la deriva.

—¿Cómo está aquí este cacharro? —inquirió Monk.

Doc sonrió. Ya sabía que el más curioso de los compañeros era el gigantesco Monk.

—Se lo robé —explicó—. Ben
O'Gard
tuvo la bondad de no dejar a nadie a bordo, de guardia. Pero debo

confesar que jamás en todos los días de mi vida pasé veinte minutos más ocupados que cuando traje aquí este cacharro. Parecía imposible que pudiese maniobrarlo yo solo, pero al fin logré mi propósito.

Dos balas rebotaron en el casco del submarino, mas no tuvieron suficiente fuerza para perforar las planchas de acero.

El tiroteo cesó con sorprendente brusquedad.

Renny se arriesgó, asomando la cabeza y no le tirotearon.

—Si a alguno de vosotros le interesa un drama estupendo, venid a mirar —sugirió.

Sus compañeros se agolparon a su lado, así como la familia Vail. A escasa distancia, sobre los hielos flotantes, se desarrollaba una tragedia.

Roxey y su madre, al verlo, no pudieron soportar el horror del trágico espectáculo.

Ben O'Gard tuvo un castigo horroroso. El destino implacable vengó todo su poder, una vida de crímenes.

Él y su banda sabían que iban a la deriva en la masa flotante de hielos, perecerían poco a poco de hambre y, en consecuencia, hacían esfuerzos desesperados para alcanzar la costa.

Algunos ya se habían lanzado al agua helada y luchaban contra la fuerte corriente, que les arrastraba lejos de tierra firme.

Otros, que no se habían lanzado al agua helada y luchaban contra la fuerte corriente, que les arrastraba lejos de tierra firme.

Otros, que no sabían nadar, luchaban con quienes sabían, intentando utilizarlos como mulos de carga.

Retumbaron unos cuantos disparos aislados.

Los que nadaban comenzaron a hundirse, helados por el frío mortal del agua, pues desde la masa de hielos hasta tierra había considerable distancia.

Sus vestimentas de pieles les estorbaban; sin embargo, de quitárselas se helarían, pereciendo de frío.

Al cabo de un rato, el último hombre saltó frenético y desesperado del mar helado.

Dos piratas llegaron a la costa orillada por los hielos.

Uno de ellos era Ben O'Gard, la gigantesca vaca marina. Pero no pudieron escalar el hielo, pues se les agotaron las fuerzas.

Ben O'Gard fue el último en hundirse. Sus manos se levantaron en un gesto de imploración y aquel hombre que no conoció piedad, murió abandonado de todos.

Monk respiró a pleno pulmón.

—Será mejor que se hiele mucho, porque hace mucho calor adonde irá —murmuró el gorila—. Pagó con la vida la tentativa de…

Monk se interrumpió, los ojos saltones, y dando media vuelta, gritó a Doc:

—¡Ey! ¿Qué me dices del tesoro? ¡Estamos lucidos! ¡Todos los que sabían algo del tesoro están muertos!

Doc Savage viose obligado a diferir la respuesta. Necesitaba toda su atención para pilotar el submarino.

Había que cuidarse de los tanques y poner en marcha los motores Diese.

Él y sus cinco amigos no tendrían mucha dificultad en pilotar el Helldiver rumbo al Sur.

Long Tom se había marchado al cuarto de la radio. Era difícil apartarlo de cualquier mecanismo eléctrico que hubiera cerca.

Minutos después penetraba excitadísimo en la sala de mando.

—¡Escuchad! —gritó a voz en cuello—. Acabo de probar la radio. Y he contado nada menos que catorce estaciones que nos están llamando continuamente.

Los compañeros le contemplaron con extrañeza.

—Puede decirse que todas las estaciones de gran potencia del Norte del Ecuador estaban intentando dar con nuestro paradero —continuó—. Se dedicaban exclusivamente a nuestra búsqueda. Eso significa que debe de existir alguna causa muy importante para que nos dedicasen tan especial preferencia. Además, todos intentaban transmitirnos el mismo mensaje.

—Bien. ¿Por qué no copias el mensaje? —preguntó Ham, en tono sarcástico.

Long Tom entregó un papel a Doc Savage, quien leyó el radiograma.

Los compañeros observaban su rostro. De ordinario, las facciones broncíneas de Doc Savage no reflejaban ninguna emoción.

Ni siquiera sus amigos podían, por regla general, descifrar lo que

se ocultaba tras aquellas facciones enigmáticas metálicas.

Aquel momento fue una excepción.

En las facciones de Doc se mostró una expresión difícil de definir, pero fría terrible y feroz. Sus amigos, al verlo, sintieron un escalofrío.

Pues debían de ser en verdad noticias terribles, para afectarle de tal manera.

Preguntó Monk, en tono suave:

—¿Qué sucede, Doc?

—El Oriente —respondió éste, con voz extrañada—. Debo averiguar algo más al respecto, antes de discutirlo. Es una cosa tan horrible, que…, será mejor adquirir otros detalles sobre el asunto, antes de poderlo creer.

Los compañeros quedaron silenciosos. Pero sintieron un extraño calorcillo difundirse por sus músculos. La Providencia velaba por sus preferidos.

Allí había algo que prometía una nueva aventura y peligros, cosas que eran la sal de la vida para aquel extraordinario grupo de hombres.

Y la aventura se presentaba antes de haber terminado la búsqueda del tesoro polar.

Sabían por la manera fría y silenciosa de Doc, que la nueva aventura sería pródiga en emociones y peligros.

Su jefe y compañero no solía ponerse de aquella manera sin razón fundada.

El Oriente representaba alguna cosa horrible. Pensaron en lo que podría ser.

Les intrigaba el misterio de Doc acerca del particular.

Monk fue el primero en recordar los cincuenta millones en oro y diamantes.

Preguntó:

—Oye, Doc, ¿nos marchamos, dejando esa barbaridad de dinero entre estos hielos?

Doc dejó el examen del radiograma y guardándoselo en el bolsillo, respondió con sequedad:

—Ben O'Gard y su banda trasladaron el tesoro de la cámara acorazada del Oceanic cuando se amotinaron hace más de quince

años. En otras palabras, lo robaron a sus compañeros, capitaneados por Keelhaul de Rosa, y lo ocultaron en un escondite que sólo ellos conocían.

—¡Cielos! —gimió Renny—. Entonces no hay medio de encontrar dónde lo ocultaron. Ben O'Gard y sus secuaces están todos muertos.

—No nos importa el lugar del escondite —aseguró Doc—. Ben O'Gard recuperó el tesoro antes de disponerse hace unas horas a realizar una matanza a bordo del trasatlántico perdido.

Monk emitió un aullido.

—Quieres decir…

—Todo el tesoro está a bordo de este submarino —explicó Doc—. Está guardado bajo el suelo de tu camarote, Monk.

Fue una sorprendente revelación para todos, al final de una extraordinaria aventura.

De la presa helada del Norte arrancaron una fortuna en oro y diamantes.

Pero aún había más: de tan emocionante aventura rescataron dos vidas preciosas, reuniendo una familia perdida durante largos años, sin la menor esperanza de una próxima reunión.

Para Víctor Vail y su familia, aquello fue el mayor milagro que pudo ocurrir, aunque las batallas de Doc y sus compañeros fueron maravillosas.

Pero no conocían el pasado de los seis mosqueteros, los innumerables peligros que afrontaron; las emocionantes hazañas que formaban parte de sus vidas dedicadas al bien de la Humanidad.

Tampoco conocían el futuro, una realidad próxima que encerraba una serie de emociones y aventuras relacionadas con el lejano y misterioso Oriente legendario.

Doc Savage mismo lo desconocía, pero no le importaba. En algún lugar del mundo, alguien corría peligro, alguna persona necesitaba auxilio.

Sea lo que fuere, donde Doc fuese necesitado, allí iría, indiferente al peligro, venciendo todos los obstáculos.

Y sus cinco compañeros, extraordinarios aventureros, seguirían a su jefe tras mayores hazañas todavía.

∞



LESTER DENT. (Missouri, E. E. U. U. 12/10/1904 - 11/03/1959). Nació en la casa de sus abuelos maternos. Era el único hijo de una pareja de granjeros que vivía en Pumpkin Buttes, Wyoming. Allí vivieron hasta que su familia dejó el rancho y el aislamiento de Wyoming y se mudó de nuevo a La Plata, cuando Lester estaba en octavo grado.

A los diecinueve años entró en un *business college* con la intención de hacerse banquero. En el otoño de 1924 con sus estudios ya finalizados, obtuvo un trabajo en la «Western Union» como telegrafista.

En Mayo de 1925 se mudó a Ponca City, Oklahoma, y comenzó a trabajar como telegrafista para la «Empire Oil&Gas Co». Conoció a Norma Gerling, y se casó con ella en Agosto de ese mismo año. En 1926, Dent entró a trabajar para «Associated Press en Chickasha», mudándose posteriormente a Tulsa. Allí conoció a un compañero que había vendido una historia a una revista de *pulps*.

Dent comienza así una prolífica carrera.

«Top Notch Magazine» fue la primera revista en publicar una historia de Dent: *Pirate Cay* apareció en su número de Septiembre

de 1929. Poco después, Dent recibió un telegrama de «Dell Publishing» ofreciendo pagarle el viaje a Nueva York e incluirle en plantilla.

Durante un tiempo trabajó para «Dell», aumentando su popularidad entre los demás editores.

Dent sintetizó el sistema que utilizaba para escribir este tipo de historias: Se trata de una fórmula, una trama principal genérica, aplicable (según él) a cualquier historia de género de 6000 palabras.

Solía escribir dos historia al mes y complementaba estos ingresos escribiendo además otras historias (ajenas a Doc Savage).

Durante la Depresión, ganaba ya al menos
18 000
dólares al año (unos tres millones de pesetas).

Lester adquirió un velero de 40 pies, al que bautizó como «Albatross» en el que tanto él como su esposa vivieron durante varios años. Navegaron por toda la Costa Este y por el Caribe.

Años después, Dent vendió el velero y se trasladó a Death Valley en busca de oro. Sus exploraciones en el Suroeste le procuraron ser miembro de honor del famoso «Explorers Club». A pesar de todo esto, su producción literaria continuaba creciendo. Finalmente, se «retiró» a La Plata, pese a lo cual continuó escribiendo. Durante su estancia en La Plata, se hizo socio de una empresa de fotografía aérea, ¡y jefe de *Boy Scouts*!

Doc Savage Magazine expiró de causas naturales en 1949, pero Dent continuó escribiendo (sobre todo relatos de misterio y westerns) hasta 1958. En Febrero de 1959 sufrió un ataque al corazón y murió el 11 de Marzo de ese mismo año.